

P.S.
NO

S

G. F. S. - 8 -

Teatro . G. F. S.

cuadernos no. 8.

"Luisa Francisquita" en Madrid.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Doña Francisquita

en Madrid.

Heraldo
de
Madrid.
Agosto 1913.

El maestro Amadeo Vives se ha puesto el monóculo...

1

En la primera quincena de septiembre abrirá sus puertas el madrileño teatro de Apolo. Actuará en él una compañía de zarzuela y opereta dirigida por el eminente maestro Vives, hoy por hoy, la primera figura del arte lírico nacional. Ya este solo hecho daría al acontecimiento categoría excepcional. Pero hay que tener en cuenta, además, para valorar acertadamente el hecho, que esa temporada es la preparación de la que en América ha de realizarse la compañía.

Efectivamente: El maestro Vives, de acuerdo con el inteligente empresario don Francisco Delgado, se dispone a realizar una gira artística por América. Embarcará, con dicho propósito, el próximo día 4 de febrero en el puerto de Barcelona, y empezará su actuación por tierras de América en Buenos Aires, en el teatro que lleva el mismo nombre de la ciudad.

Pero antes, para acoplar la compañía y preparar y montar las obras, probar el vestuario y los decorados, la compañía dirigida por el ilustre autor de «Maruxa» realizará una temporada en España. Empezará, como hemos dicho, el próximo septiembre en el teatro de Apolo, para trasladarse a mediados de diciembre al teatro Tivoli, de Barcelona.

Vastos y numerosos son los proyectos del maestro. Su concepto del arte y de la dignidad y el decoro que han de informar una campaña de arte lírico español en América le lleva a dar a su viaje una significación y una realidad que se apartan noblemente de un mezquino espíritu utilitario y exhibicionista. No quiere limitarse a la representación de sus obras. Esta representación ha de ser, en sí misma, perfecta y ejemplar, expresiva no sólo del arte del maestro, sino del grado a que ha ascendido en España, por méritos de artistas notables, la interpretación escénica en todas sus manifestaciones. Y además de las suyas, desea el maestro Vives que en las temporadas por él dirigidas se representen otras obras, no sólo de las consideradas como clásicas sino también de las actuales, capaces de dar en conjunto una impresión de lo que en España ha llegado a ser el género lírico teatral.

Es decir que, en cierto modo, podríamos afirmar que el maestro Vives se ha decidido a emprender y realizar su proyecto de un viaje a América, después de examinarlo atentamente, con su monóculo calado.

Y esto del monóculo exige una breve divagación analítica.

Son pocos en España los hombres que usan el monóculo.

De entre los más conocidos, recordamos en este momento, además del maestro Vives, al cantante Ortiz de Zárate, al escritor Hoyor y Vinent, y, a ratos, al actor magnífico D. Fernando Díaz de Mendoza, conde de Balazote y de Lalain y marqués de Fontanar.

Mientras en Ortiz de Zárate el monóculo parece un rasgo de vanidad juncal y en Hoyor y Vinent una aristocracia canalla, en Amadeo Vives es como una necesidad

mejor un placer de investigación. Es en momento de ahondar hasta la raíz misma de las cosas. Lo usa con un gesto despiadador—hay en su cara entonces una arruga más—, que parece una frivolidad, y, en el fondo, acaso no sea más que un sarcasmo, porque en definitiva él siempre lleva en el alma un monóculo. Está siempre en la raíz de las cosas. Y, naturalmente, por eso se siente a menudo tan distanciado de ellas. Por eso también usa en todas ocasiones el monóculo. ¡Para lo que le va a enseñar!

Pero si alguna vez lo usa a conciencia y con brío, con ahincada voluntad de uso, entonces llega a lo maravilloso.

Y ahora, con motivo de su próxima actuación y de su viaje a América, Vives se ha calado el monóculo.

Ha constituido una compañía, que bien puede considerarse notabilísima. Para ello alternando con nombres tan ventajosamente reconocidos como el actor cómico Ricardo Güell y el tenor Casenave, ha contratado eminencias aún no consagradas, apenas conocidas, pero que él ha sabido descubrir con su monóculo, parecido en esto a la linterna de Diógenes, que no usó monóculo porque entonces no se conocían.

Retenga el lector los nombres de Cora Raga, cantante extraordinaria, que será una revelación, y del barítono Bastida, por no citar otros.

Para ayuda de los múltiples menesteres artísticos que empresa de tal magnitud como la acometida por el maestro Vives requiere, se ha rodeado éste de elementos que son garantía de acierto y de voluntad bien orientada. Maestros como Acevedo y Sabina, decoradores y pintores como Fontanals y Castells, intérpretes como los ya nombrados, demuestran que en la selección ha presidido, por parte del Sr. Delgado y del maestro Vives, un espíritu de arte y de acierto del todo encomiables.

El repertorio vastísimo del autor de «Bohemios» le permite realizar su deseo de dar, en sus temporadas, un compendio, una síntesis de lo que es la música española. Todas las modalidades y todas las épocas están en él. Y así, algo del espíritu de España se hará presente ante el público de América. Será, en cierto modo, como una definición melódica y sustantiva del alma española.

Dos obras nuevas dará a conocer Amadeo Vives. Una de ellas, en la próxima temporada de Apolo. Se titula «Doña Francisquita», tiene cuatro actos y la acción transcurre en 1830. Son autores del libreto los señores Fernández Shaw y Romero.

La otra, cuyo estreno no está fijado todavía, es de asunto gitano. Han escrito el libro los señores Muñoz Seca y Pérez Fernández.

La función inaugural de Apolo será una representación de «El barbero de Sevilla» o quizá la reposición de «Maruxa».

Nada más podemos adelantar por hoy. Sólo añadiremos nuestros fervientes votos por el triunfal suceso del maestro Vives



EL MAESTRO VIVES

Conversaciones de actualidad

Amadeo Vives

MIRE: *Doña Francisquita* es una partitura escrita con mucho cariño; es un poemita madrileño, popular, muy luminoso, alegre; creo sigue la tradición de las obras auténticamente españolas.

Y Amadeo Vives, sentado ante su mesa de trabajo, una mesa en la que se amontonan abrumadoramente libros y papeles, echado hacia atrás en el sillón, prolijamente me va dando explicaciones sobre el próximo estreno.

—¿Tiene usted seguridad en el éxito?—le interrumpo.

—No—replica vivamente—. Yo nunca tengo seguridad en el éxito de una obra hasta después del estreno.

—Pero ¿está usted satisfecho de esta última?

—Sí lo estoy; por qué negarlo; en *Doña Francisquita* he conseguido hacer lo que me proponía; he conseguido desarrollar mis propósitos; ahora, que yo no puedo juzgar de antemano si gustará más ó menos.

—¿Y también ha logrado reunir una Compañía tal y como se había propuesto?

—Sí, señor; una Compañía muy buena, donde hay figuras, como la Mary Isaura, de condi-



Amadeo Vives, eminente músico español, de indiscutibles prestigios, que actualmente dirige la gran Compañía lírica española que viene actuando en Apolo con gran éxito



ciones excepcionales y gran amplitud en el trabajo; á mi juicio, la mejor en su género; Casenave, un gran tenor; bajos como Redondo del Castillo y baritonos como Latorre; típles como Cora Raga, de voz magnífica, y Lola Díaz, una tiple cómica de gran porvenir; actores como Güell, Hernández, Palacios, y muchos artistas más; en fin, una gran Compañía.

—¿Y ahora á preparar trabajo?

—Estamos acoplando, ¿sabe?, para llevar así por América un gran cuadro y presentar la música española con lujoso marco.

—¿Tiene usted grandes esperanzas del triunfo en esta gira artística?

—Yo creo que allá causará agrado esta Compañía, que no es una improvisación, como tantos otros intentos que se hicieron muchas veces, á la ligera, hasta con elementos buenos; pero desligados, sin el necesario acoplamiento para que el trabajo alcance su justo valor.

—¿Y de aquí á Buenos Aires?

—Sí. Iremos á la Argentina, Uruguay, Chile, etc.; el viaje durará seis meses.

—No es mucho tiempo.

—Es que si Delgado, el empresario, se encuentra con ánimos, yo quisiera prolongar después la excursión por otras Repúblicas y subir á Méjico y Cuba. Veremos lo que dice Delgado. ¿No le conoce?

—No.

—Pues mire: es un gran em-

Mary Isaura, gentil tiple lígera de la Compañía de Amadeo Vives, que ha obtenido éxitos enormes y personalísimos en las varias obras que ha cantado



Cora Raga, hermosa y admirable tiple cantante de la Compañía del maestro Vives

presario, hombre inteligente, un madrileño de arranque estupendo y grandes energías; tiene ahora en juego siete Compañías teatrales, y, sin embargo, se ha instalado en Madrid para atender á la que actúa en Apolo, y todo por el entusiasmo que le inspira este negocio.

—Y ya en América, ¿qué piensa usted estrenar, maestro?

—¿Allá? Pues mire: *El Duquesito*, que no lo conocen, y tal vez una ópera en dos actos.

—¿Cómo se titula?

—*Rocto*. Es de Tristán Larios, y la par-

en esto una legislación absurda, idiota, un desconocimiento absoluto del asunto.

Trato de variar el tema de nuestra charla, tema que ha logrado indignar al aplaudido compositor.

—He oído hablar—le digo—de algún proyecto sobre mejoras en los *Tratados de propiedad intelectual*.

—Sí. Hay algo serio en perspectiva: García Velloso me ha escrito desde Buenos Aires diciéndome que estaba promoviendo un congreso de autores hispanoamericanos para celebrarlo en Madrid.

—¿Y se llevará á efecto?

—Creo que sí; pero encuentro un peligro, y es: que así como los políticos españoles no tienen sensibilidad, los autores españoles, no todos, pero sí la mayoría, no la tienen tampoco. Celebraría que García Velloso y sus compañeros lograsen despertarla; pero tengo mis dudas. Por mi parte, haré todo lo que sea posible, y con el mayor entusiasmo.

—Yo creo—continúa diciendo el maestro—que sería mucho más eficaz que celebrasen primero allí un congreso americano, como preparación para el otro; el éxito del primero despertaría aquí el entusiasmo, por emulación por lo menos; pero si se celebra aquí de primera intención

van á ser tantas las cuestiones presentadas, que no van á poder resolver ni la cuarta parte.

—La música española, ¿no cree usted que poco se va creando un porvenir en el Extranjero?

—Sí. Algo, algo; pero yo considero que de la influencia política deriva la influencia artística. A los países se les mira y se les estudia cuando son fuertes; los débiles no interesan. Por esto creo que los acorazados de un país marcan el coeficiente de atención y estudio que en todos los órdenes le prestan los demás países. Japón fué siempre interesante, y, sin embargo, el mundo no fijó bien la atención en su riqueza, en su arte, en sus industrias, hasta que la guerra con Rusia demostró que era una fuerte potencia. Claro que no debiera ser así, pero así es. Estados Unidos no entró en gran curiosidad por conocernos hasta después de haber luchado contra nosotros. Es indudable que hoy día, entre el arte y los cañones, hay más relación de la que á primera vista parece, por que mire: el arte...

Y Amadeo Vives siguió hablando largo rato, razonándose sus argumentos con lógica sencilla y clara.

CARLOS PRIMELLES



Lola Díaz, bellísima y notable tiple cómica de la Compañía del maestro Vives

titura la estoy escribiendo en colaboración con Julio Gómez, un gran músico.

—¿Y en Madrid antes de la marcha?

—Mío solo, *Doña Francisquita*; pero la Compañía estrenará algo de otros autores, y en esos estrenos habrá partituras de compositores nuevos: hay que fomentar la producción lírica española.

—¿Qué impresión tiene usted de la marcha actual de nuestro teatro lírico?

—Mala impresión—me contesta Vives rápidamente—; y no por falta de afición en el público, sino por no estar bien encauzado el género.

—¿Y el Estado no podría hacer algo en beneficio del teatro?

—El Estado persigue los espectáculos como el cazador á los conejos; al Estado le interesa el teatro sólo para explotarlo; en los demás países, no sólo no se persigue, sino que en muchos casos se le subvenciona, se le protege con leyes admirables, se le facilita la vida.

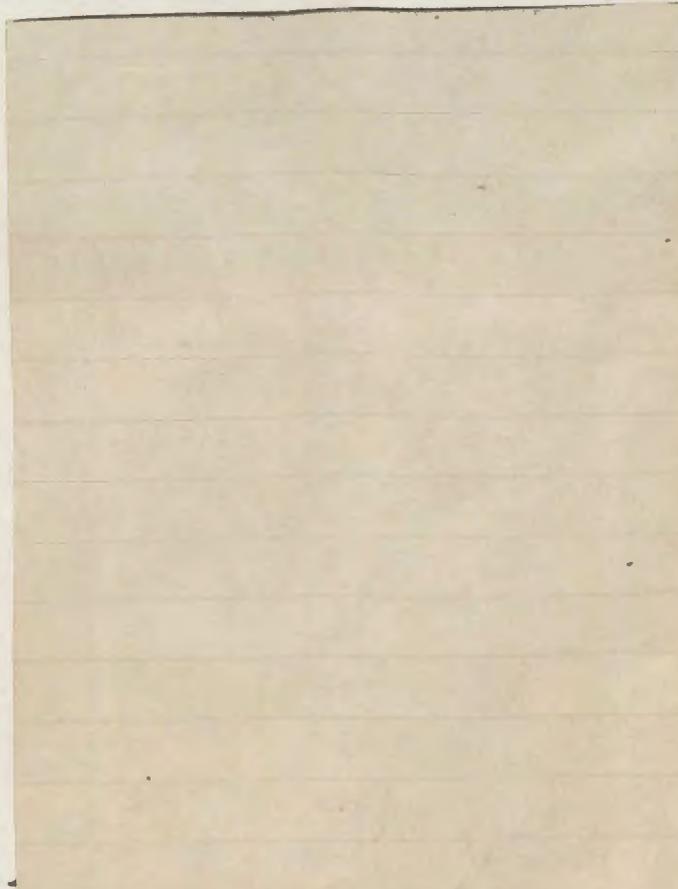
—Realmente, tiene usted razón, maestro: nuestros políticos no se han molestado en estudiar este asunto.

—Pero ¿qué puede usted esperar—me interrumpe Amadeo Vives—, qué puede usted esperar de ministros de Instrucción Pública tan profundamente ignorantes como Salvatella, para el cual su centro de actividad estaba en el Ritz y en el Palacio? Con ministros así, todo lo que sea arte se hunde.

—¿Y el Real no hay modo de que abra decididamente las puertas á la música española?

Ante mi pregunta, el maestro se incorpora nerviosamente.

—Mire—me dice alzando violentamente la voz—: el Teatro Real es una vergüenza para España; todo el dinero que allí entra es para los extranjeros: autores, cantantes, directores, etc.; los de aquí estamos en ese teatro como de prestado, y todo es culpa del Estado, que tiene



ANTES DE ALZARSE EL TELÓN

"DOÑA FRANCISQUITA", EN APOLO



GUILLERMO FERNANDEZ SHAW Y FEDERICO ROMERO

(Eot. Alfonso)

Mañana se estrena esta obra. Los autores del libro, Guillermo Fernández Shaw y Federico Romero, dos elegantes y fáciles poetas, dos autores ya acreditados en la lírica del género lírico, al que han portado una nobleza, un decoro y un sentido dramático poco comunes en la propia ocasión, se ocupan en la comedia "La discreta enamorada", de Lope de Vega, han escrito un libro lleno de interés y amenidad. Las situaciones escénicas, están resueltas con habilidad y buen tino, dan al maestro coyuntura magnífica para la garbosa manifestación de su genio. Del autor de la música, el maestro Vives, todo se ha dicho y todo queda siempre por decir. Esta vez la «novedad» de la obra, su profundo sentido racial y popular, darán ocasión, sin duda, a una nueva consagración de su talento.

¡Aquejado por una enfermedad—no grave, por fortuna—el gran músico no podrá asistir al estreno de su obra.

El público de Madrid, que sentirá en «Doña Francisquita» palpar un vivo y real propio corazón, tributará, sin duda, al maestro ausente una de sus más clamorosas y cordiales ovaciones.

¡Así sea!

He aquí ahora un cantable de «Doña Francisquita»:

Francisquita

Tiembo ya emocionada,
trémula de alegría,
cuando concibo planes
sobre mi nueva vida,
Voy a ser señora,
y desde este día
quiero que me llamen
«Doña Francisquita».

Con este tratamiento
ya no seré tan niña,
pues creceré a los ojos
de todas mis amigas,
Y serán mis sueños
realidad cumplida
cuando escuche a todos
«Doña Francisquita».

¡Maridito mío!
¡Madrecita mía!
Esta ilusión
luce brincar
mi corazón.

Si vinieran mis amigas
a llevarme de paseo,
les diría que se opongan

mi deber a su deseo.
«Como soy una señora,
me está sólo permitido,
cuando salgo de mi casa,
pasear con mi marido.
¡Qué salero tiene
Doña Francisquita!

Don Matias

Francisquita

Es lo que tú dices
quiero que se diga.

Doña Francisca

Nadie que la vea
duda que es mi hija.
Sólo de pensarlo
salto de alegría.

Francisquita

«¡Doña Francisquita!»
«¡Doña Francisquita!»
En cuantas solteronas
despertaré la envidia,
y en cuantas maldiciones
me envolverán con ira.

—¡Mirén la señora!
—¡Vaya con la chica!
—¡Cómo se ha estirado
Doña Francisquita!

Pero si el cielo quiere
redondear mi dicha
con el sagrado fruto
que mi ilusión codicia,
—¡Ya colmó su anhelo!
—quiero que se diga.
—¡Ya es feliz del todo
Doña Francisquita!

¡Maridito mío!
¡Madrecita mía!
Esta ilusión
hace brincar
mi corazón.

LOS AUTORES EN CAPILLA

UN CARNAVAL EN LA EPOCA ROMANTICA

LA MUJER MADRILEÑA

NO SE SABE NADA.—ROMERO Y FERNANDEZ SHAW ACAPARAN

En los pasillos que conducen al escenario de Apolo reina inusitada animación; van y vienen las tiples de la compañía—más bellas aún con sus trajes de la última mitad del siglo pasado—, y con ellas se cruzan los guanes de levita corta y sombrero de copa alta de colores vivos y chillones.

—¿Puede verse a los autores?... preguntamos al empresario.

—Deben estar en la Zarzuela, donde tienen lectura de otra obra—nos responde—. Pero antes de media hora han de estar aquí, porque a las seis en punto hay ensayo general del primer acto.

Entramos en la sala, iluminada tan sólo por un reflector que hay en el escenario; algunos músicos afinan sus instrumentos. En las gradas de una iglesia—ya está puesta la decoración del primer acto, una típica plaza madrileña que es un nuevo acierto de Fontandils—los tramoyistas fuman y rien; Fernández de la Puente cruza de un lado a otro de la escena, infatigable en su tarea de director artístico.

—¿No viene el maestro Vives?—inquirimos en un grupo.

—Está enfermo—nos replica uno de los profesores de la orquesta—. Se ha visto precisado a guardar cama desde ayer...

—¿Y no asistirá al estreno?...

—No sé; pero es probable que no.

Ya han llegado todos los componentes de la orquesta y el gurgigay de notas sueltas se hace más fuerte. Se da luz a la sala, el telón desciende y el director enapúa la batuta.

—¿Pero qué es de los autores, amigo Delgado?...

—No sé... Ahora vendrán—nos dice nuestro simpático interlocutor—. Ya debían estar aquí... No sé.

¡Está visto que «Doña Francisquita» está destinada a ser la obra de la que no se sabe nada!... Ni fecha de estreno se sabía, ni se conoce ahora el paradero de los autores, y se ignora si Vives podrá asistir al estreno. La frase de «¡No sé nada!» parece la consigna, el santo y seña de Apolo.

Van a atacar los primeros compases del preludio cuando una mano se apoya en nuestro hombro.

—¿Le hemos hecho esperar mucho?—nos pregunta Federico Romero.

—Como no se dan ustedes punto de reposo!... Ensayo aquí y lectura en la Zarzuela. ¡Vaya forma de acaparar carteles!

—Pues no dirá que no estamos contentos. Apenas hemos estrenado cuatro o cinco cosas en estos últimos años.

VIVES PROPONE. — EL MIEDO Y LA AUDACIA.— EL MADRID ROMANTICO

—Vamos a ver. ¿Cómo se les ocurrió a ustedes adaptar y modernizar «La discreta enamorada», de Lope de Vega?...

—¿Le parece a usted excesivo atrevimiento?... También nos ocurrió a nosotros lo mismo una vez que hubimos accedido a la proposición de Vives de arreglarla (perdón por el vocablo, que está usado en su acepción menos pretenciosa) para que la ma-

—¡Ah! No sabemos que la idea había partido del maestro...

—Pues, sí; fué él quien tuvo la iniciativa de la obra. A fines de Diciembre del año pasado nos encontramos al maestro Vives en un estreno del teatro de Price. Nos llamó aparte, y con ese gesto insinuante y un poco burlón que pone en su rostro el gran músico cuando quiere decir algo interesante, nos preguntó si seríamos capaces de hacerle rápidamente un libro de zarzuela basado en una de las más admirables comedias de Lope.

—El encargo era suave...

—Y la consulta inconcreta. Pero como en la mayoría de las obras del Fénix de los Ingenios hay base para una zarzuela, por la firmeza de los caracteres, la gracia insuperable de la trama, la belleza y sutilidad de los conceptos que sus personajes expresan y la originalidad incomparable de las situaciones; y como para dos escritores modestos como nosotros la colaboración de un genio como Vives no puede ser más atrayente, tuvimos la osadía de aceptar y de citarnos con el maestro a la tarde siguiente para conocer el libro de Lope que habíamos prometido adaptar.

—Claro que a la media hora—prosigue Guillermo Fernández Shaw—estábamos temblando como dos azogados ante nuestra audacia. ¡En buen ho nos habíamos metido!

—Así nos llegó la hora de la cita. Vives nos esperaba en su despacho con un librito en la mano. Antes de saludarle ya teníamos los dos la vista clavada en la portada del libro. ¡Era «La discreta enamorada»! ¡Casi nada! Uno de los caracteres femeninos más primorosos. La apología de la mujer madrileña: ingeniosísima, repentina en la concepción de planes traviesos, apasionada en el fondo de su corazón, calculadora para no dar al traste con la gran ilusión de su alma, espiritual... ¡Magnífica, en suma!

—No era cosa de volverse atrás, ¿verdad? «Lo haremos, maestro, y ¡sea lo que Dios quiera!», le dijimos, poniéndonos la venda antes de recibir el palo, y en Abril le entregáramos los tres actos de «Doña Francisquita».

—¿Cómo se decidieron a cambiar la época de la acción?...

—Porque convinimos en que no debía hacerse una refundición, interpolando los números de música del maestro Vives, y que, al adaptar, debíamos trasladar la acción a una época más moderna, aunque no tanto que se perdiera el perfume poético del pasado, de las costumbres, de los episodios, de los cuadros populares que no hemos vivido y, sin embargo, nos son familiares, porque en la edad inolvidable de los cuentos los conocimos de labios de nuestras abuelas y los vimos en álbumes familiares.

—¿Y se fijaron en mil ochocientos cuarenta?...

—No—exclama vivamente Romero—. En mil ochocientos cuarenta y tantos. Nosotros no hemos querido puntualizar hasta ese extremo, porque a lo mejor resulta que en mil ochocientos cuarenta llegó a mares y no hubo fiestas de Carnaval, y como en plenas Carnestolendas se desarrolla «Doña Francisquita»... Nosotros nos hemos fijado en el

Madrid de los años románticos descrito por «El Curioso Parlante», criticado, y por lo tanto ennoblecido, por «Figaro», y materialmente retratado por Galdós en sus novelas españolas.

LOPE DE VEGA Y GALDOS.— LA ENFERMEDAD DE VIVES.— LO QUE QUIERE SER «DOÑA FRANCISQUITA»

—¿Son entonces del maestro don Benito sus personajes?...

—No es eso exactamente. Las situaciones, en su mayoría; los principales caracteres, en su integridad, pertenecen al genio dramático español; los cuadros populares, los tipos episódicos, están vistos en la obra

magna del autor de «La fontana de oro». Si tuviéramos la fortuna de ver nuestra labor aplaudida, desde la intimidad de nuestro sentir habríamos de ofrendar los aplausos a Lope de Vega, en primer lugar, y en un orden casi inmediato, casi coincidente, al abuelo Galdós, digno de ser proclamado madrileño insigne. ¿Comprende usted nuestra forma de inspirarnos?

—¿Han cambiado ustedes mucho de la obra de Lope de Vega?...

—Hemos respetado la idea y algunos versos, que seguramente no llegarán a dos docenas. «Doña Francisquita» no es una refundición, sino una derivación, o más bien una imitación a la manera de la que hizo Tristan Bernard de «Los gemelos», de Plauto, y de la que tan felizmente realizaron los autores de «Las bravías», inspirándose en Shakespeare. Lo que merezca admiración o aplauso es de Lope; lo que cause aburrimiento, extrañeza o indignación... no tenemos más remedio que confesar que es nuestro, porque «La discreta enamorada» está ya juzgada y clasificada como una de las comedias más deliciosas de su autor inmortal.

—¿Ha tardado mucho Vives en musicar la obra?...

—Poco, dada la importancia de la partitura y la labor de investigación en archivos que precisa. Ya le hemos dicho que en Abril le entregamos el libro, y sólo hace unos días que terminó el último número.

—Siento no poder hablar con él...

—¡Más lo lamentamos nosotros! Pero hace unos días el maestro sufrió una caída a la salida del ensayo, y se le ha presentado una nefritis que le tendrá en cama hasta después del estreno, seguramente.

—¿Lienen ustedes mucho miedo?...

—Vamos bien cubiertos con el pabellón de Lope y del maestro!... Pero tememos por nuestra audacia... Además, sus compañeros de Prensa tal vez caigan sobre nosotros juzgándonos unos atrevidos.

—No tengan temor alguno, que con ustedes siempre se portaron bien.

—¡Y les estamos agradecidísimos! Pero haga usted constar que «Doña Francisquita» quiere ser ante todo una obra alegre, llena de gracia y de color. Una nota emotiva que ya en sus finales se apunta no puede desvirtuar su carácter; que la ternura es una de tantas manifestaciones de la alegría, acaso la más pura, cuando la envuelve la felicidad.

—Se dirá. Quedamos en que una obra llena de gracia y de color, ¿no?...

—¿Pero hemos dicho eso?—pregunta Romero asustado—. ¡No, por favor; rompa esas cuartillas, que vamos a parecer la quintaesencia de la petulancia! Hemos querido decir que si nosotros no hubiéramos desvirtuado la gracia primorosa de fray Félix Lope de Vega y Carpio y el color formidable de los cuadros galdosiano, «Doña Francisquita» sería eso: un prodigio...

SAM



MADRID. EN EL TEATRO DE APOLO

UNA ESCENA DE LA ZARZUELA, DEL MAESTRO VIVES, LIBRO DE FERNANDEZ ITURRALDE Y ROMERO, "DOÑA FRANCISQUITA", ESTRENADA ANOCHE. (FOTO ZEGRI)

"A. B. C." 18 Octubre 1923.

DOÑA FRANCISQUITA

Lastima que la dolencia, por fortuna no grave, que retiene en cama al maestro Vives le impidiese asistir al estreno de su zarzuela "Doña Francisquita", porque si grande, imponente fué el éxito, aún hubiera revestido mayores proporciones ante la presencia del ilustre compositor en el palco escénico.

Durante la representación, continuado homenaje a la música española, el nombre de Vives, como felicísimo intérprete del alma madrileña, fué aclamado a la terminación de aquellas páginas musicales llenas de casticismo, aromadas de fragancias populares, estilizadas, y mejor diríamos polioromadas, por el arte de refinadas elegancias, de las que Vives tiene el secreto. Porque toda la partitura, evocadora del garbo barbaresco, se apoya en temas que popularizó la diestra y airosa guitarra en cortejos y rondas ante las misteriosas y florecidas rajas.

El aire de seguidillas, tiranas, boleros, tonadillas, fandanguillos son el ritmo alegre y jaranero siempre que glosa y comenta los delicados motivos melódicos de Vives, que se entransecan y se funden con los temas chiperos.

Pero hay algo más importante todavía que señalar en el desbordante éxito de "Doña Francisquita", y es la reintegración a nuestra escena lírica, en toda su pureza, de lo español, en mixtificaciones, y éste es un camino a seguir que no deben olvidar libretistas y compositores, ya que claramente con sus expresivos aplausos lo dió a entender el público, respondiendo a este sentido de renovación iniciado con la nueva zarzuela. No hay necesidad de buscar en ambientes exóticos lo que en nuestro frondoso jardín clásico tenemos con una superabundancia envidiable.

Nuestros clásicos, que presintieron la escenografía—no hay más que recordar sus descriptivos y pintorescos lugares de acción—y que igualmente ofrecen en sus comedias líricas asuntos, de fácil aprovechamiento, pueden ser, discretamente tratados, material precioso para perseverar en este renacimiento de la zarzuela grande, anoche abier-to a sucesivas exploraciones.

Recientemente en Italia se ha transformado en opereta, y con el mejor éxito, nuestro "Don Gil de las calzas verdes", y si bien se mira, ¿dónde hallar un más gracioso y picaresco enredo?

Hay que alabar, pues, el acierto mostrado por los Sres. Romero y Fernández Shaw, al tomar de "La discreta enamorada", de Lope, la substancia de su "Doña Francisquita", que ellos han modernizado, situándola allá, por los años de 1815, componiendo un libro que, salvo algunos pequeños anacronismos de lenguaje, está tratado con la más plausible corrección, habilidad y conocimiento de cuanto puede necesitar el músico para su eficaz intervención.

Algo, sin embargo, debería aligerarse el libro para que no haya ninguna objeción que oponer a la discretísima labor de los libretistas, que ya decimos de qué modo ha sido avalorada por el maestro Vives.

La mayor parte de los números fueron repetidos, algunos tres veces, como el lindísimo dúo del acto segundo, de goyesco perfume, de aire manolo, desgarrado y brávo.

Y sigamos enumerando en el acto primero la graciosa letrilla "Siempre el amor es travieso", el cuarteto que le sigue y el brico canto a la juventud, de amplia y sonora frase; que recuerda, por su brillantez, el coro de "Bohemios". En el acto segundo, una romanza de Casenave, el dúo ya citado, y aunque no se aplaudiera como merecía, como nota pintoresca y bien ambientada, aquella "comparsa de la alegría" me parece un número admirable. Del acto tercero, el coro, con que abre el acto es sencillamente delicioso, y luego al margen de lo popular, un bolero y un aire de fandango son recibidos con el mayor aplauso por el auditorio.

Toda la partitura, como decimos llena de luz y de alegría, transportó al público a los buenos tiempos en que triunfaba lo netamente español. Si cuando estrenó Ayala su "Consuelo" se dijo por alguien con mayor o menor fundamento que había resucitado Calderón, al oír la música de "Doña Francisquita" se puede decir con razón que

ha resucitado Barbieri, un Barbieri modernizado y estilizado.

Los artistas de Apolo, sugestionados ante aquel clamoroso triunfo, se crecieron. Fueron las primeras ovaciones de la noche para Mary Isaura, protagonista afortunada, especialmente cantando, con aquella asombrosa agilidad y facilidad de sus medios vocales que en lugar tan preeminente del arte lírico la colocan.

Compuso con ingenua picardía su papel, y acertó a desenvolverse con simpática travesura.

Cora Raga, cuyas hermosas y brillantes facultades hemos celebrado al cantar "Maruxa", obtuvo un nuevo y personalísimo éxito, poniendo en su personaje el garboso desenfadado y el pinturero aire que lo caracteriza.

Muy bien, pero muy bien estuvo Casenave. Su voz delicada y graciosa nos delició. El público correspondió a su exquisito arte con sus vivos aplausos. Puede estar satisfecho de su triunfo y tranquila la bella espectadora que no fué la menos expresiva en aquellas demostraciones.

Palacios, muy gracioso; Güell, muy en su tipo, y Felisa Lázaro completaron el éxito de interpretación.

El maestro Fontanals, dentro de un arte arbitrario, pero siempre con valores de buen gusto, vistió la obra, que se hará conteneria en el cartel de Apolo.—Floridor.

Un triunfo grandísimo del maestro Vives

Estreno de «Doña Francisquita» en Apolo

El grande, ruidoso y legítimo éxito obtenido anoche en Apolo por el maestro Vives tiene considerable importancia en estos momentos en que parece iniciarse una reacción en favor de la música genuinamente española.

Las influencias extranjeras tienen desorientados a nuestros compositores, y les hacen recurrir, como fácil medio de lograr el aplauso, al «fox» y al «shimmy» hasta en las obras de marcado carácter nacional, y, para conseguir efectos orquestales, echan mano de las odiosas estridencias del «jazz-band». Una obra de la categoría de *Doña Francisquita* forzosamente ha de purificar el ambiente, y la emulación, por un lado, y la selección del público, por otro, sobrestimado de exotismos, harán que en nuestros escenarios vuelva a imperar nuestra música, cuya riqueza y variedad de cantos populares sólo tiene parangón en Rusia.

Bien venida sea una opereta si tiene méritos para ello; un vodevil con cancioncillas boulevardenses, un cuéplet picaresco; pero sin abuso, sin que el «two step» desplace de los alegres organillos de la Bombilla, a nuestros pasacalles.

No caeremos en el tópico de decir que la partitura de *Doña Francisquita*—verdadera partitura de ópera cómica—es la mejor del maestro Vives. Una sola audición y la forma precipitada en que se escriben estas líneas, bajo la fresca impresión del éxito, no pueden autorizar el juicio. Son tantas las brillantes páginas del autor de *Bohemios* y *Maruja* que la apreciación sin madurar pudiera ser perjudicial la hipérbole.

La condición de mayor estima, en *Doña Francisquita* es que está basada enteramente en nuestras canciones populares de mediados del siglo XVIII y principios del XIX, glosadas, adaptadas y llevadas a la orquesta con la elegancia, el buen gusto y la maestría peculiares en Vives. Es una partitura netamente española. Sobre esta condición posee la secundaria, artísticamente, e importantísima desde el punto de vista pecuniario, de llegar al público, cautivándole con motivos fáciles y melódicos.

En ponderación del agrado con que la obra fué recibida, basta decir que en los dos primeros actos se repitieron todos los números, a excepción de uno de situación, y en el tercero casi sucedió lo mismo, a pesar de lo avanzado de la hora y de las extraordinarias dimensiones de la obra.

¿Cómo hacer mención de los mejores trozos? El primer acto nos pareció el mejor entonado, el de más carácter, y en él hay un terceto bellísimo, una canción de agilidad delicadamente cantada por la señorita Isaura y un brioso coro que nos recordó, dicho sea sin reticencias, al de *Bohemios*. En el segundo sobresalen un dúo que tiene como motivo una frase de sabor castizo, con todo el desgarrar de la maza popular madrileña, y una mazurca que quedará al lado de las de *El baile de Luis Alonso* y *La verbena*, como nacionalización del baile masórico.

En el tercero, inferior a los anteriores, destacan un coro y un fandango.

El maestro Vives no pudo recoger las aclamaciones entusiastas de la concurrencia por hallarse indispuerto. Es de lamentar, pues los vitores que anoche resonaron hubieran sido, con su presencia, un verdadero homenaje.

El comento de la partitura nos ha restado tiempo y espacio para hablar del libro. Los Sres. Romero y Fernández Shaw, inspirándose en *La discreta enamorada*, de Lope de Vega, han hecho una zarzuela muy interesante, con un ambiente simpático, Madrid en 1840, y se han atendido, sobre todo, a las exigencias de la parte lírica.

Muy justamente también fueron aplaudidos.

La contralto señora Raga, tiene extraordinario relieve sobre los demás intérpretes, tanto por sus merecimientos como por su fortuna en papel y *particella*. Para ella fueron los más calurosos aplausos.

Amirables asimismo la señorita Isaura y el tenor Casenave, y muy bien el Sr. Palacios. Muy discretos los Sres. Güell y Frontera, Felisa Lázaro y la Cerrillo.

Respecto al decorado, adelantando que no somos classicistas, podemos decir que en esta ocasión nos reservamos todo elogio al señor Fontanals por la escenografía y se lo dedicamos por los figurines del vestuario.

"El sevate" 18-X-923.

«Doña Francisquita» en Apolo

Comedia lírica inspirada en «La discreta enamorada», de Lope de Vega; libro de los señores Romero y Fernández Shaw; música del maestro Vives.

A las dos y veinte de la madrugada salimos del teatro, después de cuatro horas de arte, de belleza, de aclamaciones y de entusiasmo: acabamos de presenciar uno de los éxitos más grandes, más completos, más unánimes y más justos que recordamos.

Lo avanzado de la hora nos impide hacer un estudio detenido de la obra; no es la partitura de Vives cosa fútil para tratada con precipitaciones, ni tendríamos espacio para hacer resaltar su belleza, su variedad, la riqueza de su contenido, su fragante inspiración, recogida en lo más puro de nuestro arte popular; su empaque castizo y español que hacen de «Doña Francisquita» la obra más seria, más constante de cuantas se han escrito en estos tiempos en favor de la exaltación de nuestro teatro lírico.

Tampoco nos da lugar a ocuparnos del libro, en el que los autores hacen gala de buen gusto, tanto en el respeto con que de lejos se sigue la fábula de Lope de Vega, como en la versificación, digna y cuidada, en el desarrollo del asunto, en la felicísima pintura del ambiente, tan atractivo, de 1840, y en la delicada limpieza con que se evita todo lo inmoral y escabroso.

Más detenidamente hablaremos de todo ello; cúmplenos ahora, a fuer de informadores, decir que desde el primer momento se desbordó el entusiasmo del público, que se sucedían las ovaciones, que se hicieron repetir números y números, que hubo aplausos para la señorita Isaura, para la señora Raga, que sorprendió como cantante y como actriz; para Casenave, para el conjunto, para el escenógrafo, y vivas y aclamaciones delirantes a quien a la indisposición que le ha impedido acudir al teatro le ha privado de un homenaje que hubiera revestido caracteres de apoteosis.

José DE LA CUEYA

A P O L O

Estreno de «Doña Francisquita», comedia lírica en tres actos, inspirada en «La discreta enamorada», de Lope de Vega, y escrita en verso por Federico Romero y Guillermo F. Shaw, con música de Amadeo Vives

Tiene dos aspectos el suceso teatral de anoche: el aspecto crítico de lo que pudiéramos llamar técnica de «Doña Francisquita», y el otro aspecto, el aspecto del éxito, que es uno de los más grandes, más definitivos, más serios y de más consecuencias que se ha registrado en el teatro español de veinte años a la fecha.

Tenia que ser en Apolo, el teatro cumbre de nuestra zarzuela, que lloraba triste en su soledad aquella gloria de «La verbena», cuando no otros sainetes madrileñísimos, hechos a temple y con la honrada inspiración de aquellos genios que han dado un sello inconfundible a nuestros procedimientos escénicos.

Y sea esta gloria para un empresario español, que de nuestra tierra, como buen aventurero—la aventura del trabajo, de las ansias de llegar—, marchó hace años, inflamado de ese verdadero amor patriótico, que no estriba en la codicia de hacer dinero, sino en ensanchar los horizontes de nuestras conquistas y de nuestros fueros.

Contar cómo se ha escrito, cómo se ha organizado, cómo se ha montado, ensayado, preparado y acoplado «Doña Francisquita», puede ser origen de una novela, de lo más emocionante y complicada en literatura.

Fué Vives ilustre autor—y decir ilustre es decir cultura, sabiduría, inspiración, autoridad—quien pretendió romper una lanza en pro de la olvidada zarzuela española? ¿Lo fueron esos hidalgos autores que con enorme brillantez se estrenaron en «La canción del olvido», dando un paso gigante a las cumbres del éxito? ¿Se debe a este empresario españolísimo, que se llama Francisco Delgado, un hombre puesto a sacrificar todo su patrimonio con tal de realizar el gesto?

Sea de quien sea, venga como venga, el caso es que desde ayer tenemos en Madrid un teatro, una obra y algo más consolador todavía, la iniciación de un camino—en este período revolucionario que vivimos—para llegar al ansiado teatro nacional, ese teatro por el que vienen suspirando nuestros compositores españoles y que no logró encontrar nunca eco en las llamadas esferas oficiales para ser ayudado y fomentado.

«Doña Francisquita» tiene todos los sabores de un sainete, diluidos en una magna ópera española.

El público, que estaba ansioso de solazarse con una obra francamente española—¡adiós a los fox-trots, fangos, machichas, etc., etc.!—se entrega desde los primeros momentos.

Se desenvuelve la acción en el Carnaval del año 1840; en un lugar muy típico de Madrid, al de la entrada a la Plaza Mayor por la calle de Atocha, donde existió la iglesia de Santo Tomás, muy cerca de la Cárcel de Villa (hoy ministerio de Estado); los soportales de esa plaza, que para dicha nuestra viven, y las botillerías donde tantas aventuras y tantas hazañas se desenvolvieron.

Desfilan por la escena tipos maravillosos, como la Beltrana, moza de partido, capaz de incendiar de amores al hombre más frío; Francisquita, la damisela sutil y avispada, que sabe luchar y vencer con las armas del ingenio en una aventura amorosa; el viejo

Don Matías, con el corazón de un hidalgo castellano, los bríos de un montañés y la ingenuidad de un niño; Fernando, el galán que a todas las mujeres enamora y a todas complica en sus lances de amor.

Y enredador de los cuatro se desenvuelve la fábula, con más de cien personajes, alguno tan travieso y tan humano como el Cardona, otro tan varonil como el Lorenzo Pérez, otro tan natural como el de Doña Francisca, que fué el encanto de los hombres y pretende seguirlo siendo.

Allí vemos en un domingo de Carnaval, después de un sin fin de episodios, un cuadro goyesco, todo luz y alegría. Es el cuadro final del primer acto, después de un reto de La Beltrana a Fernando, diciendo que irá al Carnaval en compañía de otro hombre.

Y sale la calésa típica, donde sube como a un trono la «tirana», y el pueblo acude en busca de la fiesta, mientras Francisquita concibe su diabólica aventura de conquistar a Fernando, eligiendo como el medio más seguro para darle celos y atraerle, nada menos que al viejo Don Matías, el auténtico padre del galán.

Todos los números—ya hablaremos de ellos mañana, que bien lo merecen—son escuchados por el público con la más grande emoción. Todos estamos ya dentro de la obra, y no es extraño que al finalizar el maravilloso concertante, estalle una ovación clamorosa y se den vitores ensordecedores al maestro Vives, autor del portento.

El segundo acto, en la «Pradera del Corregidor», puede decirse que es la suprema atracción del sainete. Allí culmina la farsa, admirablemente vista por los autores, y allí es donde el músico, que tiene ancho campo, se prodiga a raudales, con esa innegable maestría del que todo lo sabe hacer, porque todo lo conoce.

—¡Música admirable! ¡Portentosa!—dice uno a nuestro lado.

Y contesta otro:

—Es música española, nada más que música española.

Y es verdad; el mejor mérito no es el de inspiración, con ser muy grande; es la adaptación, el recoger el estilo musical de la época y acoplarla a la farsa que se representa.

Hay un número que cantan Casenave y la Raga, que se repite tres veces entre el delirio de ovaciones y vitores al maestro.

Y luego viene la escena del desafío, que es otro portento de composición y de justeza.

Los artistas, ya dueños de la situación, matizan el desempeño, y el público otra vez se entrega sin distinguos, ovacionándose desde todos los lugares del teatro.

El tercer acto, que está dividido en dos cuadros, tiene todo el misterio de una aventura de amor. Desde aquel coro galante, que en otro plano nos recuerda uno de los más enormes aciertos de Vives—el coro de «Los bohemios»—, hasta el desenlace de un típico baile de candil de Cuchilleros, que es una maravilla de colorido.

También en este acto se repiten tres números, y no se repiten más porque son las tres de la mañana y el público está jadeante en la localidad de tanto entusiasmo.

¡Las tres de la mañana! Cuando llegamos a la Redacción no hay medio de hacer nada a derechas, porque se va a cerrar el número.

Emborronamos estas cuartillas con la impresión, fresca todavía, del enorme éxito, y apenas también a nosotros nos quedan fuerzas para consignar el triunfo clamoroso de todos los artistas de Apolo. ¡Todos, sí! La obra puede decirse que ha sido servida con entusiasmo, como nunca vimos en el teatro.

Pero mañana tendremos también ocasión de puntualizar algo más sobre este punto. Ahora también lo hacemos.

ANTONIO DE LA VILLA

LOS TEATROS

CLAMOROSO EXITO DE "DOÑA FRANCISQUITA",
ULTIMA PRODUCCION DEL MAESTRO VIVES

APOLO.—«Doña Francisquita», comedia lírica en tres actos, adaptación de «La discreta enamorada», de Lope de Vega; escrita por Federico Romero y Guillermo F. Shaw, música del maestro Amadeo Vives.

Bastaría a la gloria de un compositor español poner su firma, no al pie de toda la españolísima partitura de «Doña Francisquita», al final tan sólo del dúo que cantan en el acto segundo de la comedia Fernando y Aurora la Beltrana.

El que acierta con una frase musical que encierra la cantidad de pasión que lleva en su entraña el mentado trozo; el que así interpreta en el pentágrama estados de ánimo, sentimientos, emociones, es, en efecto, un músico que puede grabar su nombre al lado de los de las figuras más eminentes en el mundo del Arte...

No hubiera escrito Vives más que «se dúo»; no tuviera en su gloriosa historia el precedente de «Bohemios», de «Maruxa», de «Don Lucas del Cigarral», de tanta obra de perpetua lozanía, y desde anoche le reputaríamos el primero, indiscutiblemente, de nuestros compositores.

Con música, sin palabras, no se pueden expresar los celos, el despecho, el amor, más que como los expresa Vives en esa pieza.

Tres veces quiso oírlo el público, y más la hubiera oído, con entusiasmo creciente, a no frenarse en consideración a la fatiga impuesta al tenor Casenave y a Cora Raga, que dejándose arrastrar por la belleza de la melodía y por las ovaciones de la concurrencia, llevaron al límite su esfuerzo físico y las exquisiteces de su temperamento artístico.

No se crea que este elogio de un número de una partitura que tiene, a buen seguro, diecisiete o dieciocho, quiere decir que el resto sea cosa de poco más o menos. No. La partitura íntegra, desde el primero al último de los trozos, es digna de las máximas consideraciones. La reputamos, desde luego, lo más trascendental que ha hecho hasta hoy Amadeo Vives. No tenemos reparo en sostener que es lo más serio, lo más fundamental que se ha producido en la lírica española de treinta años a esta parte. Desde luego, es lo más español, lo más castizo, lo más digno de pasar las fronteras, que se ha escrito en ese lapso de tiempo. Tiene la alegría, el jugo, el color, de Barbieri, de Chueca, de Chapí, de Jerónimo Jiménez, de Bretón. Y los supera en técnica. Estamos oyendo constantemente temas españoles (seguidillas, boleros, tiranas); pero están orquestados y llevados por procedimientos modernos; tienen otra prestancia: son brillantes de otra talla y en otra clase de montura.

A ser justos, a disponer de tiempo y de espacio (la representación finaba a las dos y veinte de la madrugada), nos pararíamos a loar, con iguales encarecimientos que el dúo, siete u ocho números, que también fueron aclamados y repetidos: un lindísimo terceto, un cuarteto y el concertante del primer acto; la mazurca del acto segundo, cuyo par está precisamente en la mazurca de «La verbena de la Paloma»; el número de los románticos y las seguidillas del acto final...

Pero no hay manera de alargar estas fugaces impresiones, que son—a falta de otros méritos—el reflejo fidelísimo de lo que anoche pensaban cuantos tuvieron la buena fortuna de gozar de las primicias de una obra que ha de quedar como joya en el repertorio.

✱

Fernández Shaw y Romero han hecho mal tomando para fuente de su inspiración «La discreta enamorada», de Lope de Vega. Sin maltratar—como lo han hecho—esta comedia del Fénix de los Ingenios, pudiendo—porque saben—trazar el libro con las situaciones musicales que necesitaba su ilustre colaborador Amadeo Vives.

El reparo es puramente literario. El público a buen seguro que no conoce «La discreta enamorada», y por eso encontró de perlas el trabajo de los libretistas. Y no fué sólo con Lope de Vega con quien «se metieron» para dar forma a la comedia, sino con otros autores, pues la situación del final del acto segundo—final que fué acogido con ovaciones delirantes—es—acaso por una coincidencia—una escena de «Los majos de planten», de Joaquín Dicenta y Pedro de Répide...

✱

Habrán pocas obras con un reparto tan numeroso como el de «Doña Francisquita». Todos estuvieron bien. Pero merecen citación de honor Marv Isaura, que hizo gala de su agilidad de garganta; Cora Raga, que se consagró como actriz y como cantante; Felisa Lázaro, Casenave, Palacios, Güell y Frontera.

Fontanals ha acertado en los figurines, y no tanto en el decorado.

El maestro Martínez llevó muy bien la orquesta.

En algunos momentos fué tal el entusiasmo de los espectadores, que se dieron ¡vivas! al compositor, y uno de los actores—el Sr. Palacios—tuvo que dirigirle la palabra para agradecer el homenaje. Homenaje que fué—y conviene recordarlo, porque estamos en tiempos en que los homenajes se falsifican—cordial, unánime, espontáneo y merecido.

L. B.





Una escena de "Doña Francisquita".

La Opinión - 18 Octubre 1923
ESCENARIO

APOLO.--"Doña Francisquita"

Allá, hacia las postrimerías de la temporada última, oímos casualmente a Amadeo Vives exponer los planes posibles de una campaña puramente española, que volviera por los fueros de nuestra gloriosa zarzuela. En la mente de este ilustre compositor, tan intelectual y tan artista, bullían entonces firmes propósitos, no sólo de redención lírica, sino de plenas resurrecciones, una vez arrancadas las obras ejemplares del injusto olvido en que yacían, enterradas por la ventisca exótica de la opereta y sus derivaciones. Y con elocuencia fervorosa hacía desfilar las figuras de los músicos españoles del pasado siglo, dedicando a cada uno el concepto diáfano y preciso, concepto que para muchos de los evocados era leal y rendido acatamiento. Pensaba formar, al efecto, una compañía "a su gusto" y emprender con entusiasmo la cruzada. Fruto, sin duda, de tales deseos eran las iniciaciones de la actuación presente del teatro de Apolo, puesto que el nombre de Francisco Asenjo Barbieri aparecía al frente de la primera reposición, merced a la jugosa lozanía de la partitura de "El barberillo". Circunstancias subalternas, imprevistas siempre en toda

empresa teatral, debieron subvertir las líneas primitivas del proyecto, lo que obligó a establecer un alto, en espera de la aparición de "Doña Francisquita", producción del propio Amadeo Vives, con la cual quería el maestro sintetizar sus reverencias y sus entusiasmos. Y "Doña Francisquita" surgía anoche, apasionada, traviesa y tenaz, al conjuro de un pintoresco casticismo, incendiados sus negros ojos de madreña con intensas reverberaciones de nuestra tradición artística.

Lope de Vega... Galdós... Tales son las evocaciones pretendidas por los autores del libro. Verdaderamente, Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw procuraron servir el deseo de Vives, cuando éste les señaló como fuente de inspiración "La discreta enamorada", de Lope, y al trasladar el momento de la acción no desdeñaron aquellas grandes páginas galdosianas que fijaron de modo insuperable los medios españoles de la reciente centuria, como razón suprema y vital de los azares de la historia.

Su acierto, sin embargo, no depende de una imitación ni de un acoplamiento de personajes, sino de una rara fortuna en el instan-

te de recoger esencias del teatro clásico, desprendidas de la comedia inspiradora, y de un felicísimo reflejo de la época inmediata al romanticismo en la tarea de infundir coloreado vigor a todas las escenas. La labor es meritísima y admisible, sin que necesiten ampararse los libretistas en el recuerdo de otros trabajos parecidos. Precisamente el malogrado Carlos Fernández Shaw, padre de uno de los autores logró hacer algo de eso, utilizando brillantemente "La gitánilla" y "El desdén con el desdén". Y en "Doña Francisquita", si la finura de la intriga es digna de Lope, la plaza madreña del primer acto, la pradera del segundo y el baile de Cuchilleros del tercero, poseen una firmeza aún más comprendida y sentida que documentada. Libro, españolísimo por excelencia, hecho con cuidado y amor, tal como lo solicitaba el maestro, los Sres. Romero y Fernández Shaw ofrecían a Amadeo Vives amplio campo para la manifestación prodigiosa de su talento. Así, cuando la orquesta suspendía la emisión de sus notas, la grata y fresquísima corriente continuaba fluyendo por el cauce de la versificación justa y entonada.

Digamos ahora que el compositor supo utilizar de tal modo los numerosos elementos que se le brindaban, que pocas veces, ni siquiera en muchas obras maestras, se dará una compenetración tan absoluta entre el libro y la partitura. Amadeo Vives trasplantaba a la orquesta el alma entera de Madrid, haciéndola vibrar con toda la prodigalidad de sus matices. La pasión, los celos, la gracia pícaro, el ímpetu gallardo, la alegría turbulenta, iban desfilando triunfalmente, sin perder un momento la trayectoria de la idea desarrollada por el artista. Porque no era este ni el otro número: era el conjunto notabilísimo, subrayando los incidentes de la acción y envolviéndolos en la atmósfera exacta.

Maravillaba, efectivamente, el milagro que se realizaba ante nosotros, milagro de este músico, que volcaba en el pentágono un madrileñismo de buena ley, el madrileñismo rancio, lleno de sabor, oferente de una solera inconfundible. Y la atención no decaía un punto, pues las páginas se sucedían con nuevas y nuevas sugerencias, ya por su belleza y sus bríos intrínsecos, ya por la maravilla de su instrumentación. Aquello era música, música de veras, sin trampa ni cartón, y su lección debe ser aprovechada en medio de los incontables estrépiatos simuladores que nos rodean.

Expongamos, no obstante, las gradaciones de la victoria. Una canción y un cuarteto casticísimo del primer acto prepararon al auditorio para hacerle rendirse en un valiente coro, que lleva sin disputa la marca del autor de "Bohemios". El segundo acto, así y todo, afirmó la importancia del suceso, en un dúo, que fué repetido dos veces por aclamación, interrumpido con murmullos de entusiasmo y premiado con ovaciones delirantes; una mazurca de positivo valor, y oportunamente situada, cerraba esa parte, entre la aprobación unánime del concurso, y precedía a un tercer acto, en el que sobresalen un nocturno delicadísimo, un bolero y un fandango, que arrebataron a los espectadores. ¡Cuál no sería la complacencia, que todo se repetía a pesar de haber sonado las dos de la madrugada!

Anoche, en suma, nos compensaba una obra de las desastrosas jornadas de todos los días. Nuestro arte reverdecía sus laureles y el espíritu hallaba, al cabo, una tonificación bien necesaria. Y para que todo fuera agradable en esta gran jornada, Fontanals presentaba un decorado y unos figurines ajustadísimos, contribuyendo con la tonalidad al pensamiento de los autores, afianzándole espléndidamente. Citemos con

especial elogio el baile de Cuchilleros del último acto, soberano de composición y de detalle. Y dediquemos un caluroso elogio a la interpretación. Mary Isaura hizo una Doña Francisquita perfecta, y cantó con su arte reconocido, y otro tanto hay que decir del señor Casenave, que luchó bravamente con la fatiga que le imponían las repeticiones. Muy bien la señora Baga como actriz y cantante. La maja que interpretó difícilmente podrá ser modificada. Gracioso el Sr. Palacios, y en su puesto Felisa Lázaro y el señor Güell.

Los coros y la orquesta, dirigidos por el maestro Martínez, cumplieron a su vez.

Los autores del libro y Fontanals salieron incontables veces a recibir, emocionados, los clamores de la concurrencia. Amadeo Vives no pudo paladear la magnitud del triunfo por hallarse enfermo.

¡Noche memorable para nuestro teatro y para nuestro arte lírico!

No en vano recordábamos y recordaba el compositor ilustre a Francisco Asenjo Barbieri. Porque la noche de ayer marcará indudablemente una imborrable efemérides.

José ALSINA

COPLAS DEL DÍA

"DOÑA FRANCISQUITA"

"Doña Francisquita"...

Música bonita...

Do-re-mi-fa-sol...

¡Ruge la cazuela

viendo esta zarzuela

de empaque español!

¡Ya iba siendo hora

de oír la sonora

música de aquí!

¡Ay, qué bien escribes,

Amadeo Vives;

sol-fa-sol-fa-mi!

¡Páos, seguidillos,

lángos, jacarillas,

lindo "Marabú"!

¡La española garra

vibra en la guitarra

que rasqueas tú!

¡Basta ya del rubio

arte del Danubio,

crema y violín!...

¡Basta de princesas!...

¡Canten en calesas

majas de postín!

¡Populares musas

dancen en las fusas

de un arte de ley!...

¡Y en patrio solfeo,

que reine Amadeo!...

¡Amadeo, rey!

¡Ya iba siendo hora

de oír la sonora

música de aquí!...

¡En este momento

lloran de contento

Barbieri y Chapi!

(Sol-fa-sol-fa-si.)

Luis DE TAPIA

EL TEATRO

APOLO

"Doña Francisquita", comedia lírica de Amadeo Vives, libro de Federico Romero y Guillermo F. Saw, inspirado en Lope de Vega.

Como aquellos palacios del Foro de la antigua Roma, cuya derruida magnificencia sirvió de cantera para la edificación de tantas nobles mansiones señoriales del Renacimiento, Lope de Vega ha sido cantera explotada por los hombres de teatro desde su mismo siglo hasta hoy. Hombre de teatro muy sutil en sus gustos, el maestro Vives ha visto ahora el germen de una obra lírica en "La discreta enamorada", que ya inspiró a Molière. Sin ser una de las obras maestras de Lope, "La discreta enamorada" es una comedia de enredo, llena de donosura y picardía. Hay en ella un delicioso tipo de mujer traviesa, y quizá más apuntado que hecho del todo, otro tipo de cortesana apasionada, lleno de sentimiento humano.

El gusto de Vives por Lope se explica tal vez por algo más que por una mera curiosidad literaria. En la abundancia de inspiración, en la riqueza melódica, en el ímpetu viril, y también en cierta facilidad y tendencia a la improvisación y aun en la leyenda de una producción desordenada, renacen en nuestro compositor algunas de las cualidades artísticas y personales de Lope de Vega. Como éste se alimentaba de la épica popular, el músico bebe en fuentes populares o en manifestaciones más elaboradas de un arte de esencia popular—como Barbieri—y templado así su espíritu, produce acaso con la espontaneidad de Lope, ya que no con su profusión. En efecto, esta "Doña Francisquita", famosa antes de nacer, no ha saltado de la pauta a la orquesta "en horas veinticuatro".

Más los impacientes han visto justificada su expectación. La comedia lírica, o digamos zarzuela, ya que encaja perfectamente en esta denominación castiza, triunfó anoche de manera rotunda. A las dos y cuarto de la madrugada terminó la primera representación y casi la segunda, pues apenas hubo número musical que no se repitiera.

Sobresalen en la partitura, la escena del bautizo, en el acto primero, la canción de la tiple ligera, la seguidilla romántica del tenor, el dúo de tenor y contralto y el quinteto, y en el tercero un pasacalle y un bolero gitano cantado por la contralto y el tenor cómico. El dúo de tenor y contralto en particular con su amplia frase melódica, lanzada por la tiple en un matiz apasionado que se colora de

ironía al recogerla el tenor, está realizado con verdadera fortuna. Tres veces hubieron de cantarlo, con gran brío, la señora Raga y el señor Casenave entre aplausos y aclamaciones. De demás intérpretes hay que mencionar en término preferente a la señorita Isaaura dueña como nunca de su voz agilísima y al tenor cómico señor Palacios. El conjunto casi siempre rico y entonado.

Los libretistas, a quien el maestro Vives encomendó la tarea de la adaptación, han tratado libremente el esquema de Lope. Aprovechando pocos versos, pero muchas situaciones e ideas de su modelo, han construido una acción que ofrece buen campo a la labor del músico. El traslado de la acción, situada por ellos en días de Carnaval madrileño, por los años de 1840, les permite acumular elementos de animación y colorido con efectos muy felices.

En el traspaso se pierden un poco los caracteres, tan bien dibujados en la comedia clásica, sobre todo el de Fenisa, transformada en Doña Francisquita. Su travesura y discreción, que rigen el enredo de Lope, reducen a proporciones muy modestas. En cambio, la "enamorada" de la comedia adquiere en la adaptación mayor desarrollo, poniendo un toque dramático en determinadas situaciones. También la madre de Doña Francisquita—Bellisa en la comedia—se esfuma bastante, y el enredo, que allí termina en un doble matrimonio de padre e hijo con madre e hija, simplifícase aquí con el enlace de los hijos, previa la bendición del vejete que quiso ser novio. He aquí cómo, con el cambio de época y la simplificación de la trama, lo que se plantea como en Lope, se desenlaza como en Moratín, con un abrazo, unas lagrimitas y una reflexión moral. Pero la música suple muchas cosas.

Con todo, el arreglo está hecho muy discretamente. Cantables y escenas habladas, sin tener gran brillo, logran eficazmente su propósito. Un parlamento, el de presentación de Don Matías, hecho, sin duda, para el canto, debiera de modificarse si se ha de prescindir de la música en definitiva.

Algo dijimos ya de los cantantes; en la parte declamada no hay que ser exigentes en demasía para con ellos. Sin embargo, los actores de Apolo no son de los que salen menos airosos en ese cometido.

No terminaremos sin mencionar las decoraciones de Fontanals. Son cosa distinta de lo que suele verse en nuestros teatros. Son finas de matiz, están delicadamente trazadas. He aquí un verdadero escenógrafo.

E. DIEZ-CANEDO

CRONICA TEATRAL

APOLO

"Doña Francisquita".— Triunfo del arte español.

Triunfo, en primer lugar, del maestro Vives; triunfo de los adaptadores de la comedia lírica de Lope de Vega, los señores Romero y Fernández Shaw, y triunfo de Fontanals, que ha pintado cuatro magníficas decoraciones de entonada policromía.

Fué, por tanto, la jornada teatral de anoche, en que el público gustó de las exquisiteces de un genuino arte español, una velada de cuyo recuerdo será difícil olvidarse.

"Doña Francisquita" ha sido sacada de la comedia lírica "La Discreta enamorada", de Lope de Vega. Transplantada por poetas de tan delicada minerva como los señores Romero y Fernández Shaw, la acción no pierde interés, y la versificación, de depurado estilo, tiene matices de algo extraordinario. Bien merecido tienen los autores las ovaciones clamorosas que escucharon al finalizar todos los actos.

El maestro Vives, enfermo de algún cuidado, no ha podido asistir quizás al mayor éxito de su vida musical. Vives ha hecho una partitura ante la cual todo elogio nos parece escaso. Inspirándose en las canciones, temas y bailes populares, ha instrumentado los tres actos de "Doña Francisquita" con una música que es una preciosidad, libre de efectismos, tan en boga, y plena de gracia y colorido. No faltan en ella dúos, como el del segundo acto, lleno de fuerza dramática; el coro del mismo segundo acto; un "bolero", en el tercero, y un fandango, en el mismo, que, con otros números, forman la arquitectura musical de "Doña Francisquita".

El éxito superó, sin duda, a todas las esperanzas del maestro, repitiéndose infinidad de trozos, y uno—el dúo a que arriba nos referimos—hubo de cantarse tres veces.

La interpretación fué irreprochable. Bien ensayada la obra, la señorita Isaura hizo una ingenua admirable, avalorando su arte con la encantadora voz, que maneja con maestría y excelente escuela.

Casenave fué el gran cantante de siempre; Güell, un caricato admirable, y Palacios otro no menos admirable.

El éxito, repetimos, fué clamoroso, especialmente para el maestro Vives, que, aunque no hubiera escrito más que esta obra, le colocaría ella en lugar preeminente entre los grandes compositores españoles.

El público ovacionó con delirante entusiasmo a los autores, dándose muchos vivas a Vives al finalizar la representación.

TEATRO APOLO

"Doña Francisquita,"

CÓMEDIA LIRICA EN TRES ACTOS, EN VERSO, BASADA EN «LA DISCRETA ENAMORADA», EN TRES ACTOS, EN VERSO, DE LOS SRES. ROMERO Y FERNANDEZ SHAW, MUSICA DEL MAESTRO VIVES

Si D. Ramón de la Cruz hubiera asistido al estreno de *Doña Francisquita*, a buen seguro que, luego de aclamar con fervor a la sombra discretamente evocada de Lope, y a la esencia, la enjundia y el garbo musical del maestro Vives, habría reafirmado su teoría sobre la ópera española con el flamante ejemplo. *Doña Francisquita* es una zarzuela de la casta más pura; quiere decirse que es una legítima ópera española. La fábula, toda música, la acción cantada íntegramente, no se aviene con el espíritu realista de nuestra raza, que desde el albor de su teatro, desde aquellas églogas trovadas de Juan del Encina, entrevera el recitado y el canto en algunas de sus ficciones escénicas. Y aunque el propio Lope—árbol que guarece en su fronda aves para todos los cantos—compusiera aquel poema de *La selva sin amor*, ópera verdadera al estilo de Italia, y Calderón la remendara con *La púrpura de la rosa* y el *Laurel de Apolo*, lo cierto es que los españoles, instintivamente, tornan siempre a la composición alterada del verso solo y del verso acompañado de la música. Calderón mismo lo dice:

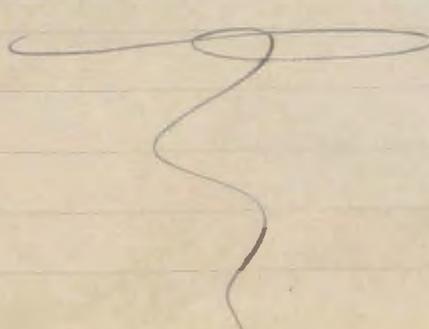
¿No miras cuánto se arriesga
en que cólera española
sufra toda una comedia
cantada...?»

Y he aquí que nuestro admirable Vives, maestro en todo, espíritu como el de Lope, inquieto, que no se aviene a constreñirse en el cultivo de una sola manifestación artística; poeta y músico sentimental y humorista, nos ofrece un dechado de zarzuela española.

No hay arte ni gobierno que se logre y perdure, si no se afirma en el terrón popular. Lo popular es arte de primitivos o de refinados. En la edad ingenua de las sociedades vive mientras se hace, cuando a sí mismo se ignora. La primera luz erudita lo desdeña, lo aparta; pero no logra soterrarlo. Reggado al pueblo más bajo, corre y canta. Y un día muy culto, muy conceptuoso y muy retorcido, los labios marchitos de ciencia, tornan, sedientos, de frescura, al manantial, al origen.

Doña Francisquita es el agua popular que el maestro Vives, como Lope, ha sabido recoger por instinto, por ciencia y amor, en el cuenco de sus manos expertas; es el cañamazo en que la sabia sencillez del técnico va enhebrando los temas melódicos de colorido fuerte o de gracia sutil y leve; es el regusto evocador y patético de canciones y ritmos populares españoles. Muy antiguo y muy moderno, como diría Rubén Darío, el magnífico poeta.

Discretísimamente han sido aprovechados por los autores del poema los relieves de la mesa de Lope, y sería injusto reprocharles, ya que en su labor mancomunada con el músico han de plegarse a lo que éste exija, la pérdida de algunos quilates en el carácter de *La discreta enamorada*, que si no es la vie-



ja creación femenina del «Fénix de los Ingenios», alcanza un punto elevado de penetración psicológica. Los señores Romero y Fernández Shaw, siguen, en lo más sustancial, la traza de la comedia clásica, y para mayor lucimiento del colorido orquestal le añaden algunos cuadros de expansiones y regocijos populares: en el primer acto, el cortejo nupcial de una pareja de rumbo en una plaza típicamente madrileña, reducida a sus rasgos característicos por el buen arte de Fontanals; en el segundo acto, la bulla carnavalesca de la pradera de San Isidro, con sus cofradías de cantantes, sus broncas y sus mazurcas; y en la jornada tercera, aquel baile de candil de Cuchilleros que, plásticamente, en el movimiento y agrupación de danzaderas y cantantes, es lo mejor de la obra. Algunas de las escenas musicales, acertadas de inspiración, revelan la buena casta de uno de los libretistas: del Sr. Fernández Shaw.

Al encararse con el españolismo de Lope, Amadeo Vives lo ha afrontado con entera dignidad, y española hasta el tuétano, con el gustoso sabor de su localización en el perímetro madrileño, es su flamante zarzuela. Los compases iniciales señalan el tono. Vives coge el cabo de la madeja y ya no ha de soltarlo. Todo está unido, concatenado. Sus piezas musicales son como las vértebras de un espinazo, y a lo largo, sin intersticios ni soldaduras, corre la médula de una inspiración única. Le atrae al músico un ritmo popular, sencillo y claro, y lo comenta y glosa como un poeta glosaría y comentaría un romance viejo.

La música del maestro Vives llegó derechamente al corazón del público. La línea melódica no se quiebra un punto, y no en repetición angustiosa del mismo tema, sino en floración rica de motivos, diferenciados por el brío de aquella tirana, por el desgarrado y bullicio de aquel fandango, por la picardía ligera de un ritmo de seguidillas o por el compás recalcón de una mazurca.

El humorismo de Vives no es sino el velo pudoroso de su exaltado sentimentalismo. Por doquiera, al solapo de la ironía, sentimos el rumor de su soterrada corriente, y a veces es tal su ímpetu, que se exterioriza indomeñable en cantos como el de «la Juventud» del acto primero, que está vaciado en la misma turquesa romántica del coro de «Bohemios». Una deliciosa canción—la canción del ruiseñor—, que hubo de valerle cálidos aplausos a la Srta. Isaura, mantiene el entusiasmo, que aun sube y puja en el cuadro sonoro y colorido de la calesa, postre de la primera jornada.

Consideramos como un acierto originalísimo del insigne maestro la que pudiéramos llamar seguidilla romántica del acto segundo. Convertir un ritmo de picañte gracia en una patética lamentación lírica no le es cable a todo ingenio musical. Es una seguidilla esquemática, blanda de emoción al pasar ligera por los instrumentos de cuerda, despojada de la alegría un tanto escandalosa del

metaj y de la punta de socarrona malicia que le da la madera. A partir de este número, la emoción musical alcanza su intensidad máxima en una página de las más bellas que haya producido la música española de todos los tiempos. Es un dúo de tenor y contralto. Lo cantaron a maravilla Cora Raga y el señor Casenave, mejor la vez segunda que la primera, y la tercera mejor aun. Es tema del dúo una frase musical, amplia, caliente, madrileña y brava, que brota con desgarrado de los labios de la mujer y que el galán recoge con un tono dolorido de ironía.

No es cosa de seguir paso a paso la labor de Vives. Para ello nos falta ciencia y no nos sobra espacio. Como *Dña Francisquita* se hará centenaria, tiempo y vagar habrá para escoliarla y glosarla a placer. Baste decir por hoy que el maestro ha logrado una partitura completa, rica de motivos, propia de carácter, que ha nacido para la obra de Lope y que le viene a ésta que ni de molde.

En cuanto a los intérpretes, señalaremos una progresión en el acierto, conforme se aseguraba con el entusiasmo inexplicable del público. A Cora Raga le corresponde el laurel primo como actriz y como cantante. Acordábase en ella con gustoso concierto el tipo moreno y bravo, la voz cálida y briosa, el ademán enérgico. Creó el tipo. El Sr. Casenave, que ya en la seguidilla hizo gala de una dicción exquisita, culminó en la frase del dúo. La dijo con elegancia, con gusto insuperable.

El Sr. Palacios, tenor cómico, evocación del lacayo y gracioso de nuestro teatro antiguo, tuvo fortuna en el dicho y salvó en el canto muy discretamente la escasez de voz.

El optimismo que las aguas arrolladoras del suceso clamoroso y rotundo llevaron a nuestro espíritu no es parte a paliar la angustia que nos produjo el Sr. Güell en su actuación. Ni un instante logramos entenderle con claridad. Su asma natural o fingida le obliga a la lentitud desesperante en el diálogo.

La Srta. Isaura, tiple ligera, fué muy aplaudida por sus arpegios y florituras en la deliciosa canción del ruiseñor. La Sra. Lázaro supo acompañarla muy dignamente.

Merece un elogio el maestro Martínez por su heroico comportamiento en la caza de la bandurria, la guitarra y el corista extraviados y radios en el magnífico zaguán del coro de la boda, y por su estudio escrupuloso de la partitura.

En estos tiempos que corren de tosca incompreensión o de cobarde blandura, el maestro Vives ha realizado sin alharacas ni aspavientos un acto del más acendrado patriotismo. Así se es español.

La presentación, el decorado y los figurines del Sr. Fontanals, acertados en el conjunto y mejor en algunos de sus detalles.

ENRIQUE DE MESA

Hippolds

ESTRENO EN APOLO DE "DOÑA FRANCISQUITA" 18 octubre

EL MAESTRO VIVES OBTIENE UN EXITO CLAMOROSO



ANTONIO CASAS

FINAL DEL SEGUNDO ACTO DE "DOÑA FRANCISQUITA"

VAYA LA MÚSICA ESPAÑOLA!

PARA VIVES Y LA COMPAÑÍA

Pepe Lucio Ronzález, ebanista, con cédula d'oncena, madrileño, amante de la música española, entusiasta y creyente de lo añejo, que peina canas y que tiene males, porque son muchos años los que tengo, le saluda, y saluda a la "compañía", en estos garrapatos tan sinceros, que están escritos al rayar el día y al volver a mi casa del estreno de "Doña Francisquita", hermosa obra que reverdece los grandiosos éxitos de la época feliz de la zarzuela española, de aquí, de nuestro huerto, sin ir a rebuscarla al del vecino. Dios se lo premie a usted, feliz maestro. Aún me duelen las manos de aplaudirle, aún me entusiasmo al recordar aquellos decires de la invicta y noble villa del oso y del madroño; aún m'estremezco al escuchar las notas jaraneras, qu'expresan la alegría de mi pueblo, y aún se me chavalea el corazón escuchando tonadas de otros tiempos. Casticisms y ambiente de leyendas,



El maestro Vives

seguidillas, calesas y boleros, polcas alegres de la estudiantina, románticos amores, devaneos; patios de vecindad y encrucijadas, fandangos y pregones, y el serend que les canta la hora a los vecinos. Es una realidad del Madrid viejo, donde el amor, como las "peluconas", era de oro de ley, del fino y bueno; donde el hombre llevaba pa las hembras una fina agudeza en su requiebro, y la moza, en su cara la sonrisa, y en su mirar, alegre y zalamero, el aroma y frescura de las flores del jardín madrileño.

Buena velada la que anoche disteis a los fieles amantes de lo bello; a los que se entristecen recordando las costumbres que han muerto; a los que saborean con orgullo lo típico, lo nuestro; a las mujeres, con olor a hembras, y a los hombres, en hombres, no en... mu-

[recos]

¿Será posible que Madrid reviva?
 ¿Es, por ventura, realidad, o sueño?
 ¿Volverá al escenario nuestro arte?

¿Volverá nuestra música a su reino?
Yo vi salir anoche del teatro
a muchas hembras con mantón de flecos.
¿Será que vuelvan las costumbres típicas?
¿Estoy soñando yo, u estoy despierto?
No lo sé; sólo sé que «I ir a casa,
terminado el estreno,
iba yo recordando de la música
de «Doña Francisquita» trozos bellos,
y al pasar por un «danzí» de los de ahora
desperté del encanto de mi sueño
al escuchar la música antipática,
que me hace el mismo efecto
de que si en cualquier ferretería
se hubiera vuelto loco el ferretero.
Insigne catalán, músico ilustre,
con la música bella que hoy has hecho,
colocando en sus notas los sentirs
de nuestra villa y corte, díste ejemplo
de ser buen español y buen hermano
y ser un catalán muy madrileño.

Por la copia,
ANTONIO CASERO

LA OBRA

El estreno de «Doña Francisquita» había despertado en el ambiente artístico y literario madrileño una expectación extraordinaria. Se venía hablando de la obra hacia varios meses; se sabía que en ella tenía cifradas todas sus esperanzas a Empresa del teatro Apolo, y que la nueva producción había de servir de base para una excursión de arte lírico hispano al Nuevo Continente, que con tan grande interés e ilusión preparó el gran maestro. Por ello los comentarios y protectos eran incesantes y de todos los matices, contribuyendo a aumentar la fantasía de los comentaristas las noticias de la marcha precipitada del trabajo, las demoras que iban retrasando la fecha del estreno y hasta la inoportuna dolencia del maestro Vives, que estuvo a pique de retrasar aún más el acontecimiento lírico que todos esperaban.

La situación del compositor era, a todas luces, comprometida. El programa de arte que representaba su campaña en Apolo no tenía, justo es decirlo, la realización práctica que era de esperar, dada la altura y valía de su orientador, y cuando anoche el público llenó por completo la vasta sala, estaba en el ánimo de todos los espectadores que no iban a asistir al estreno de una nota gris; ue eran imposibles las medias tintas en la situación que Vives se encontraba y que iba a juzgarse una obra que había de ser, o un rotundo fracaso o un éxito definitivo, y cuya suerte tenía que ejercer trascendental influjo, no sólo en la marcha del negocio de Apolo, sino en el rumbo del arte lírico durante la actual temporada, que si bien se había presentado con inusitada actividad, aún no había tenido la fortuna de dar con un verdadero acierto. En esa actitud de mal contenida ansiedad se levantó el telón, y poco antes de mediar el acto primero sonó la primera ovación, clamorosa y unánime, preludio de las muchas que habían de sucederse en la triunfal velada.

«Doña Francisquita» es, además de una excelente obra teatral, una verdadera obra de arte. En estos tiempos de prosa y materialismo por que, desgraciadamente atravesamos, sólo el hecho de pretender escribir algo considerable estéticamente, algo que esté en un plano muy superior al de la vulgaridad y ramplonería que prevalecen, es ya digno de encomio y mérito indudable para los que se lo propusieron. Cuanto más lo será cuando, como en el caso presente, la realización logra dar cima acertadamente al noble ideal que los autores se trazaron. Los Sres. Romero y Fernández Shaw, verdaderos especialistas en libretos líricos, que poseen un denudado gusto, fina intuición del arte

dramático y visión clarísima de las situaciones musicales, han sabido tomar de «La discreta enamorada», de Lope de Vega, la fábula sencilla y picaresca y los personajes centrales de la acción, trasladándolos a un ambiente de tanto colorido, belleza y carácter como la semana de Carnaval de 1840 en Madrid. Esa época del romanticismo español, llena de poesía y espiritualidad, a la par sensible y viril, se halla muy bien reflejada en el libreto de «Doña Francisquita», teniendo en su abono la indudable maestría con que está trazado el plan de la obra y la justa ponderación de los personajes, escenas y situaciones, conservándose la acción rectilínea a través de los tipos y episodios populares que durante los tres actos se nos ofrecen. «Doña Francisquita» es una obra muy española, muy madrileña; tiene el alma y sentimiento de nuestro pueblo unidos con su alegría, inquietud y nerviosidad. Los autores no han necesitado caer en la eterna y caricaturesca españolada para dar una nota de sabor local, limitando su notable labor, que hoy más que nunca merece los más efusivos elogios, a reflejar escénicamente una de las más hermosas y características etapas de ese intenso siglo XIX en toda su espontánea emoción y con todo su noble sentir.

Los aplausos que los Sres. Fernández Shaw y Romero escucharon emocionados, son triunfos ganados en buena lid y de los que pueden enorgullecerse.

Respecto a la partitura, comencemos por declarar que es una de las producciones de mayor unidad de estilo y mejor ambientadas que hemos escuchado. Una obra de arte vale más que todas las disquisiciones filosóficas que sobre ella se hagan; y así todos los planes que el maestro nos expuso; ese deseo de hacer surgir la música española llegando a la ópera nacional de un modo paulatino, a través de la comedia lírica y basando nuestra música en el sentir popular, al igual que han hecho otros países que no disponen de un arsenal tan rico y variado como nosotros; todos esos ideales estéticos se hallan condensados y refundidos en sus notas con la máxima elocuencia y fuerza persuasiva, siendo la partitura que ayer escuchamos prueba irrefutable de la acertada ruta que se trazó al iniciar su campaña artística. Vives no ha escrito una obra de arrebatos juveniles con destellos geniales al lado de garrifales inexperiencias; su labor es de madurez, de compositor en la plenitud del talento y de facultades y también en la cumbre de dominio técnico y teatral. La sencillez en las ideas, en el procedimiento y en la realización, es la nota preponderante de toda la música, y la que presta al conjunto esa efusión y simpatía que la hace llegar al público de modo cálido y rectilíneo, despertando en él todas las cuerdas sensibles de su naturaleza afectiva. Dificilmente puede lograrse una música más espontánea; los personajes, más que cantar, parece que hablan, entonando, naturalmente, de acuerdo con aquello que expresan; se borra en todos los números ese convencionalismo tan falso de salirse el intérprete de su situación de actor para situarse como cantante, desplazándose por completo del marco en que la obra le colocó.

Consta la partitura de muchos números, la mayoría de grandes dimensiones, — ni una situación viene forzada, sino que

CARLOS MANUEL FERNÁNDEZ-CHÁVEZ



todos ellos subrayan escenas, la mayoría de conjunto, y siempre con un realismo y naturalidad encantadores. En el acto primero hay un terceto que es en tal sentido un acabado modelo. Sigue a él un coro con bandurrias y guitarras, de cálida y vibrante frase, efusivo canto a la primavera, lleno de brío y optimismo, y cierra el acto una primorosa canción, que dijo muy bien la señorita Isaura, filando soberbiamente un re sobreagudo, al que sigue un gran final concertante. El acto segundo comienza con un número de gran desarrollo, verdadero mosaico popular, que sirve para ambientar el cuadro de la pradera, prestándole carácter y colorido. Sigue una canción ligera y graciosa de Francisquita, y luego una linda y delicada fomanza de tenor, cantada deliciosamente por Casenave. A continuación viene el dúo, pagina la más bella y vibrante de la obra y una de las mejores de Vives. Destaca en él una frase que adquiere en labios de la tiple majeza y gallardía, y que se transforma en zumbona e intencionada al ser repetida por el tenor, que fué interrumpida varias veces por las aclamaciones del auditorio. Si todos los números hasta ahora citados merecieron los honores de la repetición, el dúo hubo de cantarse tres veces, y si no se hizo más no fué porque el público dejase de insistir. Cierra el acto una escena de baile, cuyo tema es una mazurca castiza y elegante, que nos recordó las épocas más gloriosas de nuestra zarzuela. En el acto tercero, que comienza con una especie de nocturno, también de carácter popular, que se transforma en el inspirado número de los románticos, momento de los más sentidos y delicados de la obra, se repitieron, además de esta, el bolero del Marabú y no fandango bailado.

Como ya hemos dicho, ni un solo instante decae la música, conservando siempre su carácter, a la vez popular y distinguido, y su maduramiento de para cepa, en el que desfilan los ritmos y aires entonces en boga, fieles reflejos de las jácaras y tonadas de que había de surgir nuestro sainete. Mención especial hemos de hacer de la instrumentación de la obra: baste decir que hacía años que no habíamos oído sonar tan bien la orquesta de Apolo. Más que una pequeña orquesta de zarzuela parecía un excelente conjunto de concierto, con riqueza y variedad de timbres, matices y sonoridades. Todas las disposiciones instrumentales son bellas, bien encontradas y diferentes: dicho en pocas palabras: la partitura entera sueña a música buena, moderna y señorial.

«Doña Francisquita» fué un éxito rotundo y una consagración clamorosa para una tiple, Cora Raga, que hizo de Aurora una creación verdaderamente genial. La mañola, a la vez bravía y apasionada, tuvo en

ella una perfecta encarnación, dando siempre el gesto, la entonación y el ademán más adecuados, como una magnífica actriz. Unase a ello su maravillosa labor de cantante: voz hermosa y de precioso timbre; temperamento que pone toda el alma en la frase y dicción clara y transparente. Para ella fueron los aplausos más calurosos, y ella fué la que en más momentos logró entusiasmar al público. Otro acierto indudable fué el del tenor cómico Sr. Palacios, que ha encontrado la obra que necesitaba para cimentar sólidamente su reputación, en un papel difícil, comprometido, lleno de matices diversos, del que supo sacar los mayores efectos sin desquiciando lo más mínimo y consiguiendo un tipo muy humano. Casenave, que como cantante obtuvo un éxito muy merecido, presentando como él sabe hacerlo y levantando con frecuencia murmullos de admiración, no consiguió como actor dar a su papel la virilidad y desenvoltura que requería, dada la psicología del personaje. La señorita Isaura, que bordó todos sus números, y especialmente la canción del acto primero, siendo una Francisquita llena de coquetería e intención; la señora Cerrillo y los señores Frontera y Galván contribuyeron con los demás intérpretes al esmerado conjunto. En cuanto al señor Cueli, creemos que equivocó lamentablemente el carácter de su papel.

El telón se levantó entre clamorosos aplausos al finalizar todos los actos, saliendo a recibir las muestras de admiración del público los autores del libro y el maestro Martínez, cuya meritoria labor al frente de la orquesta nos recordó aquel otro y merecido triunfo que obtuvo dirigiendo «Las golondrinas»; debe sentir la satisfacción del deber cumplido; así se ensaya y se lleva una obra.

El gran éxito alcanzado por «Doña Francisquita» no sólo dice mucho en favor del arte lírico español, sino en favor del público, cuya cultura va aumentando por días, teniendo ya suficiente preparación para saber apreciar en cuánto valen los más delgados manjares estéticos. La nueva obra habrá de proporcionar a Apolo grandes ingresos, pues se ha dado una vez más el caso, que conviene no echar en olvido, de que con el noble ideal de hacer una obra de arte se ha conseguido escribir además una obra de taquilla.

JOSE FORNS

VELADAS TEATRALES

Estreno de "Doña Francisquita"

Comedia lírica de los señores Vives, Fernández-Shaw y Romero.

El libreto

Utilizar una obra de Lope de Vega para componer una zarzuela, tanto puede ser un acierto extraordinario, como un yerro imperdonable. Todo estriba en la discreción de quien tal empresa acometa.

Hace unos días, con ocasión del estreno de cierta infeliz comedia, defendíamos el derecho de volver sobre temas de Shakespeare. Ahora, defendemos idéntica doctrina respecto a *La discreta enamorada*. Y repetimos la condición que entonces exigíamos para dar legitimidad a esta clase de paráfrasis, glosas, arreglos, ó lo que fueren: el respeto, un respeto que se traduzca en eludir cuanto pueda sonar a colaboración. Porque en letras, como en todo, lo peor es mezclar elementos heterogéneos para su plantar cualidades. No se debe mixtificar lo ya creado, ni el genio admite colaboraciones de «tú por tú».

Los señores Romero y Fernández Shaw han poseído la discreción bastante para acercarse, en actitud respetuosa, a una comedia de Lope: para poner la mano sobre ella, y para retirarla acto seguido, apenas recogida la idea de un asunto, que ellos han desenvuelto ya, dentro de las líneas esenciales, por su propia cuenta. Pudieron haberse valido del texto de Lope, suprimiendo lo que no convenía a su antojo, y añadiendo aquello que la música requiriese. Pudieron hacer esto. Pudieron contraer a Lope... Pero han preferido el deber artístico a la mera posibilidad física; han hecho lo que debían: vincular a su riesgo y responsabilidad de autores el desarrollo de una idea bebida en las caudalosas fuentes de Lope.

Han mudado, en parte, el emplazamiento de la acción; han variado la disposición de las escenas; han dialogado de primera mano el libreto, y, por último, para que nadie pensase que trataban de emparejarse con Lope, para alejar toda sospecha de *pastiche*, han situado su obra en tiempos bien diferentes: en la primera mitad del siglo XIX. Y como en literatura no cabe una cronología tan rigurosa como en Historia, el Madrid que nos presentan no es solo el Madrid de Bretón de los Herberos y Mesonero Romanos, sino también el de Don Ramón de la Cruz y Moratín. Las sombras madrileñas de la época de Goya parecen flotar todavía bajo las vestiduras de un romanticismo—Alenza, Valeriano, Bécquer, Lucas...—que Fontanals ha sabido estilizar con fino arte. Pero no involucremos las cosas, y guardemos el orden debido.

La *Fenisa* de Lope se convierte en la *Doña Francisquita*, que anoche nos fué presentada. Subsiste lo esencial del carácter, en cuanto sirve de centro a la intriga de la obra, sostenida en un cuarteto de personajes: ella misma, su madre, cierto viejo galante, y el hijo de éste. El amor los liga en un enredo que la travesura urde, y el buen sentido desenlaza. No coinciden los epílogos de ambas obras. En Lope, hay dos enlaces, siendo la edad quien forma cada pareja. En *Doña Francisquita* solo hay una boda, la de los jóvenes. Los dos viejos quedan no más que en consuegros. Y Aurora, la madrileña garbosa y desgarrada, queda también al margen.

Concebida como está la obra de los señores Fernández Shaw y Romero, para que el maestro Vives la música, era natural é indeclinable que los autores supeditasen el rumbo de su libro a las necesi-

dades de la partitura, abriendo largos paréntesis en que la acción se interrumpe, para que el compositor absorba toda la atención. Pero el hilo de la fábula no se pierde en instante alguno, manteniendo el interés en tensión suficiente para que el público siga las peripecias y trances. Sólo por virtud de una depurada experiencia teatral puede conseguirse este resultado. Con la excusa de proporcionar ocasiones al músico, los libretistas al uso, han solido contentarse con coser de mala manera, escenas incongruentes. Los señores Fernández Shaw y Romero, fieles a su papel adjetivo, han sido leales a su función sustantiva de literatos. Y han compuesto un libro que, con la música de Vives, cobra un valor imponderable; pero que sin ella podría sostenerse en los carteles como una excelente comedia, de bueno y picante sabor, de un sabor muy madrileño, sobre todo.

Así como está de bien conducida la intriga, está de suelto, fácil y coloreado el diálogo. La versificación en los recitados es ágil; en los cantables, no obstante la tiranía de los llamados *monstruos*, mantiene un limpio fuero poético. Y en todo caso, el buen tino, el sentido de la medida, la dignidad de inspiración, que no deja margen alguno a la más leve chocarrería, informan el excelente conjunto.

Por esta vez, se rehabilita nuestra zarzuela. A cualesquiera libretistas del españolísimo género, no se les podría exigir más de lo que han dado los autores de *Doña Francisquita*.

En cuanto al maestro Vives... Pero del maestro Vives y de los intérpretes cumple hablar al ilustre compañero Espinós, con su autoridad y competencia. Mas nosotros no queremos cerrar estas notas sin ampliar una alusión anterior a Fontanals, autor de los bellísimos telones, y diseñador exquisito de los trajes. El primer acto nos ofreció una plazuela de Madrid, primorosa de entonación y de realidad artística. El segundo acto, un aspecto del paseo del Canal, con una vista de la Corte. Y los dos cuadros del tercero, un nocturno en estrecha calleja y un admirable fondo para «el baile de Cuchilleros», respectivamente. Sus trajes, de estilización muy difícil de conseguir, puesto que habían de unirse al carácter auténtico de la indumentaria; las fantasías cromáticas—tan sugestivas—de los modernos *ballets*, un verdadero acierto. Y bien se denotaba la experta mano del gran artista en la composición de los cuadros, en el movimiento de la comparsaría. ¡Lindísimas estampas, a la verdad!

El público, que no es tan necio como pueden creer algunos, aplaudió con entusiasmo extraordinario. Vease cómo el Arte, honradamente invocado, puede acudir al conjuro de las Empresas y colmar sus arcaas. No se olvide lección tan provechosa.

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO.

La partitura

El ilustre maestro Vives ha rendido anoche un cordial homenaje a Madrid. Acaso se lo debía el antiguo bohemio del barcelonés Café de Pelayo; mas el homenaje es realmente espléndido, y Madrid anoche, España entera muy pronto, lo agradecerán con la efusión hidalga de que Vives, en justicia, ha visto acariciada varias veces su historia artística.

¡Otra vez se ha dado, fuera del teatro de la ópera, un paso importantísimo, para lograr el soñado ideal!

El tipo lírico español, deprimido desde arriba, desdeñado por los que hablan de la ópera española sin tener, sin duda, plena conciencia de lo que eso puede ser, y, sobre todo, de cómo y por dónde se llega a eso, y maltratado desde abajo—¡oh, muy desde abajo!—por los industriales de la música teatral, había enmudecido, quién sabe si empezando a tener el convencimiento íntimo de su insignificancia, como semilla humilde, que se ha perdido en un rincón de la panera...

Novedades teatrales

En Apolo

"DOÑA FRANCISQUITA" ZARZUELA EN TRES ACTOS, DE D. FERRERICO ROMERO Y D. GUILLERMO F. SHAW, MUSICA DEL MAESTRO VIVES

Al anunciarse, con la iniciación de la temporada actual de Apolo, el estreno de Doña Francisquita, nos dimos de interés para nuestros lectores entrevistarnos con el maestro Vives y que ésta nos anticipara sus impresiones sobre la nueva partitura, que antes de ser conocida en su totalidad, y aún antes de estar terminada, era ya famosa. El maestro Vives atendió nuestro requerimiento, y nos dio, con su autógrafo, unas compases de la obra, y se expresó en términos de un gran optimismo. A juicio del ilustre compositor, Doña Francisquita se aproximaba en mucho a su obra definitiva: era un canto a Madrid, un himno de juventud, el logro, en fin, de un sueño acariciado mucho tiempo.

Nos dijo—y nos exigió el secreto—que Doña Francisquita estaba inspirada en La enamorada discreta, de Lope, y que el ambiente en que se desarrollaría la clásica comedia de enredo podía considerarse copiado fielmente de las páginas gloriosas del glorioso Abuelo, D. Benito.

Conocidas la cultura y el buen gusto del músico catalán, su fina sensibilidad y su elevado concepto del arte, seguros estábamos de que Doña Francisquita había de encerrar grandes bellezas, y que constituiría un oasis en el árido desierto del género lírico español, ¡ay!, tan venido a menos en estos últimos años.

No nos equivocamos, ni escapó el enérgico contraste a la percepción de los espectadores que llenaban anoche el teatro de Apolo.

Al levantarse el telón nos dimos cuenta de la diferencia que habíamos de apreciar entre los libretos al uso y la comedia lírica construida por Fernández Shaw y Romero, a base de La enamorada discreta. El Madrid de 1840, romántico, pintoresco, de un tan apetecible sabor literario; la compenetración de músicos y autores, que se advertía claramente en los primeros números de la partitura; la honradez, en una palabra, que presidó los designios de los autores, daban una resultante espléndida, que se tradujo en el triunfo clamoroso. Doña Francisquita era, como se esperaba, el gran triunfo de la temporada. El maestro Vives no se engañó en sus optimismos.

La comedia de los Sres. Fernández Shaw y Romero sobrepasa los límites de discreción concedidos generalmente a los libretistas.

Respetuosos con la fuente inspiradora, atentos al estudio de las páginas gallosianas—el influjo se advierte pronto—, los autores de la obra nos dan un conjunto vistoso, lleno de gracia y sabor, de una poesía sutil y encantadora. Es un gran acierto. Batá verificada Doña Francisquita con una absoluta sobriedad, que permite destacar a veces estrofas de Lope, ya conocidas y en todo caso admirables.

Nuestro ilustre compañero "Juan del Brezo" hace seguidamente una impresión de conjunto de la partitura de Vives, y ello nos evita referirnos a ella con más amplitud. Digamos que se aplaudieron frenéticamente el madrigal que canta Casenave, el terceto del acto primero y el coro, himno a Madrid, que lo termina. Que en el acto segundo destacan la tirana, el número de los murguistas y el baile; el dúo—que dijeron de modo maravilloso esa gran actriz y cantante que es Cora Raga y el Sr. Casenave, y que se repitió tres veces entre interrupciones y aclamaciones de entusiasmo—y el nocturno, el número de los románticos, el fandango y el clásico marabú—un nuevo triunfo de la Raga—del acto tercero, que también se repitieron entre entusiásticas ovaciones del auditorio.



AMADEO VIVES, AUTOR DE LA MUSICA DE "DOÑA FRANCISQUITA"

maciones de entusiasmo—y el nocturno, el número de los románticos, el fandango y el clásico marabú—un nuevo triunfo de la Raga—del acto tercero, que también se repitieron entre entusiásticas ovaciones del auditorio.

La interpretación fue brillantísima. Mary Isaura, Casenave, Felisa Lázaro, las señoritas Cerrillo, Aramendia y Aranda, las bailarinas Amalia Monroe y Pilarcita Cornejo, los Sres. Güel, Frontera, Galerón, etc., etc., merecen toda suerte de elogios, que tributamos sin reservas. El sexteto de románticos lo cantaron admirablemente Encarnita Martínez y las señoritas González (S. y B.), Aramendia, Aranda y Laluz.

Dejamos para último lugar el comentario sobre el trabajo de Cora Raga y de Palacios. Cora Raga, cantante de espléndidas facultades, obtuvo un triunfo señaladísimo.

Fue una revelación, una sorpresa para todos. Como actriz es algo considerable y no acostumbrado en el género lírico; escuchó constantes aplausos, muy merecidos, y podemos decir que su triunfo enorme corrió parejas con el obtenido por el compositor.

Palacios, preciosísimo actor cómico, sorteo con suma habilidad escenas de enormes dificultades, cantó con gran discreción y en todo momento cumplieron a su papel una simpática alegría y un elegante "humor", que le destacaron visiblemente del notable conjunto. Fue igualmente el estreno de Doña Francisquita un gran éxito para Palacios.

Decorado, presentación, todos los detalles, estaban escrupulosamente cuidados por la Empresa.

El maestro Martínez, los autores—con excepción de Vives, que está enfermo—, el escenógrafo y los artistas salieron a escena infinidad de veces al finalizar la representación.

Nos alegramos y les felicitamos efusivamente.

JOSE L. MAYRAL

La música

Parece que hay en la música popular de teatro una regresión a cierto tipo de música sancionada con el seudónimo de castiza, a esta música de zarzuela que en el último siglo dejó algunos retoños graciosos, llenos de malicia, de una picardía y donaire que se ha calificado de madrileño; música que en su plano realizaba un cometido más noble y honesto que la que



CORA RAGA, TIPLE DE APOLLO, QUE OBTUVO ANOCHE UN TRIUNFO CLAMOROSO

hoy se nos sirve en disparatados libretos de opereta. Me refiero con esto a dos recientes estrenos: La moza de campanillas, de Luna, obra no conseguida, por falta de unidad y ambiente, tanto de libro como de comentario lírico, y a la Doña Francisquita, de Vives, acogida con el entusiasmo del que, habituado a la bazofia, se le sirve una comada limpia y bien sazónada.

Ante la nueva producción de Vives, a la memoria de todos ha venido el recuerdo de nuestros zarzueleros clásicos, recuerdo que encierra lo que pueda haber de alabanza para la nueva producción, y también lo poco que le quepa de reproche; de reproche por cuanto nada nuevo se propone ni se inventa — en cualquier forma de arte, problema de importancia —, y de alabanza, porque supone una posición digna, una actitud que podrá ser por alguien objeccionable, pero que no hay más remedio que aceptar con respeto y cariño, porque llena una necesidad perfectamente clara y definida. Vives, más que elaborar su música con temas populares y darnos el ambiente lírico de la época como una sombra, como sólo un perfumado recuerdo, se apoya en ellos de un modo deliberado y a veces los deja en su concreta forma, para que podamos gustarlos tal y como han sido oídos en la boca del pueblo; a veces se aparta un poco y deriva hacia las fórmulas convencionales de la ópera novecentista, cosa no ajena a nuestra tradicional zarzuela grande, alguna de las cuales, que han pasado por bien típicas, no se constituyen más que con esto.

En Doña Francisquita se digni-

fica el género del teatro lírico popular, casi a punto hoy de desaparecer, a causa de los forajidos que a mano armada, serviles y rastreos, envenenan al público, que, ya cansado, muestra para la música de zarzuela un mortal desdén. Sólo obras dignas en que popular no quiere decir rastacuero, en que fácil no signifique chabacanería y mezquindad, podrán salvar un género que es digno de vida.

Es sensible que el maestro Vives no haya dispuesto de más calma y tiempo para realizar por sí solo la total instrumentación de la obra; está falta de unidad en el color y forma orquestal, y se echa de ver pronto. No es posible que ningún músico, por duchs que sea, pueda asimilarse el estilo de otro hasta el extremo de adivinar ante un borrador, ante una reducción de piano, las intenciones del que lo confeccionó, y aun en este caso se hace más patente la divergencia entre los autores, por cuanto algunos de ellos no han especificado sus actividades en meneste-



MARI ISAURA, INTERPRETE DE "DOÑA FRANCISQUITA"

res como éste, para el que se requieren, aparte de unas peculiares condiciones, una técnica adecuada, que el cultivo de los géneros sinfónicos, por ejemplo, no lo proporciona. Todos los maestros que han intervenido en la orquestación de la obra han puesto su mejor voluntad y saber, y merecen aplauso; pero hubiera sido preferible que la pluma de Vives se hubiera ocupado de todos los detalles, no porque lo de aquéllos esté mal — algunas momentos, sobradamente bien —, sino porque le restan unidad al sentimiento total de la obra.

Estas pequeñas objeciones las motiva la índole misma de la bien sentida y planeada obra; en otro caso no merecería la pena de hacerlas.

Aunque Vives se ha acordado de nuestros clásicos zarzueleros, no se ha olvidado de sí mismo, y ahí están bien patentes algunos trozos cantables de tiple y tenor, y singularmente el coro del primer acto. El éxito de Bohemios le enseñó cómo se puede arrancar a las gentes el aplauso entusiasta.

A muchos comentarios se prestaría esta obra si el espacio de que disponemos no fuera tan restringido y si el que esto escribe hubiera puesto el día de su estreno más atención de crítico que de mero espectador, deseoso de que el teatro, y el arte en todos los terrenos, se vea simeado e impulsado por hombres capaces y documentados que tengan cosas que decirnos.

J. DEL B.

18 octubre 1923



EL GENERO LIRICO RENACE

"Doña Francisquita", obra en tres actos del maestro Vives



La suerte de Apolo fluctuaba entre las mieles de un éxito probable y el fracaso rotundo de una temporada apenas llegada a la mitad. Al olvidarse el género propio del antiguo teatro, el público comenzó a retraerse, y estábamos en el círculo vicioso del empresario que no se atreve a mejorar la presentación de las obras y la compañía porque no hay negocio, y de la gente, que no va al teatro, porque sabe que no va a ver en él más que pobreza y mediocridades, cuando la familia Velasco se presentó con su «Arco Iris» y con su «Ave, César», derrochando esplendor, pero no dando con el libretista ni con el músico que hacían falta en aquella casa. El americanismo, además, chocaba un poco con las tradiciones de Apolo, y nunca nos pareció más desacreditado el teatro del sainete y de la zarzuela que cuando oíamos en él valeses

vieneses y exotismos machacones e insubstanciales.

Salvóse del naufragio el crédito artístico del malogrado Lleó; pero el lujo de los Velasco fué presa del temporal, y los autores empezaron a trabajar para todos los teatros menos para Apolo, con lo cual resultaba amenazado de muerte uno de los coliseos más hermosos y de más brillante historia de Madrid. Llegó Vives con sus promesas regeneradoras y el anuncio de una obra suya; mas como se esperaba precisamente esa zarzuela, decidió el público no llenar el teatro hasta que se estrenase. Y esto fué anoche, en medio de una expectación indescriptible, ante lo más saliente de la vida madrileña y con el rigor de juicio que se dispensa siempre a los autores favorecidos por la celebridad.

«Doña Francisquita», comedia lírica, inspirada en «La discreta enamorada», de Lope, de Federico Romero y Guiller-



mo Fernández Shaw, dió al maestro Vives motivo para escribir una partitura inspirada y variada. Siempre mos-

tróse el ilustre músico inclinado a los asuntos clásicos—no hay que olvidar que se reveló en «Don

—, y por eso fué él mismo quien entregara el libro de Lope a sus jóvenes colaboradores.

Todo estaba excelentemente preparado. Pero por encima de cuanto pudiese ser preparación y artificio, el público, deseoso de novedad y de arte, dedicó a «Doña Francisquita» la acogida más sincera y estruendosa que recordamos de algunos años a esta parte.

*

En «La canción del olvido» demostraron Romero y Fernández Shaw que saben lo que es el teatro, y principalmente el género lírico. Poetas fáciles, de estilo limpio y agradable, emprendieron la difícil tarea de escribir una obra que recordara «La discreta enamorada», pero con otro asunto, otros personajes y otro ambiente. Comprometido era el trabajo; casi aterrador. Enamorados los libretistas de la época romántica, y quizá siguiendo el consejo del maestro Vives, nos ofrecieron unos lindos bocetos de 1840, del Madrid bullanguero y soñador que culminaba arduosamente en las fiestas populares, Madrid de bailes y pregones, de pendencias y de amores, de embozados y de coquetos.

Los defectos que pueda haber en el libro son disculpables ante el magno trabajo que se impusieron los autores. Dudo que haya muchos libretistas capaces de llevarlo a cabo. Durante la representación de «Doña Francisquita» pensé, por el dichoso espíritu de comparación, en algunos grandes poetas, que por cierto estaban en el teatro, y saqué de mis cavilaciones la consecuencia de que lo hubieran hecho muchísimo peor.

*

El maestro Vives, que se encuentra enfermo, no pudo asistir al estreno de «Doña Francisquita». A la verdad, lo sintió tanto el público como él, si no más. Desde los primeros números el teatro se pronunció por el músico de

un modo solemne. Revivía el género lírico, Vives recordaba sus mejores tiempos; pero con la ventaja de una evolución franca y moderna. Los concertantes, los dúos, los coros a gran orquesta, fluyán soberbiamente. Aquello era un derroche de melodías españolas, un exceso de producción. Terminó el primer acto entre atronadores aplausos. Vives nos había conquistado a todos sin reservas, sin condiciones. «Ya era hora—se decía en los pasillos durante el intermedio—de que oyéramos algo nuestro, algo que honrase la música española, mixtificada por la opereta!»

Pero la verdadera grandeza musical de la obra está en el segundo acto. Sólo un dúo se repitió tres veces en medio de aclamaciones y vivas a los autores y a España, como en los mítines. Repuestos del entusiasmo, no se nos ocultaba, sin embargo, que Vives había aprovechado compases y hasta momentos de anteriores producciones suyas—«El tesoro» entre ellas—; pero, ¿cómo íbamos nosotros a acusarle de falta de fecundidad? Podía más lo nuevo, el encanto de la sorpresa.

Del segundo acto de «Doña Francisquita» puede decirse que tiene cuanto puede tener una obra de música. Pedíamos el Real para oírlo.

En el tercer decena un poco la acción, y por lo tanto el interés musical; pero aun así sobresalen un fandanguillo y un bolero, que fueron acogidos con fervor extraordinario.

El público se desbordaba: «¡Ya era hora! ¡Ya era hora!» Atropellado, maltratado por esos «quidams» del «fox» y de la insulsez líricobailable, estuvo a punto de perder hasta la sensibilidad. Pero, no; no la ha perdido. En cuanto le recuerdan el abolengo de la música española se estremece y responde: ¡Ojalá vaya con su entusiasmo mucho más lejos! Hasta la supresión definitiva de la mentira artística, hasta el extrañamiento, ahora que están de moda las grandes resoluciones, de quienes nos obligan con sus esperpentos de baja estofa a bajar la cabeza ante la crítica

extranjera; de los beduinos y falsarios, impotentes y simuladores. La música española tiene derecho a vivir, amparada por músicos como Vives, que en un momento dado sabrán arrancarla del fango y colocarla en el lugar que le corresponde.

*

Es evidente que no se podía esperar más. Los intérpretes de «Doña Francisquita» se pasaron dos noches sin dormir; pero los nervios les llevaron a contribuir al buen éxito que obtuvo la obra. Sólo los coros fallaron en algunos pasajes delicados. También para salvar esa deficiencia pedíamos a voces el escenario del Real, claro es que con todo lo que tiene dentro.

La señorita Issura cantó como una tiple de primera categoría, alcanzando un triunfo personal de los que más se agradecen. Por algo Vives la confió el papel de protagonista sin el menor cuidado.

Cora Raga, que es una tiple dramática admirable, tuvo que encargarse del de la tiple cómica, venciendo, no obstante, las dificultades de la incomodación en toda la línea. Palacios y Güell recordaron lo que tantas veces se ha dicho acerca de la vulgaridad de maneras de los artistas líricos y probaron que caben también en ese género el arte de la comedia y del bien decir.

Unas decoraciones de Fontanals estilizadas, ultramodernas, dieron más carácter de lámina a los actos de «Doña Francisquita».

El triunfo de todos fue, en pocas palabras, arrollador. Renuncio a describirlo, porque, de todos modos, me quedaría corto.

*

Salimos del teatro tarareando una de las mazurcas de la obra. ¡La mazurca! Bienvenido sea nuestro baile predilecto a la escena. ¿Dónde estuvo durante todos esos años de pedestrisimo musical? ¡La mazurca! ¡La mazurca!

Arturo MORI

(Apuntes DURAS)



APOLO

"Doña Francisquita"

Estamos abusando, y así Dios me condene si en estas líneas hay la menor sombra de mala intención o censura, de lo que ha dado en llamarse resurrección de la música española. ¿Cuándo y dónde ha fallecido esta señora, tan digna y merecedora de todos los respetos? La música española ha perdurado, con mayor o menor intensidad, según se hayan encontrado en momentos felices sus cultivadores, y música española era la que después de Arrieta y Barbieri— aunque reconociendo que la de Arrieta era italianizada— escribieron Chapí, Chueca, Valverde, Caballero, Bretón, Jiménez, Brull y tantos otros, para llegar a los modernos y actuales, que también la cultivan cuando la ocasión o los libretos a ellos encomendados requieren el ambiente de nuestra castiza tierra.

Parejos con estas producciones, vinieron otros géneros; antes, la opereta francesa e italiana, «La mascota», «Fatinetra», «Doña Juanita», «Bocaccio», etcétera; y luego, la alemana, «El conde de Luxemburgo», «La viuda alegre», «El ensueño de un vals», y ni antes ni después hubimos por eso de entristecernos, temblando por el porvenir de la música española, y mucho menos reconociendo que ésta se halla muerta o a punto de estarlo. ¿Qué razón, pues, tienen los plañideros para entonar respuestas sobre un cadáver que no existe? ¿A qué hablar de resurrección cuando no ha habido muerte?

En ninguna parte del mundo, óiganlo y antiéndanlo bien todos, en ningún país, aun en los más proteccionistas de su arte, como Francia e Italia, se ha cerrado el paso a nada que siendo merecedor de ello ha llamado a sus puertas, y «fox» y tangos y valsas del Danubio y músicas americanas han invadido los escenarios, alternando con las producciones nacionales sin que nadie pensase jamás que aquello había dado muerte a esto.

La música española ha sido siempre cultivada con acierto, y así seguirá, viendo todos, y yo el primero, con simpatía, con agrado, con entusiasmo y con toda clase de elogio, cuantas producciones aparezcan en escena apoyadas e inspiradas en nuestros gloriosos cantos populares del «folk-lore» nacional.

Pero ¿pueden también vivir las músicas extranjeras, los ritmos modernos, los éxitos mundiales, y que en nada perjudican a los éxitos netamente españoles? A mi juicio, sí, pues como dijo el otro, «La gloria es muy grande y cabe-mos todos.»

El maestro Vives ha escrito una de las más bellas partituras. El público así lo reconoció, tributando grandes ovaciones a la terminación de casi todos los números, muchos de los cuales fueron repetidos dos y tres veces, entre el entusiasmo general. Este genial músico ha llevado su musa a los ritmos alegres y populares, y así oímos una deliciosa romanza de tenor, apoyada en seguidillas y fandangos; boleros y tiranas aparecen de continuo a lo largo de la partitura, logrando, entre otras cosas, una unidad perfecta en la música y una fisonomía a la obra en general, que aparece con su carácter concreto y personal.

Inspirados son todos los números, llenos de vigor y de colorido, siendo la orquestación rica en matices, brillante y

sonora. La reconocida habilidad técnica de Vives aparece en plena manifestación durante toda la obra, y sobre todo en los números de conjunto, complaciéndose el gran compositor en acumular dificultades de ejecución, al subdividir las melodías y los cantos en diversos grupos de voces y de instrumentos, como ocurre en diversos coros de esta obra. ¡Oh, los coros del maestro Vives! Ahí es preciso reconocer que jamás ni por nadie fueron tratados en España del magistral modo con que él sabe presentarlos, y tras los verdaderamente notables de «Bohemios» y de «El tesoro», vienen ahora éstos de «Doña Francisquita», para colmar nuestra admiración. Como números notables y de indiscutible acierto, acuden ahora a nuestra memoria un terceto fino y delicado; un cuarteto de mucho color, al final del acto primero; la canción de la Isaura, la romanza del tenor, la caricatura burlesca de la murga de Carnaval y el dúo—éste sobre todo—, que fué escuchado por tres veces, en que la melodía fácil, armoniosa e inspirada, causa verdadera emoción en el espectador.

En el tercer acto hay asimismo números notables que fueron aplaudidos. El éxito, pues, del maestro Vives, ha sido rotundo, definitivo y cual corresponde a su gloriosa personalidad.

El ilustre músico no pudo asistir al estreno por hallarse enfermo. ¡Bien se merecía el haber recibido personalmente el homenaje de entusiasmo que el público hizo a su música!

El libro de los señores Romero y Fernández Shaw está inspirado en una comedia de Lope, y no pasa de ser discreto, aunque reconociendo que está hecho sólo para servir a la música momentos de lucimiento. Al libro le falta ligereza y soltura, y le sobran disparates anacrónicos, verdaderamente incomprendibles en literatos tan cultos como los señores Romero y Fernández Shaw.

¡Crean que allá, hacia el año 1840 se decía «tomar el pelo», «que te zurzan y te pelen», «ya los he colao»? No, eso es de tiempos de López Silva para adelante. Y respecto a la mordedura del ala-

crán y no picadura, también había mucho que hablar.

Estos reparos aparte, los señores Romero y Fernández Shaw, merecen felicitaciones por su discreta labor y por haber dado lugar al triunfo de Vives.

La ejecución, sencillamente perfecta.

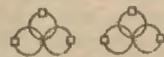
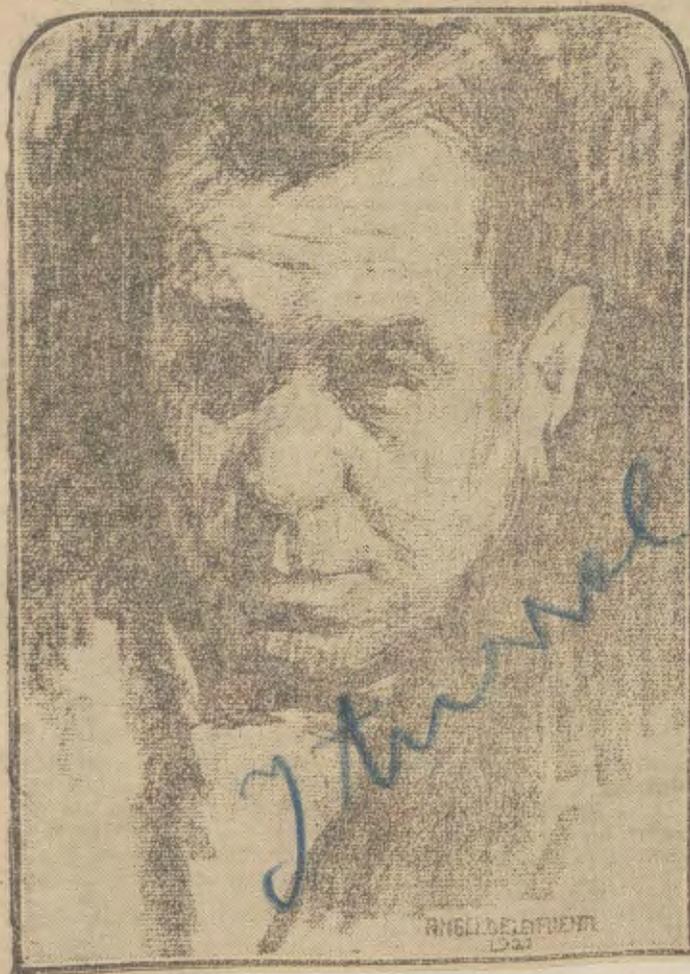
Mary Isaura, «el ruiseñor de nuestras tiple», lució sus extraordinarias facultades, alcanzando un triunfo personal; la Raga, excelente, briosa y merecedora de todas las alabanzas; el tenor Casenave, muy bien, contribuyendo la Lázaro, Güell y Palacios; los coros y cuantos intervienen en la interpretación realizaron su labor con gran entusiasmo.

Las decoraciones, de Fontanals, de gran efecto; los trajes, vistosos, y la orquesta, muy bien llevada por el maestro Martínez.

En suma, un éxito definitivo y de dinero, cosa que celebramos por el empresario señor Delgado, que bien se merecía tal solución.

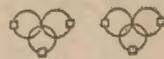
B.

AMADEO VIVES



Con el reciente estreno de "Doña Francisquita", su última producción, el maestro ha devuelto al arte lírico nacional, intensamente emotivo y grandioso, sus magníficos esplendores

Apunte al carbón de Angel de la Fuente.



APOLO.—E, éxito de «Doña Francisquita»

Ayer se acabaron los billetes, tarde y noche, en el teatro de Apolo. Ya era hora, y bien lo merecía Paco Delgado, el bravo empresario, que para llegar al estreno de «Doña Francisquita» no tuvo inconveniente en aventurar y perder una verdadera fortuna.

A él se debe el estreno de esta obra suprema del maestro Vives, cuya partitura vuelve por los fueros artísticos de la buena y castiza música española. Para él nuestros aplausos de hoy, como para Vives fueron nuestros entusiásticos elogios de ayer.

Anoche, el público que llenaba en absoluto la sala de Apolo, aplaudió con el mismo entusiasmo que anteayer los admirables números que componen la partitura de «Doña Francisquita».

Si los espectadores que desconocen los esfuerzos que ha tenido que llevar a cabo Paco Delgado para darnos a conocer dicha obra, han aclamado a Vives, digno de tales entusiasmos, nosotros, que conocemos la mucha parte que tiene en el estreno de «Doña Francisquita» el actual empresario de Apolo, nos complacemos en darle públicamente las gracias que todos le debemos.

Paco Delgado se merecía el éxito de Vives.

APOLLO

Un leve comentario sobre la tónica e interpretación de «Doña Francisquita»

Queremos decir únicamente que «Doña Francisquita» vuelve a encauzar los rumbos de la zarzuela española, perdidos hace una docena de años. No nos paramos a meditar, ni mucho menos vamos a hacer consideraciones comparativas sobre si esta «Doña Francisquita» es la culminación musical del maestro, aun cuando si sostengamos con todos nuestros fueros que es la más sabia en el procedimiento y la que más revela el pleno dominio del conocimiento escénico.

Vives ha hecho la elección del tema: una producción del españolísimo Lope de Vega. Y por añadidura, él mismo dice que se ha documentado, estudiando todo lo bueno de la época para ajustarlo a la nueva producción.

La maravilla es ver cómo se desenvuelve todo, con esa suprema sencillez de las cosas verdaderamente transcendentales.

Allí no falta nada ni sobra nada. Tres actos de una fábula, que en manos inexpertas causarían en la tercera escena.

Si a un empresario de los que hoy tenemos se le llevara por unos libretistas y un músico anónimo una obra que fija su acción en el año 1840, es posible que los despachara con cajas destempladas.

El alarde de autoridad de Vives, el mérito supremo del músico, consiste en romper una lanza por la zarzuela española, obligando al espectador a que haga una revisión de valores en una fecha tan lejana, que ya nos parece hasta inocente y hueco cualquier alarde.

Y, sin embargo, todo lo que allí abienta es de carne y hueso. Por ahí se ampara el éxito en los tipos de sainete, que si «Doña Francisquita» hubiera venido aropada en algún enredo más o menos político, seguramente la cosa no hubiera tenido más alcance que el de un intento generoso por el arte lírico.

Consignemos plenamente el acierto de los Sres. Romero y Fernández Shaw, apartándose poderosos en el momento solemne, para dar ancho campo al músico.

Y en aquellas escenas tejidas con mucha picardía teatral; el pasaje del cura socarrón, que a pretorio de la compra de los pastelillos, se cae muy lindamente en la botillería a empuñar el codo; el encuentro de la moza de partido con el majo Fernando; el paso gracioso, hecho con suprema delicadeza, de Cardona transformado en mujer en aquella aventura carnavalesca; el equivoco de la escena de celos en la clásica gradera; los mismos desfiles de la boda, de las comparsas, de las expansiones y de los holgorios de una fecha castiza y popular, demuestran cómo saben hacer los jóvenes maestros.

Pero Vives, agigantado con el supremo don de su autoridad, lo cubre todo en el raudal de música de los tres actos.

Fandangos, boleros, seguidillas, tiranas, hechas con esa soltura y con esa gracia del que sabe dónde hay que poner el dedo para meter al público.

Y no sabemos si en aquel coro fresco y armonioso de la «juventud», del acto primero, o en aquellas seguidillas brías y apasionadas del segundo, o en los motivos de aquella romanza del tenor, o en la delicada canción de la tiple, o en el bolero picoteado del tercer acto, está lo mejor del músico.

Noche grande, solemne, en que para todos hubo, y muy especialmente para los tres grandes sostenes de la obra: la Isaura, la Raga y Casenave.

La Isaura y Casenave, por estar bien caracterizados y tener una ejecutoria magna en nuestra escena, no necesitan de más ponderación. Triunfaron el día del estreno, como tenían que triunfar, sin regalos de ninguna especie.

Pero la incógnita era Cora Raga, mujer bravia, llena de pasiones, con la gentileza y el poderío de una mujer francamente mujer (celos, donaire, picardía, desenvoltura, femineidad, en una palabra), que, como si adivinara lo que la obra pedía, cantaba y recitaba como pocas veces se ha visto en escena.

También al tenor cómico Palacios, dominador de un papel harto difícil; a Felisa Lázaro, una de nuestras grandes glorias líricas; a Güell, sobrio y cachazudo, correspon-

den en gran parte las excelencias del éxito.

Y, hasta en el conjunto, tenemos que destacar los nombres del barítono bronceado de la Cerrillo—con mucho plante y brío—del veterano Galerón, que sigue luchando con los mismos entusiasmos. Y bastan los coros y de las bailarinas (una de ellas la señorita Pilar Cornejo, quien espera muchos triunfos corales) para que decir cosas muy halagüeñas.

En Apollo se acabaron ya los estrenos. Con «Doña Francisquita» hay para llenar la temporada por prolongada que ésta sea.

ANTONIO DE LA VILLA

Resurge la zarzuela española

El gran éxito de Vives en "Doña Francisquita"

Muchas veces hemos aplaudido los esfuerzos de algunos de nuestros músicos que, siguiendo una corriente moderna y universal—la moderna va resultando con mucha frecuencia una vuelta a la tradición—, intentaban buscar motivo a sus inspiraciones en los cantos populares. Pero si hemos aplaudido el intento, hemos tenido pocas ocasiones de celebrar el resultado; más bien que recurso salvador, ha sido escollo causante de desastros, y es precisamente por esto, porque se ha ido al arte popular como recurso, no llevado por inclinación, por un amor sincero que sólo puede inspirar un conocimiento profundo.

Había el miedo a lo que se dió en estimar ordinario y vulgar, al querer desfigurarlo y ocultarlo con ampulósidades; el canto popular no despertaba un eco en la sensibilidad del compositor, que pobremamente se conformaba con reminiscencias vergonzantes o glosas vulgares y monótonas; quedaba el motivo, pero huía la inspiración.

La gran cultura literaria y musical del maestro Vives y su exquisito gusto han hecho de él un entusiasta del arte sencillo, fragante, expresivo y lleno de color del pueblo; tal entusiasmo se advierte en casi toda su obra, con frecuencia se ofrecen en ella temas populares tratados con una comprensión, un conocimiento y una maestría admirable. En *Maruxa* este entusiasmo se hace más fuerte, se apodera más del artista, que hace del tema popular el eje de su obra; pero en *Doña Francisquita* llega a más aún: no es solamente el eje y la base: es la construcción entera, es la inspiración y la guía del pensamiento; es lo que domina en todo instante, lo que está en lo fundamental y en lo accesorio, porque no se adivina sólo en la idea, sino que influye en la forma; lo popular está siempre patente y visible, cuando no en la melodía, en el ritmo de tiradas, seguidillas y boleros, en la cadencia, en el espíritu del autor.

Los temas descienden en él ideas afines de igual expresión, que al unirse se amplían y dan lugar a otras nuevas, y siempre está el compositor afudido incorporando a todo algo propio que al depurar realza y avalora. La técnica, como siempre sucede cuando la ciencia se une a lo espontáneo, se hace más pura y más sobria, más flexible, hasta llegar a primores y sutilezas increíbles: como en el terceto delicioso de «Siempre es el amor», donde hay una feliz evocación de la música ingenua, de una letrilla sentida, que al pasar a boca del tenor cómico, sin perder nada, por un prodigio de matiz, se hace más frívola y graciosa.

La gracia, unas veces digna, otras desenfadada y alegre, otras con el donaire de un desgarro de manola, es uno de los más permanentes encantos de la partitura. Está en el número del ruiseñor, que une a su carácter español la ligereza y frivolidad alegre de la ópereta; en la canción de los peñitres en la Pradera del Canal, que sobre un fondo que evoca descripciones de Mesonero Romanos, muestra su atrayente travesura, que recuerda la manera de Rossini en *El barbero*; en la romanza de tenor, hecha en coplas, uno de los momentos musicales más íntimos y más castizos; en el delicado número de los románticos, admirable acierto de ambiente de época y de presentación, elegantísimo de factura e impecable de carácter, y hasta en el grandioso final del primer acto, donde la música adquiere una pujanza, una amplitud y un brío magníficos y donde con extraordinaria habilidad se cruzan, combinan y desarrollan

Esta gracia de la música, que no es fuerza cómica, sino expresión de arte, armoniza por entero con el libro; pocas veces se ha dado en el teatro lírico consorcio más feliz y equilibrio más completo; la misma exacta visión castiza que el compositor han conseguido los autores al fijar con precisión y sobriedad el pintoresco ambiente del Madrid de 1840.

No era fácil empresa la de hacer el libro, y sólo a fuerza de talento y de tacto se podía triunfar en ella; ambas cosas están demostradas en el hecho de no poner manos en la obra de Eope de Vega; sólo hay

una inspiración remota, no queda con la comedia clásica más que el enlace tenue del asunto; la acción se modifica por la influencia del ambiente y los personajes cambian influidos por costumbres distintas; responden a su tiempo, son hombres y mujeres de 1840, y responden en todo a su tiempo; del mismo modo cambian también el plan, el desarrollo y los incidentes. Los señores Romero y Fernández Shaw han construido por completo la obra, y no sólo han mantenido el interés: han cuidado la parte literaria en un primoroso diálogo, en versos fáciles y sonoros, en el que hay engarzadas bellísimas poesías, sino que han sabido ofrecer al compositor magníficas situaciones musicales, al escenógrafo hermosos momentos de enorme fuerza plástica; y, sobre todo, dar siempre una depurada sensación de buen gusto, de elegancia, de exquisites y finura.

El señor Fontanals ha exagerado la estilización en sus decoraciones, de gran efecto, pero un tanto falsas; todo era verdad, y, por tanto, mayor el contraste con aquellos fondos convencionales, que deberían reforzar la realidad; que también el realismo es arte; el cuidado, el lujo, el derroche, la propiedad de los trajes, el sentido artístico y pintoresco de la coloración, todo quedaba apagado; el formidable cuadro de la pradera con la cuadría de la Bulla, uno de los momentos más grandes, donde la música llega al summum del humorismo, pedía, en lugar de aquel fondo convencional de Madrid, algo tan real y tan intenso como el fondo de la «Romería de San Isidro», de Goya.

Y esta es, a nuestro entender, el único pero, porque la interpretación fué en todo momento excelentísima. La señora Raga fué una completa revelación para todos: encargada días antes de un papel no pensado para ella, triunfó de sus dificultades, lo cantó con notable desahogo, y además se manifestó como completa actriz, se apoderó por completo del tipo, y fué lo que debía ser, una maja fiera y bravia, dueña de la actitud y del gesto; acertó en los desplantes, en los donaires y en los mimos y retrucheras de enamorada.

La señorita Isaura, modelo de travesura, de gusto y gentileza, y admirable de voz; Casenave, hecho un tenor finísimo, fresco, suelto y más actor que suele; el señor Palacios, sobrio, contenido, natural, derrochando vis cómicas, trasladó con mucho talento el tipo de gracioso clásico al teatro moderno; y juntos con éstos la señora Lázaro y el señor Güell.

Y aunque relatáramos ayer las ovaciones incessantes, los aplausos, los vivas clamorosos y el desbordamiento de entusiasmo con que fué acogida la obra, nuevamente insistimos en ello, por si con esta repetición conseguimos dar alguna idea de lo que en realidad fué.

Jorge DE LA CUEVA

Un estreno afortunado

Las diez de la noche. Una noche estrellada de octubre. La calle más famosa de Madrid. Animación excepcional frente a un teatro. Es que va a efectuarse el estreno de una obra de autor ilustre, de autor popularísimo. Los automóviles, las manueles y los tranvías van trayendo al público, que atraviesa la ancha acera, iluminada por los arcos voltaicos y obstruida, en parte, por las mesas de un café. En el vestíbulo del teatro se han formado esos grupos de hombres que se saludan, que charlan y ven pasar, rápidas, sin detenerse, a las señoras. Entre ellas y ellos, muchas caras conocidas: el "todo Madrid" de las primeras representaciones. Algunas figuras se destacan, suscitan murmullos, hacen volver los ojos, reciben el homenaje de la popularidad.

Son la tonadillera célebre por su hermosura y su talento; el poeta satírico que presume de juventud perpetua y trae una sonrisa blanca y un chaleco azul; el ex ministro que no faltaba—y faltará menos ahora—a ningún acto literario; el pintor que ha ganado "muchos miles de pesos" en América; el novelista "que vende"; el crítico inflexible; el crítico valedudinario y carraspeante que evoca los estrenos de Echegaray y los triunfos de Matilde Pretel... No faltan cantantes de opereta con sus pieles y sus collares magníficos; aristócratas y sportsman con el orgullo de sus Rolls, ex senadores, ex diputados, ex concejales, una cantidad inusitada de *ci-devants*. ¡Este Directorio! También surgen algunos hombres "nuevos", algunos hombres "provisionales". La "revolución" se nota en la manera escurridiza y soslayada que tienen de pasar los antiguos pavos reales de los *foyers*; fantasmones que ayer recibían reverencias y hoy deben conformarse con un "vaya usted con Dios" irónico, compasivo, triste. *Sic transit...* Y no fué gloria lo que pasó.

Entremos en la sala. La función está anunciada para las diez. No son más que las diez y cuarto. Nos sobra tiempo para contemplar, en redondo y de través, en conjunto y en detalle, la sala iluminada, bullente, calurosa, magnífica. Es indiscutible: se trata de un estreno excepcional, solemne, deseado y esperado: Ciertas dilaciones, ciertas murmuraciones le han servido al público de estimulante, de excitante. Viene dispuesto "a todo".

Siempre viene así el público de los estrenos: andoroso, de buena o de mala fe, pero con fe. Aplaudirá o reventará, acariciará o morderá, será excesivo en el homenaje o en la condenación; pero no podrá reprochársele nunca la desorientación, la apatía, la

anemia intelectual o sentimental que suelen observarse en el público algunas noches "corrientes".

En realidad, este público de los estrenos, de los grandes estrenos—basta verlo en las butacas, en las plateas—, será el más difícil, el más peligroso, el más exigente; pero—por lo mismo—es el más sensible, el más extendido. Aquí están esta noche los críticos, los periodistas renombrados, los escritores famosos, los empresarios conocidos—que entenderán más o menos de arte, pero que saben pulsar los éxitos de taquilla—. Aquí hay músicos, actores y pintores. Todas las profesiones y todos los oficios están representados esta noche en el teatro. Este público es una concreción o síntesis del Madrid pensante y emotivo. ¿Cómo juzgará la obra? ¿Qué va a ocurrir? Escucho buenos presagios, pero... ¿quién sabe? La incógnita existe, el misterio flota más acá y más allá del telón...

Ya da principio la comedia lírica. ¿Zarzuela? ¿Opera cómica? ¿Qué más da! Ya se ha levantado el telón. La comedia, ¿será tragedia para los autores, para el público? Porque el fracaso es una forma de lo trágico, de lo trágico cotidiano. Si la obra no gusta, habrá lágrimas, habrá lobregueces de ánimo en los que han contribuido a hacer de ella un elemento vivo que ambicionaba cautivar, captar, arrebatarse al público. Si la obra no gusta, la muchedumbre, displicente o indignada, se retirará con el peso de una ilusión muerta, de una noche fallida, de un dinero malgastado. Habrá júbilos soterraños, inconfesables. ¡Rivalidades de oficio! ¡Hieles eternas del envidioso, melificadas por la derrota ajena momentáneamente! La mayoría del público, el público que se dice sano, saldrá del teatro lastimero, pesimista, triste.

¡Diosa Talía, yo te imploro el éxito de la obra! Yo te pido que guste, que orece, suavice y exalte el corazón del público. España necesita optimismo. ¡El éxito tiene tal poder de sugestión, tal glorioso contagio! El público llega a imaginar que "él ha hecho la obra". Y en verdad la hace vivir, la plasma victoriosa con sus manos que aplauden, le infunde alientos—a veces inmortales—con su corazón.

La obra gusta. Gusta desde las primeras escenas, desde los primeros compases. Nada te diré, lector, de su argumento, ni de su mérito indiscutible, ni de los instantes en que la admiración del público se desbordó en clamores entusiásticos, en ovaciones estrepitosas. Nada te diré del trabajo de los actores, conducidos por la musa del Éxito. Todo se hace fácil, elocuente y gracioso en la atmósfera del triunfo. Los mismos que pasan con simpatía o no se toman en cuenta, como los de

una persona amada. Los críticos han reseñado el estreno, han juzgado la obra, han distribuido el incienso, las rosas y el laurel.

Yo sólo quiero recordar las sensaciones de noble júbilo, de placer artístico—y de esperanza patriótica—, que experimentó Madrid en el estreno afortunado. El Fracaso enfría y disuelve. El Éxito de una verdadera obra de arte fortifica, ennoblece, engrandece.

Algo nuevo había en el aire templado de la noche de octubre al salir del estreno de *Doña Francisquita*. Acababa de nacer una zarzuela, una ópera cómica—como ustedes quieran—admirable y amable. Precisamente *amable*. Lo que había en el aire templado de la noche de octubre, al salir del estreno de *Doña Francisquita*, era amor... Amor desairado—y extrañado—que encontraba su contenido y que volvía a su cauce. Amor al arte lírico de la patria. Amor...

ALBERTO INSUA

"La Yoz"

20-X-923

Comentarios a un estreno

El año mil ochocientos
cuarenta...

¡Música! ¡Música! Retoña la zarzuela, reverdecen los laureles de los compositores españoles: Barbieri, el maestro seguidilla, es recordado al aclamar en *Doña Francisquita* al catalán Amadeo Vives. Ese estreno ha sido la mejor conmemoración del centenario de D. Francisco Asenjo. El renacimiento salta a los ojos. Hay en Madrid, no obstante el fisco y el cisco, hasta siete u ocho teatros consagrados al arte lírico. Hay ya más maestros compositores con fama y mérito que diestros con popularidad: Vives, Serrano, Luna, Granados, Del Campo, Falla, Guerrero, Soutullo, Vert, Rosillo, Alonso (a pesar del dichoso "¡Banderita, banderita!"), y... basta de teclear nombres; ya van citados más que notas. Hay teatros, hay músicos, no faltan cantantes y el entusiasmo existe; se revela, mejor que en los vítores, bravos y palmas, en cierta rivalidad, competencia y bandería muy de coso español. Estrena Luna su *Benamor* y su *Moza de Campantillas*, y el público no se limita a aclamar al maestro después de una jota, de un septimino, de un dúo, de una romanza, de un *duetino*, de un concertante, sino que increpa por la acción y reta con la mirada, como diciendo: "¡Así se torea! ¡Así se mata!"

En el estreno de *Doña Francisquita*, igual: "¡Abajo la opereta! ¡Fuera el fox-trot!" Y se abomina de los instrumentos exóticos usados en el *jazz-band* al recibir con beneplácito la guitarra, la bandurria y las castañuelas. También me complace la metamorfosis de Vives, a quien, no de ahora, sino desde el *Don Lucas del Cigaral*, admiro mucho. De maño, tañendo la vihuela y golpeando las castañetas, lo encuentro, no ya genial, sino sandunguero. Pero no toquemos por casualidad la flauta patriótica ni el violón de la xenofobia, ni hagamos patria al bailotear. Digo esto porque la polca-mazurca es tan de *extranjis* como el *scottish*, y de uno muy popular del inspirado Chueca oí decir con arrobo: "Este es madrileño y español." Hay gentes capaces de confundir la zarabanda española, creo, y el fandango, también castizo, con la tarantela fascista, lo cual es tocar el violón y tener orejas y no oídos.

Los autores de la letra han arreglado al siglo XIX la trama y el *busilis* de *La discreta enamorada*, de Lope de Vega. Y no han fijado la época con vaguedad, sino de modo muy determinado: en el Carnaval (febrero o marzo) de 1840. ¿Por qué han elegido ese año? No lo sé. El *sereno* hace una alusión a los conspiradores. Sin embargo, en los primeros meses de aquel año no se conspiraba. Madrid estaba confiado y alegre. En Vergara hacía medio año que se habían abrazado Espartero y Maroto, ahogando la terrible bestia de la guerra civil, que aun coleaba en el Maestrazgo y Cataluña, donde en julio de este mismo año de 1840 le dieron fin Espartero y D. Leopoldo O'Donnell, el primer duque de Tetuán.

Fué un año feliz el de 1840. España, gozosa por la paz, contenta porque la Reina Cristina se había ido a Francia con su nueva familia, la de Muñoz, creía en un nuevo régimen.

El Carnaval de 1840 sería, de seguro, muy alegre. En el soto o en la pradera vimos, holgándose, a un soldado de Luchana, a uno de los que formaron en Vergara. Lo delataba el alto morrión. ¿No habría por allí, entre los currutacos o entre los curiosos, si no disfrazado entre los mascarones, que forman agrupaciones como en el Carnaval de Solana, algún *convenido*?

En política, el año de 1840 fué sumamente agitado. Comenzó con las mieles de la paz; pronto, ya en la primavera, lo perturbó la malhadada ley de Ayuntamientos, en derezada a separar en ellos la política de la administración, ¡oh! y a facultar al Gobierno para nombrar alcaldes.

Doña Cristina, la Reina madre, la viuda de Fernando VII y la esposa de D. Fernando Muñoz, se fué en julio a Barcelona. Allí firmó la ley de Ayuntamientos, ya votada por las Cortes, y allí hubo un motín en favor de Espartero y en contra de la ley. Se suceden varios ministerios: el presidido por D. Antonio González, que dura veinte días; el de D. Valentín Ferraz, a quien substituye, en Valencia ya la Reina gobernadora,

un D. Modesto Alcázar, recibido muy mal y que provocó el gran motín de Madrid, a primeros de septiembre, notable por acudirle la Municipalidad y por actuar en él, como muy echados para adelante, como muy de la izquierda, que decimos ahora, González Brabo y Nocedal.

Sabido es que el general Espartero se negó a venir de Valencia contra los amotinados, por lo cual doña Cristina embarcó en Valencia para Marsella, y Espartero formó otro Ministerio, que se llamó Regencia, y por el camino que trajo el *Deseado* en 1814 vino a Madrid, donde fué recibido en triunfo, como la última obra de Vives.

El año de 1840 es todavía más notable por las bellas artes que por la política o la cosa pública. Es el año de la publicación de libros de versos: las poesías de Espronceda, las de D. Nicomedes Pastor Díaz, los *Romances históricos* de D. Angel Saavedra, duque de Rivas; los *Ensayos poéticos* de Bermúdez de Castro (D. Salvador), y es el año del máximo esplendor del Liceo. ¡Oh el Liceo del palacio de Villahermosa! Se da a conocer Gertrudis Gómez de Avellaneda, declina D. Juan Nicasio Gallego, brillan Espronceda y Zorrilla y aparece D. Ramón de Campoamor. En el teatro del Liceo representan con actores de profesión y mérito Ventura de la Vega y el andaluz D. Luis Sartorius, luego conde de San Luis. En la sección de Pintura, con el viejo D. Vicente López y los consagrados Madrazo y Rivera, descuellan los entonces jóvenes Villamil, Esquivel, Elbo y Gutiérrez de la Vega. El año de 1840 se lee *El Fray Gerundio*, se ríen las capilladas y se comienza a hablar de D. Jaime Balmes. En los toros aparece un fenómeno, como hoy decimos, *Cúchares*, que disputa el aplauso de la *afición* a Paquiro Montes. Y en 1840 publica por entregas el divino Espronceda su *Diablo Mundo*.

Y era el año cuarenta, en que yo escribo, de este siglo que llaman positivo.

Inoportuno sería copiar los versos que siguen; no así algunas octavas reales de este mismo canto tercero, que son tan oportunas y de actualidad, que dijérase eran artículos de periódicos, notas y manifestos versificados.

El año de *El Diablo Mundo*, el fijado para la acción de *Doña Francisquita*, el de 1840, no es memorable en la historia de la música española, ni aun en la historia de la Música en España, que no es lo mismo. No así el siguiente, el de 1841, año en el cual se estrenó en el teatro de la Cruz una llamada ópera española, que probablemente lo sería italiana, letra de Rodríguez Rubí, música de don Basilio Bariti, denominada *El contrabandista*, y ese mismo año cantó en el Liceo el tenor Rudini y se abrió en el Colegio célebre de Masarnáu la Escuela Española de Música, que dió a conocer en nuestra tierra la de Mozart y Beethoven.

Al Liceo vino el 42 Paulina García, hermana de la Malibrán, hija de D. Manuel y esposa del hispanista Viardot.

No había nacido en 1840 la zarzuela. Peña y Gofi fija en el 42 su natalicio, y brilla el género que combatió con excesiva dureza Pedro Antonio de Alarcón en el período de los espadaños, Espartero, Narváez y O'Donnell; aunque fuera de época, nacieron a la escena y a la celebridad *El molinero de Subiza*, *La Marsellesa*, *El barberillo de Lavapiés*, *El anillo de hierro*, *La tempestad* y *La bruja*.

El destronamiento de Isabel II, como la *débacle* del segundo Imperio francés, fué acompañado con música bufa.

Renace la zarzuela. Es el único renacimiento digno de ser celebrado. Vives ha puesto una perla en el rico collar, y como llamo el año de *El Diablo Mundo* al de 1840, quizá, andando el tiempo, se llame el de *Doña Francisquita* al de 1923; que lo más grande es lo más pequeño cuando lo vemos a distancia.

¡El arte siempre! Tiene razón el autor de *El chirrión de los políticos*: se han olvidado hechos calificados hiperbólicamente de memorables, de históricos; se ha desvanecido hasta el recuerdo de personajes omnipotentes, famosos un tiempo, hasta populares unos meses, unos años, y quedan, cada vez más brillantes, los nombres de

Cervantes, Lope, Quevedo, fray Luis, Velázquez, Murillo, Zurbarán, el Greco, Goya, Meléndez, Moratín, Quintana...

Es consolador. Sin embargo, en el primer acto de *Doña Francisquita*, una idea material, grosera, dió mal sabor a mi boca y disgusto a mi mente. En 1840 se vendían tortas de chicharrones en los soportales de la plaza de Santa Cruz. El templo de Santa Cruz fué derribado; se hundió, se quemó luego, se tornó a hundir y fué también derribado el de Santo Tomás. Hay un templo nuevo. Hay casas nuevas. Lo que fué cárcel de corte dejó de ser Ministerio de Ultramar cuando no hubo colonias al otro lado de los mares, y es hoy de Estado. Trajes, usos, ideas, han cambiado. No se ponen allí altares de la Paz y Caridad para rezar por el reo que está en capilla; no existen ya ni la bárbara pena del descuartizamiento ni la torre de Santa Cruz donde se exponía al público la horrible visión. Todo se ha transformado, mucho ha desaparecido. Queda allí el puestecito donde se exponen y venden tortas de chicharrones...

ROBERTO CASTROVIDO

AL MARGEN DE UN ACONTECIMIENTO

LA TRADICION ESPAÑOLA

No extrañará el lector, sabiendo que uno de los autores del libreto de *Doña Francisquita*— el éxito del día— es Guillermo Fernández Shaw, querido compañero de Redacción, que el articulista político, haya asistido al estreno de la obra, y que haya encontrado en él, como se encuentra siempre en todo suceso, una parte aprovechable.

Es frecuente en todas las manifestaciones de la vida española, dejarse impresionar por modas y figurines extranjeros. Si en el teatro nos han abrumado las revistas de corte francés, y los valeses de opereta vienesa, venciendo aparentemente á aquellos otros bailes populares y de salón, de sabor castizo, que hicieron las delicias de nuestros padres y de nuestros abuelos, en la política también andamos á caza de modelos, y unas veces fué Waldeck-Rousseau, y otras Combes, y otras Lloyd George, y algunos Venizelos, y más adelante Mussolini.

Pero ése no era el verdadero pueblo, la verdadera opinión, el verdadero sentir nacional. España, la nación noble é hidalga, que tuvo épocas de grandeza en la política, en las armas y en las letras, aun viéndose hoy decadente, tiene vigor para incorporarse, y para sentirse fuerte, no á la luz de la imitación, sino á la luz de su propia historia.

Ese pueblo que ayer aclamaba á Vives por su gesto de resurrección de una zarzuela española, con clasicismo en el modelo literario, castiza en época y en situaciones, en cantables y en bailes, sabe seguramente que tenemos un periodo constitucional en Cádiz, inaugurado por Muñoz Torrero, que es archivo de buen gobierno; sabe que tenemos un Jovellanos, que no envidiaba en capacidad de visión á estadistas extranjeros; sabe que hubo en la historia reciente un Cánovas, que rehizo España y sus Instituciones...

"La Opinión" 19-X-923.

EL TRIUNFO DE "DOÑA FRANCISQUITA" Y EL REGIMEN CONSTITUCIONAL

«La Epoca», a cuya Redacción pertenece el inteligentísimo Guillermo Fernández Shaw, uno de los autores del libreto de «Doña Francisquita», dedica su editorial al magno acontecimiento artístico que ha constituido el estreno de la última obra del insigne maestro Vives.

El periódico conservador celebra, no sólo el triunfo de los suyos, sino porque los autores de «Doña Francisquita», poetas y músico, han sabido sacudir toda influencia extraña, para acogerse a la vieja tradición artística española, tan rica en las más nobles emociones del espíritu.

No es sólo el servilismo al extranjero en que se había caído en música, lo que sugiere las reflexiones de «La Epoca», sino la propensión a buscar en modelos franceses, ingleses e italianos los patrones para la música española, desde Waldeck Rousseau hasta Mussolini, pasando por George, Venizelos y Combes.

«Doña Francisquita» va obrar el milagro de que España vuelva por los fueros de sus tradiciones, no sólo artísticas, sino político-constitucionales. Así lo espera «La Epoca», cuyas son las siguientes líneas:

«Ese pueblo que ayer aclamaba a Vives por su gesto de resurrección de una zarzuela española, con clasicismo en el modelo literario, castiza en época y en situaciones, en cantables y en bailes, sabe seguramente que tenemos un periodo constitucional en Cádiz, inaugurado por Muñoz Torrero, que es archivo de buen gobierno; sabe que tenemos un Jovellanos, que no envidiaba en capacidad de visión a estadistas extranjeros; sabe que hubo en la historia reciente un Cánovas, que rehizo España y sus instituciones..»



Federico Romero.

Maestro Vives.

Fernández Shaw.

Autores de «Doña Francisquita».

HACIA EL ARTE NUEVO

"Informaciones"

23-X-928

32

No quedó en el teatro, para presentar el estreno de la obra musical netamente española, ni una sola localidad libre: todas fueron ocupadas por gentes devotas fervorosas del arte y del prestigio nacional. Nada fué omitido para que el entusiasmo hallara ocasión de hacer palpitante el corazón del espectador candoroso e ingenuo. El libreto había sido inspirado en el argumento de una obra célebre en los anales de la literatura patria; la música había sido creada e instrumentada magistralmente por un prodigioso y nunca bien ponderado genio. La presentación escénica digna fué de la interpretación, cuidada y perfecta. El concurso premió con sus aclamaciones y sus aplausos la labor de los muertos y de los vivos. Sin embargo, en todos los semblantes se observaba algo de extrañeza y de estupefacción, que fué exteriorizado a la salida por la afirmación de un espectador francamente sincero: «Todo esto—dijo—es falso y arbitrario.»

Y era verdad. Después de rendir homenaje a la memoria del antiguo hablista hilvanador de fábulas, a la discreción de los arregladores y a la maravillosa habilidad del mago del pentagrama, todos salíamos del teatro convencidos de que nada de aquello era español de veras, de que se había presentado una España convencional, tanto en el asunto, como en las complicadas combinaciones orquestales, como en los temas rebuscados y de sabor más académico que popular, como en los trajes, que jamás fueron de época alguna, como en todo lo otro, más cercano que de la realidad del absurdo. ¡Qué lejos estábamos de «Pan y toros», de «El barberillo de Lavapiés» y de «La verbena de la Paloma»! Pensábamos, sin querer, en Chueca, y en Chapí, y en Caballero, y aun en el pobre Gaztambide. Lo que habíamos visto y oído era más científico, más meritorio, más digno de aplauso; pero no se nos había entrado en el fondo de las entrañas; salimos cabizbajos, temiendo no hallarnos capacitados para apreciar en todo su valor la evolución musical, literaria y plástica, pero suspirando por otros tiempos en que no necesitábamos de tanta preparación para sentir la emoción estética y en que había mucha menos sabiduría pero algo más sensibilidad y sinceridad en el público y en los autores.

Todo esto que venía y comentó no ha sucedido ahora. Ocurrió al finalizar la última primavera en la Opera Cómica, de París; la obra que a un tiempo nos maravilló y nos dejó cabizbajos y perplejos fué «Pepita Jiménez», del inmortal Albéniz, inspirada o motivada (la palabra es más propia) en la célebre novela de D. Juan Valera, música admirable, pero, en rigor, falta de pasión, por haberse escrito sin pensar en el libro, que a mí me parece mediano, ni en sus personajes.

*

Nos hemos empeñado, de algún tiempo a esta parte, en crear artificiosamente una España histórica con vistas al bulevar Montmartre. Unas veces esa España es tétrica; sus figuras negras, escuálidas, lívidas, de cráneos hidrocefálos, como los del San Ignacio, los campesinos y los toreros de Zuloaga; sus paisajes terrosos y estériles; sus atributos místicos y lóbregos; otras veces, sin perder esa visión lúgubre en lo espiritual, propio de los pesimismo de un Costa, de un Ganivet o de un Ferrer, queremos vestir a los personajes del siglo XIX, en el cual condensamos todos nuestros rencores ancestrales, con indumentarias arbitrarias. Entonces aparecen las damiselas con faldas huecas de colorines, tan diferentes de las dibujadas por Gavarni y de los figurines de la época; surgen las majas con guarda-infante! con mantillas negras

nas embadurnadas de hollín, mejillas exangües, labios teñidos de bermellón y brazos propicios al retorcimiento; los currutacos con levitas encañadas, verdes y azules rabiosas y sombreros de copa de tonalidades bronceas, y los majos con pantalón «collant» y chalecos fantásticos. Luego esas figuras hablan de cosas extrañas y cantan seguidillas pasadas por Bayreuth, tonadas complicadas al estilo germano y malagueñas y vitos y joberas de factura rusa o vienesa. ¡Qué de esfuerzos titánicos para desfigurar los temas, hacer que no se «peguen al oído» las melodías más vulgares y que se conviertan en trozos de «suites», pesadillas de los virtuosos! El resultado es algo estupendamente admirable desde el plano cerebral, algo que mata para siempre las ingenuidades primitivas, pero que se nos antoja exótico en fuerza de querer ser peculiar de nuestra raza; porque todo se inspira en una España que no es España y una música popular que no es ni ha sido ni puede ser música popular, y una vida, en suma, que no es la vida.

En un pueblecillo del bajo Aragón se dió no ha mucha el caso sorprendente de que los campesinos se acostumbraron a la oratoria. Todos los domingos el señor cura subía al púlpito y exhortaba a los feligreses a gustar «el placer de hacer bien», y todos le escuchaban embelesados. El maestro daba conferencias nocturnas acerca de la utilidad práctica de la instrucción elemental, y un viejo agricultor que había estudiado el bachillerato en sus mocedades les instruía sobre los procedimientos más usuales para el cultivo y la cría de animales útiles; pero un bello día llegó un fraile cultísimo y pronunció cinco prodigiosos sermones acerca de «la influencia de la teoría de la relatividad einsteiniana en la evolución y restauración de la fe como resultado de los datos inmediatos de la conciencia»; un inspector de escuelas, graduado en Lovaina, les habló de «la representación metafísica», y un ingeniero que había dado la vuelta al mundo del «fundamento de la mecánica racional y de la aplicación al estudio del universo de la teoría de las cuádras». Una vez que se ausentaron los nuevos oradores nadie se atrevió a reanudar las viejas conferencias. ¿Quién iba a osar hablar de cosas vulgares y pedestres después de escuchar a aquellos sabios? La verdad era que nadie los había entendido; pero ello no importaba: la ciencia era ciencia. Y cada ciudadano se puso a comentar lo que había oído, y a aplicarlo a la vida rural de la manera más bizarra del mundo.

El arte ha progresado: es mucho más sabio, más profundo, más admirable y prodigioso. Lo que ocurre es que ha perdido su sinceridad. Y los espectadores declaran unánimemente que la «Pepita Jiménez», de Albéniz, es infinitamente más bella que «Jugar con fuego», y que «El juramento», y que «La viejecita», y que «La revoltosa». Ahora lo que sucede es que nos parece cosa extraña, porque no estamos preparados. Ya vendrá el día en que todos sepamos contrapunto y penetremos en el alcázar misterioso en que se forjan las «suites», las «rapsodias» y las tramas dramáticas con muñecos de trapos policromos y en que se pintan los paisajes cubistas, y entonces ¡oh entonces! no volveremos a escuchar las zarzuelas del viejo repertorio, como los aldeanos del pueblecito aragonés no volvieron a querer escuchar las pláticas ingenuas del viejo pastorcito de almas ni las peroratas, faltas de sintaxis, pero impregnadas en perfume de terruño florido, del bondadoso domine.

Antonio ZOZAYA

"DOÑA FRANCISQUITA"

COMEDIA LIRICA, EN TRES ACTOS, LIBRO DE FRANCISCO ROMERO Y GUILLERMO FERNANDEZ SHAW. MUSICA DE AMADEO VIVES. ESTRENA EN EL TEATRO DE APOLO



ACTO I.—1. FERNANDO (JUAN CARRANDE).—2. CARDONA (PALACIOS).—3. DIRECTOR DE ORQUESTA (MAESTRO JUAN ANTONIO MARTINEZ).—4. FRANCISQUITA (MARIA ISaura)

Francisquita y Fernando: *Siempre es el amor, siempre es el amor travieso, y hace suspirar, y hace suspirar por eso.*



ACTO I.—1. DON MATIAS (RICARDO GUE).—2. FRANCISQUITA (MARIA ISaura).—3. FRANCISCA (FELISA LABAJO)

Don Matias: *Tantas veces pasé por esta calle, de la que sois el principal ornato, que mejor que Gifuentes y que Valle, sabría dibujar vuestro retrato.*



ACTO II.—1. FERNANDO (JUAN CARRANDE).—2. AURORA LA BELTRANA (CORA RAGA)

AURORA: *Escucha, mi bien: tú no debes tratar a tu nena, ¡mi vida!, con ese desdén. No digas que no; tú no debes querer a ninguna queriéndote ya...*

F. P. Trémas



Una de las escenas de "Doña Francisquita", estrenada en Apolo con formidable éxito.

27-X-923
EL ARTE LÍRICO ESPAÑOL

AIRES DE JUVENTUD

El arte lírico español había envejecido, y tanto, que ya escasas veces asomaba la cabeza, y se presentaba tímidamente, para hacer pronto mutis y dejar la escena a lo exótico, y de esto a lo más raquítico. La clorosis se había apoderado del pentágrama.

Ya, cuando se hacía una formación de zarzuela, al hablar de tiples no se preguntaba: "¿Canta? ¿Tiene voz?"... ¿Para qué? Ahora se averiguaba: "¿Es guapa? ¿Está bien formada?" Ya no importaba la cuerda de tenores, ni la de bajos. Solamente interesaba el barítono: "¿Viste?"... "¿Tiene figura?"... "¿Es joven?" También era lo de menos la voz.

Holgaba el ilustre tumbón Pepe Serrano; el gran baturro Pablo Luna seguía los pasos de Serrano, aunque lo disimulase dando partituras que fracasaban al galope, y Vives dormitaba sobre los laureles de la *Maruxa*, olvidándose de sus obligaciones para con el arte lírico, sin volver por la ruta clásica del *Don Lucas del Cigarral*.

A este propósito, hace algunos meses, preguntaban al maestro Vives.

—¿Qué le parece la música

de?... Ha tenido un éxito enorme.

—Es natural — respondió el maestro zumbonamente —. Ha triunfado por el artículo 29.

El arte lírico español, nuestra zarzuela clásica, acaba de presentarse en plena lozanía.

En noches pasadas, cuando asistíamos al estreno de *Doña Francisquita*, nos remontábamos a fechas ya muy lejanas, que parecían no volver. Con el triunfo de la nueva obra de Romero, Fernández Shaw (hijo) y Vives quedaban confundidos los sabios de teatro que suplen su estupidez con la afirmación petulante de que al público no le gusta lo serio.

¿Que no le gusta al público lo serio?... ¡Bah! En pleno triunfo del astrakán, *La casa de la Troya* y *Cobardías* se llevaban la absoluta admiración del público. Y sería es *La mala ley*, cuyo éxito no es preciso recordar.

Y sería es, volvamos a nuestro tema, *Doña Francisquita*. No confundamos lo serio con lo avinagrado.

Clásico el libro, inspirado en una obra del Fénix de los Ingenios, demuestra que es mejor mina la que ofrecen nuestros

clásicos, que aquella otra por la que se cuejan los que pudiéramos llamar afrancesados. Coger, por ejemplo, *Le bon Nicolás*, estrenado en París en octubre de 1880, y convertirle en libro de zarzuela española da menos resultado que el ir de la mano de Lope de Vega.

El hacer honor a la tonadilla regional y bucear en los ritmos del españolísimo compositor de *Pan y toros* y de *El barberillo de Lavapiés* es mejor servicio al arte lírico español, que el inspirarse en la música de negros.

De médula española *Doña Francisquita*, tiene la donosura de nuestras comedias clásicas, la picardía y observación proverbial en el autor glorioso de *Las castañeras picadas*, y la traza lírica de nuestras zarzuelas.

La fecha del estreno de *Doña Francisquita*, 17 de octubre de 1923, señala una gloriosa efeméride del teatro lírico español.

Postrado en el lecho, por un estado febril prolongado, el maestro Vives no pudo recoger directamente la impresión que en el público fué produciendo la partitura. Desde la cama, utilizando un micrófono, en los ratos que la fiebre le dejaba, escuchaba su obra, con la emoción consiguiente. La fiebre le vencía en el mismo momento en que él era vencedor ante un público que no

quiso mostrarse fácilmente contentadizo; pero que, cuando se convenció de que se le daba oro de ley, prorrumpió en clamores de homenaje.

Mary Isaura, Cora Raga, Casenave, Güell, Palacios y Frontera... Si hasta en la interpretación. Aquellas tiples, especialmente Cora Raga, parecían de la raza de aquellas otras que pasaron por los escenarios de Apolo, Zarzuela, Price... ¡Temporadas aquellas de *La verbena de la Paloma*, *Dúo de la Africana*, *Balada de la luz*, *Viejecita*, *Buena sombra*, *La revoltosa*, *La chavala*, *Venta de Don Quijote*, *Curro Vargas*, *María del Carmen*!... ¡Noches de *La bruja*, de *Jugar con fuego*, de *Las dos princesas*!...

Y una sorpresa: la presentación de Felisa Lázaro, haciendo un papel que, hasta en eso fué sabio el reparto de la obra. Al cabo del tiempo, al elevarse la escena de Apolo; al triunfar nuestra zarzuela, Felisa Lázaro recordaba las jornadas gloriosas, y la creadora de *El cabo primero* contribuía con su arte, en la modalidad trazada por los años, al resurgimiento de un género que ella sostuvo brillantemente.

Serrano, Luna... Hasta cuando ustedes quieran.

CÉSAR GARCÍA INIESTA

"La Esposa" 25 Octubre 1923.

ANOTACIONES

Decorados decorosos

Las tendencias modernas van rechazando lo cauduco en arte cada vez con más brío.

Un día son unos artistas y estudiantes los que apostrofán a un Jarado de pintura, que no provee una plaza de profesor de Colorido, por no premiar a un concursante poco académico.

Otra vez el público aplaude fervorosamente unas decoraciones sanas, limpias y artísticas, de tendencia más bien contemporánea, que le presentan en un estreno.

Sobre el primer caso ya se han hecho comentarios; se trata de los últimos gestos agrícos de los que pasaron y de cuya obra no ha de quedar recuerdo amable.

«Da aquella España que pasó y no ha sido; de esa que hoy tiene la cabeza cana.»

Como dice Machado.

Pero el que los artistas y estudiantes protestasen ruidosamente, es un signo de vitalidad que hay que recoger como una esperanza.

Doña Francisquita ha sido el éxito del año, de muchos años también; música excelente, fábula graciosa y bien construida, y *mise en scene* como lo podrían hacer en un buen teatro de París.

Por primera vez en Apolo se presenta una obra bien puesta. Trajes y decorados son exquisitos. Trabajo y años ha costado conseguir esto.

Antes de que viniesen los Bailes rusos, la cues-

tión de decorado no tenía la menor importancia; ya se sabía, había telones para jardín, bosque, gabinete y salón. Algunas veces la cosa era más grave; se trataba de una vista de Madrid, ó de Valencia, ó de Sevilla, y ya se sabía, que el Banco de España, el Miguelete ó la Giralda salían á escena fielmente reproducidas en el papel. El decorado solo servía para tapar las paredes del fondo del escenario á las madres de las artistas, y para indicar si la acción era en el campo ó bajo techado... afortunadamente aquello pasó.

En *Doña Francisquita*, la parte plástica es lo que debe ser, lo que era en los Bailes rusos, uno de los componentes más importantes de la obra.

El decorado da ambiente y es, en combinación con los figurines, un recreo para la vista, así como el resto de la obra lo es para el oído.

En esta obra, en todo momento, nos hallamos frente á una estampa, un grabado coloreado ó un tapiz, y las figuras se mueven y varían su composición constantemente.

El éxito obtenido esta vez aquí, y el logrado en Estava desde hace algunos años, donde ya se preocupaban eficazmente de esta cuestión, prueba que el público no es tan cécil como lo creen algunos empresarios, sino que cuando le sirven manjares exquisitos los aprecia, aplaude y... ocupa su localidad..

(¡Qué bien me vendría una máxima oportuna en latín, para dar fin á estas líneas!) Pero no sé el latín.

EDGAR NEVILLE

LOS TEATROS

APOLO

27-X

Una representación de «Doña Francisquita»
y apoteosis de Amadeo Vives

Amadeo Vives estuvo anoche por primera vez en Apolo después del estreno de «Doña Francisquita».

El autor de «Bohemios», que ha corrido los más duros temporales, que ha luchado bravamente hasta imponer su arte, que ha sido uno de los primeros en acudir a la lid en esta nueva cruzada por el resurgimiento de nuestro teatro lírico, cayó seriamente enfermo la víspera del día en que había de fallarse su producción.

Vives ha pasado en cama más de diez días, y en los primeros los médicos prohibieron en absoluto todo contacto con el enfermo.

Pero él estaba seguro, tan seguro del éxito de «Doña Francisquita», que el último día que acudió al ensayo de Apolo, cuando volvió a su casa cayéndose a pedazos, sin fuerzas siquiera para hablar, apuntó en un papel, que ha dormido con él bajo la almohada esos diez días, estas palabras, que no pueden ser más interesantes:

«Con los cortes que se ha dado al libro y la forma en que va perfilada la música, «Doña Francisquita» está ya completa. El gran instinto del público salvará lo demás. Tengo fe en el éxito. Tres números, por lo menos, merecen bien la pena del enorme esfuerzo—¡eso yo solo lo sé!—que tengo realizado.»

Y eso del esfuerzo era verdad. Porque Vives, sólo para documentarse en esta obra, se ha pasado los días enteros consultando los textos de la época. Y luego, en la composición, convencido de los riesgos que tenía, a sabiendas de que era esto algo muy serio, en lo que estaban fijos todos los ojos del gran público, no quiso dejar correr la pluma, prefiriendo edificar con el reposo que necesita todo aquello que tiene verdadera transcendencia.

El ha señalado en la partitura tres números porque su modestia—esa modestia de todo hombre grande—le impedía decir que de la cruz a la fecha todo se había hecho a satisfacción.

Luego ha sido el público el que se ha encargado de corroborarlo.

Y anoche, con toda la solemnidad de un acto definitivo, Amadeo Vives salió al escenario de Apolo para recibir el homenaje más grandioso y más entusiasta que haya podido recibir en su larga y gloriosa vida de autor.

La «Doña Francisquita» que vimos anoche en Apolo fué todavía mejorada a la del estreno.

Dueños ya de la situación los intérpretes, con el acicate del gran éxito obtenido en estos días, se matizó la obra, hasta con recursos ignorados, por algunos de sus elementos.

Por eso, si en justicia se ovacionó al maestro, en justicia también se ovacionó a los cantantes, que han sido los encargados de llevar a puerto seguro a «Doña Francisquita».

Para Mary Isaura hubo también anoche, como excepción, grandes aclamaciones; porque Mary Isaura—sin discusión una de las cantantes supremas de nuestro teatro de zarzuela—, además de haber hecho en esta partitura un derroche de facultades, tiene el gusto delicado de la artista de temperamento que estudia su papel en la verdadera esencia del personaje.

Y como «Doña Francisquita» es ella, y para ella ha sido escrita, Mary Isaura ha hecho a la producción todo el gran honor que merecía.

Una fiesta inolvidable la de ayer en Apolo. Tengamos esperanza de que esto sea la iniciativa de otros faustos acontecimientos para nuestro teatro nacional.

A. de la V.

CRÓNICA TEATRAL

EL ÉXITO DE «DOÑA FRANCISQUITA»

Años hacía que no era dado a los cronistas registrar un suceso teatral como el del estreno de *Doña Francisquita* en Apolo. Yo no recuerdo que se le pueda parecer otro que el de *La Malquerida*, de Benavente, o, por lo que cuentan, algunos de los más clamorosos de Galdós. En el género lírico habría que remontarse al *Curro Vargas*, de Chapí, de cuya primera noche guardan memoria algunos supervivientes al *finis Hispaniae* del 98.

Los aplausos, las repeticiones, los bravos, los vítores, llegaron, en ocasiones, no ya a interrumpir la representación, a borrar todo respeto a los convencionalismos escénicos, por mejor desahogar cada cual su regocijo en el entusiasmo general. Ausente, por enfermo, Vives, verdadero padre de la criatura, más de una vez tuvieron los actores que improvisar, en su nombre, sendos discursos de agradecimiento, ora lacónicos, ya elocuentes.

Desde aquel día se agotan los billetes en taquilla y una leyenda áurea sustituye en los mentideros donde se presagia el año cómico, a la negra que ya se cernía sobre la aventura hispano-americana del empresario de Apolo.

LOS ANUNCIOS DE «DOÑA FRANCISQUITA»

El señor Delgado, ducho en negocios teatrales, probó fortuna antaño en la Zarzuela con la compañía argentina de Muñio y Alippi. Un crítico, muy avisado y conocedor también de los públicos transatlánticos, le sugirió la idea de una excursión por América, bajo la dirección de Amadeo Vives, propulsor del género lírico español. Antes de verano se cerró el trato: Vives podía pensar en la realización del plan artístico, de que ha venido dando ejemplo, no obstante el apremio de las circunstancias y las contingencias de la vida teatral, en su ya numerosa obra. El programa con que se inauguraba este año Apolo, bajo los auspicios de Rossini y Barbieri, idea felizmente apuntada por sugestión en el cartel de Fontanals, había de culminar en *Doña Francisquita*, zarzuela imaginada por su autor con anterioridad, sin duda, al proyecto de su actual empresario; pero lograda, sin duda también, teniendo en cuenta la solemnidad teatral con que la temporada se anuncia: «Jira de intercambio hispano-americano». Lanzados al mercado del mundo en estos últimos años valores artísticos españoles que antes apenas si se cotizaban, no hay nadie tan capacitado para llevar a cabo esa empresa de expansión comercial —en todos los sentidos de la palabra, y claro que por delante el espiritual— como el autor de *Don Lucas del Cigarral*, de *Bohemios* y de *Colomba*.

Casi nadie se acuerda ya de que la *Aida* triunfal de Verdi se hizo expresamente para la fiesta del Segundo Imperio francés en la apertura del Canal de Suez. Conmemoración que aún trasciende, pese a la ignorancia con que la oyen hoy los espectadores de la Scala, del Metropolitan, del Colón o del Real, en las notas del «Oh patria mía!»

En quiebra por doquier la organización exclusivamente italiana del género gran ópera, la idea española de Vives, refundida, renovada con criterio propio, de los intentos de Bretón, de Chapí, de Emilio Serrano, hartos atenedos en sus obras grandes—que no son sus grandes obras—al fetichismo wagneriano, ¡y aun meyerberiano!, de su época, la idea española de Vives, halagadora de una tradición de *bel canto*,

que por todos los caminos del mundo vuelve ya a Mozart, puede ser con el triunfo de *Doña Francisquita*, si una primera meta para él, un punto de partida para los demás.

EL PADRE DE «DOÑA FRANCISQUITA»

El hombre de teatro requiere una predisposición especial, que tiene Vives. El hombre de teatro ha de ser más que nada, y por encima de todo, comunicativo. No se ha de entender el sentido religioso del arte teatral como falso acto de devoción supersticiosa—por donde nació muerto el wagnerismo—. Si no hay comunidad de sentimientos, podrá darse una manera de arte místico, sublimación, hasta la soledad infecunda, del lirismo; pero nunca el teatro. Vives sabe que al hombre—lobo para el hombre—se le gana por la melodía.

Se puede dar, de hecho se da más de lo conveniente, el músico sin talento. El músico y el pintor. Y hasta el poeta circunscrito a cantar lo que siente y padece. La arquitectura y la literatura requieren talento para componer y para discursar. Pues Vives, que es músico inspirado, y de los que suelen llamarse fáciles, no sólo por músico obtiene lo que se propone hacer, sino por hombre de teatro, condición en que se resumen muchas cualidades, irreflexivamente rebajadas al menoscabar el uso ese dictado, como es frecuente llamar hombre de mundo solo al que bulle y corretea en el ocio, por degeneración del verdadero sentido de la frase, que casi viene a querer decir en puridad lo mismo que hombre cabal.

Y ese es el secreto de Vives. Que tiene talento.

EL CUERPO DE «DOÑA FRANCISQUITA»

Vives ha tenido siempre predilección por la lírica—tan dramática—del siglo de oro español. Uno de sus primeros éxitos fué el *Don Lucas* refundido de *Entre bobos anda el juego*. Uno de sus más desinteresados aciertos, ya en estos últimos años, la serie de *Canciones epigramáticas*, sobre letrillas de Góngora y de Cervantes, cuya escasa boga, con relación a tantos *cuplés* infames, demuestra todos los días el mal gusto de las tonadilleras que no las cantan. Vives vió en la intriga fácil de *La discreta enamorada* de Lope un buen escenario. No era tarea sin tropiezos el realizarlo. El tino con que los señores Fernández Shaw y Romero lo han llevado a cabo excede al cometido que acostumbran los libretistas sin otro empeño que aparejar *números* al compositor. Con *Doña Francisquita* han servido a Vives las situaciones musicales que quería. Y no ha sido no, mero capricho ni simple preferencia escenográfica el que han obedecido los autores de la letra el trasladar la acción al siglo XIX, en pleno romanticismo ya. No bastaba a la intención de Vives el hacer la *españolada* de cromo. Ha querido, sí, hacer la *estampa española*. Y le hubieran faltado colores definitivos, a referirla solo al gran siglo. Si España ha tenido alguna vez realidad nacional, consistencia única, capaz de ser representada en un Madrid, conceptuoso y central, no había que cantar ese poema con el grito de ¡Tierra!, que daba un marinero al ver lo que fué América, grito sin eco entonces en las riberas del Guadalquivir; ni en el Escorial de Felipe II; ni en la Corte, con tan poca villa, de Velázquez. Tenía que ser después de la guerra de la Independencia. Y, aun más, el dejarse penetrar por el hervor romántico de Europa.

Doña Francisquita, tenderilla enamorada, es todavía la discreta enamorada, zalamera y traviesa de dos siglos atrás. Una mujer bravía—mucho más antigua y mucho más mo-

derna, porque vive aún ahora y ha de sobrevivir a las mudanzas de los Estados—le disputa su galán. No importa que al cabo, como en toda buena comedia, triunfe la virtud del justo medio. Cuando doña Francisquita y su galán sean viejos, Aurora la maja, o la chula, la castiza, seguirá cantando «el marabú».

Claro que *Doña Francisquita* no tiene moraleja, ni mucho menos intención alegórica. Pero los libretistas han sabido generalizar con evocaciones acertadísimas toda una tradición pintoresca. Descomponiendo el maniquí abultado de la protagonista y demás personajes de la farsa, se descubre el hilito de oro de la primera trama, con el que ellos mueven todo un retablo español, al que se asoman las musas de don Ramón de la Cruz, de Bretón de los Herreros y Moratín, de Ricardo de la Vega, y hasta ¿por qué no? de Carlos Fernández Shaw, López Silva y Arniches.

Dicho así, pudiera parecer la *Doña Francisquita* del hijo de Fernández Shaw y Romero un a modo de mosaico o revista. Su mejor precio está, por el contrario, en la habilidad con que esos elementos aparecen dispuestos para su fusión en la música de Vives. Algunos cantables, por exigencias del ajuste rítmico sin duda, desmerecen un tanto. Son muchas más las ocasiones en que la letra y la letrilla sirven a la obra musical con verdadera gracia.

EL ALMA ESPAÑOLA DE «DOÑA FRANCISQUITA»

En ese cuerpo ha infundido el maestro Vives un alma amabilísima. *Doña Francisquita* tiene un semblante gracioso, risueño, simpático, encantador.

Claro se ve el propósito del músico: representar en Madrid la meseta central del alma española. Dos mujeres se disputan a un hombre: Doña Francisquita canta en trinos y gorjeos de aire italiano—los motivos españoles cobran en su garganta, fiel reflejo del pensamiento del autor, una gracia resabidilla. Como una verdadera española que imitara a la Rosina de Rossini. Aurora tiene el apasionado acento grave, que supieron oír Merimée y Bizet.

Pero hay en mi entender, sobre toda otra cualquiera condición por brillante que sea, una en que la obra de Vives adquiere relieve especialmente dramático: la del personaje don Fernando, en cuyo ánimo batallan los dos amores, si no místico y profano, casero y nómada.

No es, no, aparte la inspiración en que le llevan la delantera de su consagración ante los *dilettanti*, un Almaviva, ni un Don José, aunque a los dos nos recuerden su apostura, su voz, su sentimiento lírico. Lo mismo Almaviva que el capitán de *Carmen* cantan solos, magníficamente, pero sin que en su canto se descubra la sinceridad de su pasión, por propia y deliberada voluntad de su creador. Mientras que, en el Fernando de *Doña Francisquita* riñen batalla verdaderamente el gorjeo de pajarín con que le ha picado en el corazón la enamorada discreta, y el amor jacarandoso de la hembra del pueblo. El drama lírico tiene en ese respecto su mayor eficacia, cuando solo en escena el amante, monologa en seguidillas populares, impregnadas de cierta galanura romántica. Oyéndole nos pasa a los literatos por el recuerdo la sombra de otro Figaro, el suicida, en cuya suerte, incluso en la personal, quieren ver las nuevas generaciones ese punto de contrición de cada uno, presagio de la salvación nacional.

Mas he de insistir, para que no desvirtúen mis digresiones la significación de la zarzuela de Vives, en que sólo al poder

de sugestión de tal música dramática, se pueden atribuir las intenciones sobre que voy divagando; que de existir en el escenario de *Doña Francisquita* no se manifiestan nunca por otros modos que los del sentimiento directo.

Y claro que su mayor virtud está en haber estilizado, temas, motivos, aires populares, con cadencias, arias y trinos, que sin ser pura alegoría, ni mera reconstrucción erudita, viven por el eco que levantan en el ánimo español o en el simplemente humano.

Sabiendo como sabe Vives hasta qué punto la música de teatro no sólo ha de entrar por los oídos, sino por los ojos, dicho se está que la alegría exterior, el brillo, el color y hasta el estruendo, se combinan equilibradamente con la gracia, la donosura, la picardía, la finura. El ambiente, tan sobrio y con tal animación conseguido desde la primera escena callejera, de mañana madrileña perfumada de pregones; la ponderación de la nota cómica alternada en progresión creciente con la patética, hasta el duo de Fernando y Aurora; la clamorosa y jocunda irrupción del coro, estudiantinas, carnavales y jaleo flamenco; todo ello está conseguido musicalmente con un brío, una facundia, una ironía, preciosísimos y deliciosos.

La nota irónica de *Doña Francisquita*, me parece, con relación a toda la obra anterior de Vives, lograda muy particularmente, es decir, con cierto prurito intelectual que quizá hasta ahora no se manifestaba tanto en sus escritos en clave musical, como en sus escritos literarios.

LOS COLORES DE «DOÑA FRANCISQUITA»

Fontanals, tan celebrado en sus escenarios de *El pavo real* y *El niño de oro*, pongo por éxitos suyos más recientes, no ha obtenido el mismo consenso unánime de la crítica, con ser para mi gusto mucho mejores las decoraciones y los trajes, la disposición de las figuras, el conjunto escénico, en fin, de *Doña Francisquita*.

La plaza en Madrid; las afueras, con la Villa y Corte desde un ventorrillo, del segundo acto; el patio del baile de Cuchilleros en el tercero, son adecuadísima evocación de la comedia imaginada por Vives; que no es en modo alguno una comedia realista, en el sentido más grosero de la palabra, sino estilización de un natural de suyo pintoresco. Quizá ha pintado un Madrid más zuloaguesco que de Goya, más dorado, menos blancuzco: la segunda y la cuarta decoración recuerdan las que el propio Zuloaga pintó para «Goyescas» en la Opera de París. Algunos detalles de entonación—sombra de los porches, desolación triste del miércoles de Ceniza en el canalillo madrileño—algunos grupos, casi todos los trajes, sirven a maravilla la estampa que Vives quería representar. Lástima que en escena tan bien dispuesta, desentonen algunos disfraces de guardarropía, que el pintor, sin duda, no ha podido incluir en los gastos de vestuario y decorado; pero que la Empresa sustituirá, visto el éxito rotundo de sus esfuerzos. La *Doña Francisquita* de Fontanals aventaja los mejores recuerdos del italiano Caramba, y aguanta el parangón con algunos escenarios rusos tan aplaudidos en Madrid.

LA COMPAÑÍA DE «DOÑA FRANCISQUITA»

Vives ha seleccionado un buen conjunto de intérpretes dentro de lo posible. Se destacan una excelente contralto y brava actriz: Cora Raga, nueva en esta plaza, y aplaudida con entusiasmo, el tenor Casenave, insinuante y justo como actor y como cantante de estilo, la señorita Mary Isaura, soprano lírico de limpios agudos, el señor Palacios, acertadísimo gracioso y buen cantante sin voz, y la veterana señora Lázaro, experta en el género. El director de orquesta, un héroe ignorado de la generalidad del público y acreedor meritísimo a los aplausos que premian sus sudores.

"DOÑA FRANCISQUITA"

Una obra limpiamente española



El maestro Vives.

y la ambición, y no puede la pobrecilla arrajar a los que detentan su arte, a los come-ciantes, traficadores y fulleros que la de honran.

Para nosotros es demasiada empresa. Aur que tenemos el biceps endurecido y el látig muy resistente, nos consideramos poco par tanto malandrín. Son muchos los que roe las vestiduras de la diosa y hay que acercor se a ellos con mucho cuidado.

Pero nos acercaremos y procuraremos



Leopoldina.



Romero y Fernández Shaw.

Atentos siempre a toda manifestación de la vida española, recogemos hoy en nuestras páginas el suceso halagador que significa el éxito obtenido por la zarzuela netamente española *Doña Francisquita* en el teatro de Apolo. Si como periodistas tenemos el deber de reflejar las actualidad sobresaliente de la semana, como hombres de ideas estamos en la obligación de no desdeñar las manifestaciones artísticas, porque ellas suelen ser siempre las precursoras de todas las inquietudes espirituales.

Y en este punto, el teatro es lo que más necesitado se encuentra de que un furioso vendaval acabe con el tinglado de su intensa farsa. Desgraciadamenmte, aquí, en España, todo eran, o mejor dicho, todo son tinglados y tingladillos de intereses, medianías adoce-nadas y cucos de última hora.. En la política no se triunfaba por el propio valer, sino por el compadrazgo, la sumisión, el corretaje o la tercería lujuriosa.

En fin, que, mírese por donde se mire, también está haciendo falta en los dominios de Talía que entren unos cuantos abnegados caballeros a libertarla. Está la diosa aprisionada entre las cadenas que forjaron el interés

cumplir con nuestro deber, firme el ánimo y resuelta la vocación, sin contemplaciones, amistades o intereses que nos detengan, y puesta la mira en el ideal y en el pueblo, las únicas majestades que voluntariamente admitimos y respetamos...

Doña Francisquita es una zarzuela española que nos han servido los Sres. Romero y Fernández Shaw, musicada por el maestro Vives con enorme y visible acierto.

Si los autores de la letra llevan en su ánimo un honrado propósito de restaurar la zarzuela clásica española, el juicio que merece su obra es bien distinto del que provocarían si sólo atienden a producir libreto y cobrar unos trimestres.

En el primer caso todo estímulo nos parece poco. La tradición escénica española se ha ido perdiendo entre los exotismos malabares de unas operetas y de unos bailables lascivos, y, francamente, está haciendo fal-

de *Maruxa* es hombre tan fecundo de inspiración y tan culto, que no caben en él las equivocaciones. Claro es que *aliquando dormitat Homerus*; pero el maestro Vives es de los que no se duermen nunca.
Doña Francisquita le ha dado motivo, por

ta que alguien inicie la marcha por los caminos nacionales.

La música es del maestro Vives. Con esto parece que está dicho todo, porque el autor



Palacios.



Mary Isaura.

su acción, que transcurre en pleno período romántico, para componer una música netamente española, pletórica de sabor nacional e inspirada como pocas. Los fandangos, los boleros, las seguidillas y las páginas sen-



Casanave.

timentales de los dúos evocan con fidelidad aquel tiempo feliz de nuestros abuelos, en que una sonrisa de Isabel II a O'Donnell les hacía creer en el liberalismo de la Corona.

Mucho tiene de sugestivo el ambiente romántico. Con poco que el libretista y el músico pongan de su parte, el espíritu se siente atraído siempre hacia esos vendavales de pasión y fantasía. El maestro Vives ha tenido el acierto de resucitar, con ventaja, aquella música alegre y apasionada, casca-



Cora Raga

(Foto. Martín.)

belera y espiritual, con que nuestro buen pueblo distraía su vida en los días vergonzosos e impúdicos del reinado de Isabel II. Vaya, pues, nuestro aplauso al compositor, al maestro, al artista que ha sabido derrochar en esta obra su inspiración, siempre fresca y lozana, su dominio de la técnica, su especial *savoir faire* y su adaptación al momento sin apelar a habilidades ni latiguillos.

Y no le extrañe al lector que aplaudamos con tanta fervoridad. En los tiempos que corremos, los escarpelistas están de más; sólo tienen puesto libre los *claquers*. Y nosotros, francamente, de todo lo que vemos y presenciamos lo que más creemos digno de aplauso es la labor del maestro Vives.

La interpretación fué ajustada al mérito de la obra. Mary Isaura, Cora Raga y Casenave derrocharon su arte y sus facultades escuchando justos y merecidos aplausos.

Los demás, muy apropiado y contribuyendo con su esfuerzo a un triunfo legítimo de esta zarzuela netamente española. Igual puede decirse de la orquesta, sin regateos ni reservas de ninguna clase para su labor artística.

La presentación escénica de la obra, bastante acertada.

En una palabra: *Doña Francisquita* es un éxito del maestro Vives, que ha tenido, además, la fortuna de que sus colaboradores y auxiliares e intérpretes estuviesen igualmente inspirados en la hora de la ejecución.

Enhorabuena a todos.

ANTON CABALLERO

a Madrid lo que el espíritu al cuerpo humano.

Plácido, humilde, por costumbre, el Manzanares tuvo días de mal humor, y entonces arrolló con ímpetu huertas y tenderetes. Produjo llantos, quejas. Sus riadas tuvieron la importancia de las de los ríos siempre caudalosos. Parecía responder a las chuffas diciendo:

—Conque ¿aprendiz de río?

Peró, las necesidades de dar ensanche a Madrid, de cambiar la fisonomía de la Villa y Corte llevó al planeamiento de un proyecto comenzado hace unos diez años: la canalización, comenzada en los M... hasta el Puente de Toledo, y que ha... hasta el Puente de los Franceses... canalización... aneja una mejora urbana muy importante.

Hace falta que, ya que al Manzanares se le "quita el tipo" a fuerza de hormigón, se realicen pronto las obras y ese cinturón que formará el canal esté poblado de hoteles y huertas.

Mucho tememos que esta gran reforma se retrase; porque probado está lo anárquicamente que por el Municipio, con la complicidad del Estado, se hace la reforma de Madrid, que necesita de una expansión, y para esto se elaboran proyectos y más proyectos, desentendiéndose en todos de las riberas del Manzanares, que nada tienen de despreciables, antes al contrario.

LOS MEJORES CALZADOS PARA NIÑOS

— Marca SUG... —

En todas las buenas zapaterías

Fábrica: Doctor Fourquet, 22

MADRID

neros (en la Huerta) los carros, y allí cargaban, vendiéndose la arena a 5 y 6 pesetas el metro cúbico. Para preparar el avance del canal, en 1915, se tapó dicho vado, y entonces, los areneros tuvieron que ir al vado de Puerta de Hierro. La empresa encargada de las obras del canal cobró a cinco pesetas la extracción del metro cúbico de arena, porque ella, con vagonetas la portaba a la orilla. Esto encareció el precio de la construcción, que pasó a tener un precio de 15 pesetas.

Esto... al fin y al cabo... suponía un

se... carácter... perdie... no pa... valio... str... personaje de la vieja política... Fomento, regaló a una... creto, que a nosotros nos... actuación ministerial, y de... ve por lo que representa. No es... que quien otorga la merced no se luere con ella; si la merced significa, en fin de cuentas, un luero ilegal, la inmoralidad en la administración pública subsiste.

El Real decreto de Fomento... a una pe... lusiva de... sobre las arenas del Manzanares. Ha... un ministro dispuesto en beneficio del... tado de las riberas del Manzanares y ya con ello atropellaba el dominio munic... o disculparía el que el Estado... beneficiarse con el atropello. Pero... as?

menudación!

un monopolio que el Es... para obtener una renta. En este caso, el Estado es tan generoso, para satisfacer al aludido personaje, que concede gratuitamente el monopolio.

¡Vaya suerte!

"Heraldo de Madrid" 27 Octubre 1923.

CHARLAS TEATRALES
TALIA MURMURA

—Mientras la gente sigue comentando el éxito enorme de «Doña Francisquita» y la enfermedad del maestro Vives...
—Ha sido una enfermedad auténtica ¿eh? algo de nefritis.
—Miedo a un estreno en el que exponía tanto. ¿Usted no sabe que la mayoría de los niños cuando se van a examinar, por temor al acto del examen, padecen de poliuria?
—Seguramente esa ha sido la causa de la enfermedad de D. Amadeo; porque se agababa mucho en el encuentro. ¿Si llega a equivocarse!...
—¡Ah! Nosotros los primeros que le hubiésemos puesto verda. Pero, por fortuna, ya acertado en pleno.
—Sí, señor; y benditos los artistas que tienen exigencias y exigencias grandes; cuanto mayores, mejor.
—¡Claro! Cuando se les toleran es que valen mucho.
—En el toreo, cuando existían Joselito y Belmonte, todos los empresarios se lamentaban de que si el uno imponía a su hermanito y a su papano; que si el otro exigía las reses de tal vacada y que los carteles fueran color azul marino. Pero se acababan los billetes en la mayoría de las funciones.
—En cambio ahora...
—¡Bendito sea Vives, que sabe y puede exigir!
—Lo que nos hacían falta a todos, eran seis u ocho Vives por lo menos.
—Como que hasta Pascual Frutos está encantado con el triunfo de Apolo. ¡Ve una de «Maruxas» en lontananza!...

"Heraldo de Madrid" 29-X-23

EL ÉXITO DE «DOÑA FRANCISQUITA».—En los círculos teatrales, allí donde se reúne gente que tiene relación con la vida artística en este ramo de su actividad, se comenta con verdadero calor la firmeza del éxito de «Doña Francisquita», que mientras más representaciones alcanza, más conquista el entusiasmo del público y mayores encomios merece. La linda partitura del maestro Amadeo Vives, por su riqueza melódica, por su inconfundible carácter, por su castizo españolismo y la belleza y la gracia de sus pasajes encantadores, brinda en cada audición con una novedad que despierta en el ánimo del espectador culto el deseo irresistible de volver a escucharla. Esta es la razón que escuda a los profesionales del teatro, perplejos ante la fuerza de una obra que se sobrepona por sus méritos a la profunda crisis actual, empujando siempre a una cantidad de público que excede en mucho de la cabida normal de las salas de espectáculos donde se ha representado. La escasa duración de esta temporada, en la que se despiden los meritísimos artistas que integran el notable conjunto de la compañía lírica más importante de España, explica fácilmente la extraordinaria concurrencia y la anticipación con que son encargados en Contaduría palcos, butacas y toda clase de localidades.

Teatro



APOLO.—*Doña Francisquita*, comedia lírica en tres actos, de los señores D. Guillermo Fernández Shaw y D. Federico Romero, música del maestro Vives.

Si en la literatura hubiese lo que llaman los teólogos conciencia escrupulosa, los señores Romero y Fernández Shaw serían cumplido ejemplo de aquella manera de comportarse.

La discreta enamorada de Lope trae al recuerdo al fraile dominico y obispo italiano Mateo Bandello, en cuyas novelas se inspiraron de continuo los grandes escritores de los demás países: Lope, Cervantes, Shakespeare, Molière, el mismo Lord Byron...

Lope y Bandello son demasiado conocidos. ¿Por qué no acudir en busca de asunto bonito para una comedia a los numerosos *Decamerones* que se escribieron en Italia imitando el de Boccaccio, o bien a las novelas de Massuccio, Lasca, Giraldi, Straparola y otros noveladores italianos que al comenzar el siglo XVI seguían las huellas de Sacchetti, Pulci, Berni, Ariosto y hasta Lorenzo el Magnífico? ¿Por qué no llevar al teatro, sin citar su procedencia, cualquiera de los cuentos que hay en el *Heptameron* de Margarita de Navarra?

De hacerlo así, el vulgo, y aun quienes conocen la literatura en la letra pero no en el espíritu, se habrían tragado la partida y los autores de *Doña Francisquita* hubieran llegado a los ojos de muchos espectadores, al colmo de la originalidad.

Romero y Fernández Shaw no quieren renunciar a su probidad artística. Antes que comediógrafos son caballeros, y declaran noblemente los orígenes de su inspiración. *La discreta enamorada* de Lope es, pues, el precedente de *Doña Francisquita*. Los autores, al preferir un tema ya consagrado, han puesto una vez más de manifiesto su inteligencia y su buen gusto. Bandello y Lope representan la pura tradición latina, la buena cepa del clasicismo escénico, y en el cañamazo de la obra que se da en Apolo todas estas noches, adviértense los hilos de oro de la *commedia dell'arte* y tal vez pudiéramos llegar desintegrando en minucioso análisis los elementos que la forman, a las *farsas atellanias* de Roma y a la misma *Casina*, de Plauto, que sería la fuente más remota de *Doña Francisquita* en lo que hace a la rivalidad de un padre y un hijo, si Plauto no hubiera tomado el asunto de su comedia del griego Difilo.

Claro que Lope y los adaptadores y arregladores de su *Discreta enamorada* dan la obra limpia de las escabrosidades e indecencias que hay en el autor griego y en el autor latino, y quitan el eje de la acción a la rivalidad amorosa de hijo y de padre, para dárselo a las ingeniosidades, discreteos y argucias de una joven que finge amar al padre con objeto de que no se le escape el hijo, a quien ama y de quien es correspondida.

Fernández Shaw y Romero han trasladado este argumento, tan clásico por naturaleza, al Madrid del romanticismo, pocos años después de haberse suicidado Larra. No por ello pierde. Se puede ser romántico sin renunciar a la herencia clásica. Recuérdense las ya citadas influencias de Ban-

dello sobre Lord Byron y también el teatro de Musset.

En *Doña Francisquita*, como en la *Discreta* de Lope, los caracteres están ya formados; quiero decir que la psicología de los personajes se ofrece de manera estática, acabada, como escultura de bronce o de mármol, no como estatua de carne sujeta a las modificaciones, impulsos y atractivos que la vida presenta. Este procedimiento intelectualista de crear y pintar los diversos tipos de la sociedad es tan legítimo, como el otro que nos hace ver la entraña viva y sangrante en ocasiones de los héroes dramáticos y que culmina con mayor claridad en las tragedias de Corneille y Racine. En la *Discreta enamorada* y en su arreglo escénico no son los personajes los que hacen la obra; es la obra la que justifica los personajes. Son estos efecto y no causa, medios y no fin. Lo principal aquí es una cualidad, no una persona. Por eso en el título de la comedia de Lope no figura el nombre de Fenisa, y acaso pudiérase reprochar a Romero y Fernández Shaw el título de su nueva obra. A la linda Doña Francisquita solo la vemos por un lado, por el de la discreción que aplica al sentimiento amoroso en una sabrosa síntesis de feminidad; pero ¿cómo es Doña Francisquita en otros aspectos de su ser y de su existencia? ¿Cómo será cuando se case con don Fernando Soler y transcurran los años y tenga hijos y nietos?

Si la comedia lírica de Romero y Fernández Shaw estuviese condenada a vivir solamente unos años, unos meses o unas semanas, como la mayoría de las piezas que se estrenan por esos teatros de Dios, me callaría en cuestión de tan poca monta. Como es obra que ha de incorporarse al repertorio, porque no desmerece al lado de muchos sainetes de D. Ramón de la Cruz, conviene hacer esta observación. Molière se guarda de titular Harpagon a su comedia *El avaro*, aunque pudiera hacerlo como lo hizo en *Tartufo*. Los títulos de nombres propios tienen mucho peligro, y unos autores del talento de Fernández Shaw y Romero deben evitarlos.

Dije bien al asegurar que el libro de *Doña Francisquita*, es comparable a algunos sainetes de don Ramón de la Cruz. Desde luego, letra y música marcan fecha en la historia del teatro español moderno. Ya no es justo quejarse de que la zarzuela clásica española esté en decadencia. No exagero al decir que la obra de Apolo es superior a *Jugar con fuego*, lo mismo en el libro, que es aquí de Ventura de la Vega, que en la partitura, firmada por Barbieri, y como no he de ofender a los libretistas de la «discreta enamorada», no menciono otras zarzuelas que llevaban firma y sello de Camprodón.

No tiene *Doña Francisquita* chistes chabacanos ni retorcimientos de frase, ni situaciones burdas ni otras monstruosidades que hallamos en piezas pagadas y aplaudidas por el vulgo necio, y de las que no suelen verse libres las zarzuelas de mayor boga, llámense *El asombro de Damasco* o *Benamor*.

Entre la nueva obra de Vives, y las piezas que por ahí se gastan, hay la misma diferencia que entre el oro legítimo de muchos quilates y un objeto de tierra grosera revestido con lámina de estaño. Lo cómico surge en *Doña Francisquita* de las situaciones con fluidez y naturalidad que encanta. Los autores han dispuesto la acción con una sencillez y una elegancia que son más de admirar en cuanto incorporan un asunto italiano con dejes de clasicismo antiguo, el Madrid romántico de Lucas y de Alenza, que en parte recogieron la herencia de Goya.

Doña Francisquita es un aspecto más, un ejemplar nuevo, del triunfo de la juventud so-

bre la vejez; de la primavera sobre el invierno frío; de los nobles sentimientos sobre los egoísmos y ridiculeces de la decrepitud. Hay en la letra y la música dosis bien marcada de espíritu latino ataviado a la española. Libretistas y compositor han incorporado el alma de nuestra tierra—¡bien lo necesitábamos en el teatro!— y han hecho brotar algo así como una chispa con los arranques de la Malasaña que toma carne y vida en el tipo de Aurora la Beltrana y triunfa en su calesa al finalizar el acto primero; mientras el libro, la música y la admirable dirección escénica se armonizan y sirven a los espectadores una nota de color de las más vibrantes y conmovedoras del teatro actual al menos para quien sabe comprender y sentir.

El maestro Vives, que es, además de compositor inspirado, musicógrafo y erudito en varios saberes ha escrito una partitura que es un primor. Otros compositores que quieren llevar al pentágono temas populares, caen en lo vulgar cuando no falsean los aires que constituyen el *folk love* musical y nos presentan, combinados los elementos más o menos sabiamente y con mayor o menor picardía en el manejo nunca legítimo de trucos y escamoteos, algo tan distante del verdadero pueblo como ciertos medios sociales cosmopolitas lo están, por ejemplo, de la verdadera aristocracia, aunque los miopes y los poco acostumbrados a estos achaques confundan una y otra cosa.

El maestro Vives, corresponde a la honradez del libro con honradez igual. Dentro de los cauces populares no ha buscado el aplauso fácil ni tampoco lo populachero, que habría de convertirse en desahogos, gritos y deleites de *pot-bouille*, título de una novela de Zola, yo que traduciría con este otro castellano «mientras cuece el puchero».

Vives ha preferido simbolizar en su obra el alma del verdadero pueblo de Madrid, ajustándose siempre a la nobleza y sabor clásico del libro, más en armonía con su temperamento que verbigracia el naturalismo de la *Louise* de Charpentier. En la partitura de *Doña Francisquita* todo es legítimo, sincero, sentido en el corazón y expresado de manera noble, sin concesiones a lo vulgar y pegadizo por una parte y sin inclinarse por otra a lo pedantesco, exótico y áspero de una música que pretende ser sabia porque destruye la melodía y lleva por objetivo a quienes la cultivan, el gusto de resolver dificultades y salvar obstáculos, como si se plantearan y solucionasen problemas de matemáticas superiores, funciones abelianas o cosa así.

La presentación escénica está en concordancia con los méritos del libreto y de la partitura.

En la interpretación sobresalen: Mary Isaura, que canta con mucho gusto y exquisitez y da vida con su arte de comediante a la protagonista; Cora Raga, encarnación perfecta del personaje de Aurora y a quien hemos de ver muy pronto de actriz y cantante de primera línea, pues en el famoso duo del segundo acto no anda lejos de Rosina Storocchio, en la escena de San Sulpicio de la *Manon*, de Massenet; Felisa Lázaro, siempre tan dueña de la escena; el tenor Casenave, muy en su papel y cantando con perfecto equilibrio y mucha ponderación; el barítono Palacios, siempre simpático, buen cantante y luchando con las dificultades de un *travesti*; Güell, actor excelente... Las segundas partes y los coros muy ensayados, contribuyen al conjunto inmejorable. Amadeo Vives, Guillermo Fernández Shaw y Federico Romero, continúan con esta obra la historia gloriosa del teatro español, como Cánovas continuaba la de España.

LUIS ARAUJO-COSTA

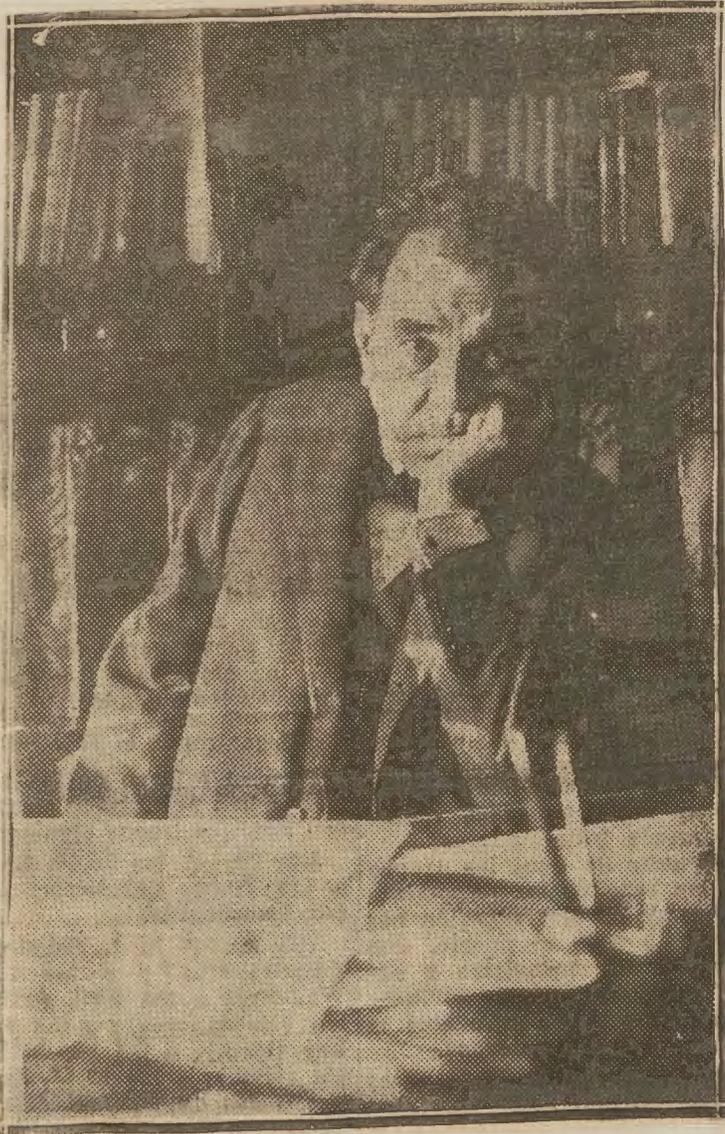
Op. 26-7
Después de un éxito clamoroso
En casa del maestro Vives

**EL GLORIOSO PALADÍN DE LA MÚSICA ESPAÑOLA
NOS REVELA EL SECRETO DE SU TRIUNFO**

Aguardamos al maestro en su gabinete de trabajo. Mientras llega, nos dedicamos a curiosear los papeles que, en abigarrada profusión, aparecen

ción que de ellas me hacen ver que no han salido "máscaras de sabor popular", sino disfraces "cursis".

La máscara se determina en



extendidos sobre el cristal preservador de su espaciosa mesa.

Cartas, libros, papeles de música, telegramas, obras de teatro...

Tras una exploración breve, nuestros ojos descubren un "block" pequeño que nos llama poderosamente la atención. En su primera hoja, escritas con lápiz y en letra de vacilante y nerviosa desigualdad se leen dificultosamente las siguientes palabras:

"Ruego que arreglen las máscaras, pues por la descrip-

el traje; el disfraz, en la persona.

Yo quiero máscaras, y no disfraces."

La deducción de este filosófico aviso, dirigido a una Empresa indudablemente, nos retrata con toda fidelidad el espíritu analítico y de observación profunda con que el maestro avalora sus producciones literarias.

—Ustedes perdonen que les haya hecho esperar—nos dice

al presentarse—. Estaba tomando el caldo, y es por esto por lo que tardé un poco. Ustedes no pueden imaginarse el trabajo que me cuesta tragar. No sé tragar.

—¡Si a los viejos políticos les hubiera pasado lo mismo, otro gallo nos cantara!

—Supongo que eso de los gallos no lo dirá usted con segunda.

—¡Dios me libre! Antes de entrar en materia, ¿qué tal va esa salud?

—Bien, va bien. Ya, como ven ustedes, puedo levantarme, y hoy me ha recomendado el médico que salga a dar una vueltecita, recomendación que pienso atender si no se opone a ello el Directorio.

—¿Por qué va a oponerse, maestro?

—¡Como ha prohibido el hacer caso de las recomendaciones!

—¿Cuándo piensa usted ir al teatro para recibir personalmente el trofeo clamoroso de su triunfo?

—Dentro de dos o tres días. El jueves seguramente.

—El público y los artistas arden ya en deseos de verle por Apolo para poderle ofrecer el testimonio entusiasta de su admiración y de su gratitud por la joya valiosísima de arte puro con que su musa, siempre triunfante, acaba de enriquecer nuestro teatro lírico nacional.

—Gracias, muchas gracias por sus elogios, que estimo y me halagan, claro está, pero no me envanecen. Estas satisfacciones que el éxito proporciona, aun siendo, como son, muy intensas, no llegan a deslumbrarme ni a hacerme perder el sentido de la realidad. En el teatro, usted ya lo sabe, todo depende de las circunstancias. Los autores modernos, excesivamente influenciados por

el cosmopolitismo reinante, rendían un culto demasiado ferviente a la moda "foxtrot-ril", mucho más fácil de cultivar, por su ligera y frívola textura, que la melodía castizamente española, de rigurosa sobriedad en sus bellas y sencillas tonalidades. Se imponía el patriotismo. Era preciso purificar el ambiente, regenerar el paladar del público ofreciéndole un vino nuevo con la sople de las viejas odres.

—Y esa fué, sin duda, la idea que presidió su intento al escribir "Doña Francisquita".

—Ciertamente. Quise llegar al corazón del público.

—Y lo ha conseguido, maestro.

—Por las noticias (a causa de esta enfermedad que me retiene en casa, sólo por las noticias puedo formular juicios), por las noticias, repito, parece que sí.

—¿Acaso duda usted todavía de haber triunfado?

—¡Es el triunfo una cosa tan difícil cuando no se llega al corazón de la gente! ¡Y qué fácil cuando se llega! He aquí el secreto fundamental de los verdaderos éxitos teatrales. Como en los duelos a muerte (sin reconciliación "digestiva"), el arte dramático y musical exige tirar siempre al corazón. No voyan ustedes a creer por esta declaración mía que estoy satisfecho de mi obra. No. Yo soy un poco exigente en esto, y el éxito de "Doña Francisquita" no colma la medida de mis aspiraciones. ¿Podré lograrlo algún día? ¡Quizá cuando en España la sensibilidad de nuestros artistas de teatro se someta al encuzamiento de una severa educación artística imprescindible, dispensándole al detalle un poco más de cuidado que ahora. Así, cada uno se especializaría en un género, y todos, disciplinados, llegarían a ofrecernos el conjunto armónico preciso para producir en el auditorio la profunda y sana emoción estética. ¿Ustedes recuerdan la compañía de bailes rusos? ¡Oh, qué magnífica organización! ¡Qué estudio más atinado y escrupuloso de la luz, el color, los movimientos! Allí no había nada insignificante. Todo, aun lo más nimio, al parecer, tenía importancia. Por eso cautivaban nuestra atención y despertaban nuestro entusiasmo. ¿Llegarían los artistas españoles algún día a la perfección ideal de estos conjuntos?

—¿De modo que usted, maestro, es partidario decidido de los "especialistas"?

—¡Ah, sí, señor! Me molesta la gente que presume de servir para todo. Opino que ésta es la demostración más convincente de que no sirve para nada.

—Así es, en efecto. Y ahora, una pregunta muy interesante: ¿Usted escribió la partitura de "Doña Francisquita" abrigando, si no precisamente la seguridad, unas esperanzas muy grandes en el triunfo?

—¿Por qué me dice usted eso?

—Tengo una razón. Hace algunos meses vine a usted con el propósito de que me relatara la historia de su mayor éxito, ¿recuerda?

—Sí.

—Y usted, después de exponer la inoportunidad de semejante información, alegando, en su abundamiento, que el nombre de Vives estaba oscurecido, agregó, con acento de ostensible firmeza: "¿Por qué no lo deja usted para cuando estrene en Apolo "Doña Francisquita"?"

—¿Dije yo esto?

—Sí, señor. Puedo asegurarlo.

—No sé... No sé.

Nuestro diálogo se interrumpe para saludar al empresario de Apolo, D. Francisco Delgado, el cual, satisfecho y sonriente, se dirige hacia el maestro y comienza a referirle las incidencias del estreno y sucesivas representaciones de la obra.

—Anoche—dice—estuvo la infanta.

—¿Preguntaría por mí?—interroga el maestro, convencido.

—Sí. Salió encantada, prometiendo volver. Lo mismo le pasa a todo el mundo. Infinidad de espectadores salen del teatro repitiendo que necesitan ver la obra tres o cuatro veces. Ese es el mejor reclamo: la opinión del público. Usted no sabe, maestro, la impaciencia que hay en la gente por conocerla. El entusiasmo es general. La romanza y el dúo continúan arrebatando. En el teatro, cuando llegan estos dos números, cómicos, asistencias, empleados, todos abandonan las visitas o lo que tengan que hacer, y corren presurosos y anhelantes al escenario, excusándose con la frase de rigor: "Perdone, voy a oír la romanza... Voy a escuchar el dúo..." ¡Cuánto gusta! Sin embargo, Casenave no ha vuelto a cantar el dúo como lo cantó la noche del estreno, cuando se lo hicieron repetir. ¡Ni volverá a cantarlo seguramente! Fué uno de esos momentos inolvidables en que el artista, dominado por la emoción, y prescindiendo de estudiados efectismos, "se entrega", como dicen los toreros, al influjo supremo de una maravillosa inspiración. Allí estallaron los vivas a Vives.

—Debo hacer constar—añade el maestro, dirigiéndose a nosotros—que el primer viva de éstos lo dió el maestro Luna. Deseando estoy poderlo cantar en público.

—¿Luego dirán que si los músicos son esto o lo otro!

—Otra de las cosas que también me han producido no poca impresión ha sido un telegrama que he recibido de Barcelona. Allí, por lo visto, han llegado, un poco exageradas por la fantasía revisiteril, las noticias del estreno de "Doña Francisquita". Y en una función que para homenajearme organizaron recientemente, poniendo en escena varias obras de mi repertorio, el público empezó a gritar, loco de entusiasmo: "¡Viva "Doña Francisquita"!" "¡Viva "Doña Francisquita"!" Yo, francamente, no me explico esto. Que hubiesen gritado ¡viva "Maruxa"!, ¡viva "Bohemios"!, que todos concen, pase. ¡Pero mire usted que vitorear una cosa que les es completamente desconocida! ¿Verdad que tiene gracia?

El maestro le anuncia a Delgado un proyecto de negocio fantástico para "apabullar al mundo entero", según frase textual.

—¿Va usted a asustarse cuando lo sepa, Delgado!

—Ya sabe usted que yo no me asusto fácilmente—responde el empresario de Apolo—. Lo que tendré que hacer es refrenar un poco sus ímpetus, ¿no?

—Le advierto que se trata de una cosa realizable. ¡Si viera usted lo que vuela mi imaginación en estos momentos de forzosa quietud! Ya hablaremos. A usted—añade dirigiéndose a nosotros—no le diré ni media coma.

Adolfo SANCHEZ CARRERE

Espectáculos.

INFORMACIONES TEATRALES

Los recientes estrenos: «Doña Francisquita», «Arcadio es feliz», «El bufón del duque» y «Los celos de la Celes». Artistas italianos en Price.

Es fácil y agradable el hablar de una obra cuando la crítica y el público, completamente de acuerdo, se han pronunciado a favor de la misma, prodigando los más encendidos elogios y los más calurosos aplausos; pero es difícil y hasta desagradable—concediendo al adjetivo la mejor buena fe—el tener que elogiar cuando el elogio ya está hecho, y el tener que aplaudir cuando, transcurridos muchos días, aún no se ha debilitado la ovación unánime que estalló la noche del estreno.

Tal es—y sinceramente lo celebramos—nuestra situación al registrar hoy en estas páginas el éxito entusiasta y rotundo alcanzado en el teatro de Apolo por el maestro Vives y por los Sres. Romero y Fernández Shaw con su *Doña Francisquita*, hermosa comedia lírica en tres actos, el último dividido en dos cuadros, obra incorporada desde el primer momento al valiosísimo joyero artístico de la escena española.

Inspirándose, sólo inspirándose en las fontanas puras de Lope de Vega y de la musa lírica popular española, los estimabilísimos poetas Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, respetuosos con *La discreta enamorada* por la veneración debida y sentida hacia el *Fénix de los Ingenios*, han escrito un libro, pulcra y elegan-

temente dialogado, en el que, sin olvidarse del interés de la fábula, de la psicología de los personajes y del colorido del ambiente, todo lo cual aparece armonizado y embellecido con fáciles y sonoras rimas, cuidaron mucho de ofrecer a su colaborador, con naturalidad, con suavidad lógica, todas las situaciones musicales; y el maestro Amadeo Vives, hombre de una gran cultura artística, músico genial y enamorado de los aires populares madrileños, en los que se reflejan las más puras melodías del alma española, los ha retenido en su corazón para devolverlos tamizados, sublimados, al mismo pueblo que les dió vigores de vida, aquellos motivos, siempre bellos y eternamente jóvenes, que dicen amor y celos, alegrías y pesares, agravios, odios, pasión, ternura...

El maestro Vives, alabado sea mucho más de cuanto lo ha sido hasta ahora, y lo será de fijo por cuantos saboreen las exquisiteces de la partitura de *Doña Francisquita*, culmina en esta obra; en ella ha puesto su amor a España y al arte, aromando con su cultura frases de un valor insospechado y páginas de un brillante colorido, en las que aparece domeñada la suprema sencillez.

En *Doña Francisquita* es el pueblo el que canta; pero es Vives quien aprisionó en el pentagrama los efluvios líricos del sentimentalismo popu-



ESCENA FINAL DEL PRIMER ACTO DE «DOÑA FRANCISQUITA», DE LOS SRES. ROMERO Y FERNANDEZ SHAW Y MAESTRO VIVES, ESTRENADA EN APOLO



UNA ESCENA DE "ARCADIO ES FELIZ", VODEVIL DE FERNANDEZ LEPINA, ESTRENADO EN EL INFANTA ISABEL

lar, aristocratizando sus pasiones y sus ideas, vistiéndolas con la seda policromada de su fantasía.

También el público y la crítica se han mostrado acordes esta vez, al premiar con sus aplausos y proclamar con sus elogios la esmerada, mejor aún, la acabada labor de interpretación que los artistas de Apolo ofrecen en *Doña Francisquita*. La señorita Isaura, ternísima e inteligente doncelluela, y la señora Raga, impetuosa y bravia enamorada, ambas formidables cantantes, y el tenor Casenave, insuperable encarnador del Fernando, cuya parte cantó con suma delicadeza y subrayó con feliz acierto, fueron los héroes de la gloriosa velada, en la



PRINCIPALES INTERPRETES DE "EL BUFON DEL DUQUE", ADAPTACION A FARZUELA DE "RIGOLETTO", QUE SE ESTRENO EN MARAVILLAS



UN MOMENTO DEL CASI SAINETE "LOS CELOS DE LA CELES", ESTRENADO EN MARTIN

que se ovacionó a los libretistas y se aclamó al músico, extendiendo la justicia del aplauso a Felisa Lázaro y a los señores Palacios, Frontera y Güell; al director de orquesta, Sr. Martínez, y a todos los demás artistas del copioso reparto.

La obra está servida con verdadero lujo. Fontanals dibujó los figurines y pintó cuatro decoraciones, y aquí las críticas se bifurcan y se exteriorizan ideas contrarias: Fontanals ha *estilizado* los fondos de unos cuadros que tienen la belleza de la verdad con

líneas y colores que no van parejos con la época que la literatura y la música reviven en la escena. Y esta equivocación se acentúa, más que en ninguno de los otros, en el segundo acto, que requiere las suaves tonalidades de la paleta de Goya.

En el Infanta Isabel, la compañía que dirige Paco Alarcón estrenó un vodevil, en tres actos, escrito por Fernández Lepina, quien se inspiró en una obra alemana. *Arcadio es*

"Buen Humor" 28. Octubre 1923

LAS COSAS DE LOS TEATROS

MÚSICA, VERANEOS Y MATEMÁTICAS

Hablemos una vez más de *Doña Francisquita*. Ocuparse hoy por hoy de teatros y no hacer referencia a la obra de Apolo, sería igual que escribir del veraneo y no citar a Biarritz y a Deauville. Quizás se me reproche lo absurdo de la comparación; empero la asociación de ideas ofrece a menudo fenómenos curiosos, y uno de ellos es el de haberse nos ocurrido pensar en el mar y en las playas al mismo tiempo que en la celeberrima *Doña Francisquita*.

Nos explicaremos detenidamente. El ser que veranea, huye del ambiente que le asfixia y corre a los aires puros del mar y a sus ondas líquidas... y toma el baño. Halla el placer con solo la voluntad de ir a buscarlo. La Naturaleza le da lo restante: sensaciones agradables, aguas acariciadoras, temperatura suave, regocijo espiritual... ¿No es eso?

Si leemos cuanto se ha escrito acerca del éxito positivo de *Vives*, nos encontraremos con algo semejante a lo que apuntábamos.

El ilustre músico fué hacia el triunfo; tuvo la voluntad de ir a buscarlo, y... lo tomó.

Como los panoramas de belleza sorprendente, como las playas acogedoras, como las líricas puestas de sol se ofrecen en su mudez voluptuosa a la inquietud del viajero, así los elementos que, acumulados, dan el triunfo, se ofrecieron propicios al gran artista Amadeo *Vives*...

Y no es que a nosotros nos guste hablar mal de nadie — repitamos una vez más los buenos propósitos que nos animan al coger la pluma —, sino que las observaciones se presentan tentadoras e incitan al comentario. Leamos los periódicos.

En la complicada y escrupulosa operación matemática que se precisa para separar los componentes del éxito de *Doña Francisquita*, nos encontramos con el siguiente cuadro:

La enamorada discreta.....
Los versos de Lope de Vega..
El ambiente galdosiano.....
Las melodías populares.....
El espíritu de Barbieri.....
La instrumentación de varios...
El decorado de Fontanals...
El vestuario de la Empresa...
La brillante interpretación...
= *Doña Francisquita* = Éxito de *Vives*.

¿Qué porcentaje puede corresponder, según el juicio de ustedes, a cada uno de esos elementos?

Analicen detenidamente con nosotros.



Dib. MONDRAGÓN.

— ¿Qué, Agapito, compraste ya el molino?

— Sí, chico; pero ahora me falta una muela.



Dib. DEL RÍO.

— ¡Mi madre!... De esta caída me acuerdo toda la vida...

¿No es bien poco suponer que a *La enamorada discreta*, de Lope, una tan sutil y linda comedia y base de la nueva zarzuela, corresponda un veinte por ciento del triunfo?... ¿Sí?...

Las estrofas del mismo aprovechadas por los libretistas, ¿no son acaso acreedoras a que les designemos un cinco por ciento?

El ambiente galdosiano, los tipos y referencias, el color y la vida de los cuadros, ¿no valen, modestamente, un quince por ciento del exitazo?

Todos hemos quedado conformes en que la partitura de *Vives* abunda — brillante, hábil, sabiamente buscados y combinados — en multitud de motivos populares que acrecientan el valor total de la obra. ¿No fueron los números contruidos a base de esas melodías castizas los que se aplaudieron hasta el frenesí? ¿No convinimos en que ése era el secreto de la obra?

Si no adjudicamos a este aspecto un veinticinco por ciento del triunfo, seremos notoriamente injustos.

Digamos, para no cansar, que la influencia de Barbieri puede haber contribuido con un quince por ciento; que la instrumentación de la partitura, hecha por Conrado del Campo, Turina, etcétera, etc., merezca otro quince.

Señalemos un dos por ciento al decorado de Fontanals, el uno por ciento al vestuario y a la presentación, y otro dos por ciento a los excelentísimos intérpretes...

¿Ustedes han sumado?... ¿No?... Pues verán:

$$20 + 15 + 5 + 25 + 15 + 15 + 2 + 1 + 2 = 100$$

¿Me quiere alguien hacer la merced de decirme qué es lo que le dejamos al maestro *Vives*?

Yo, francamente, por mi gusto, se lo dejaría todo; pero, la verdad, las matemáticas se oponen.



Hablábamos antes del veraneo. El ser que huye del ambiente que lo asfixia y corre hacia los aires puros del mar y a sus ondas líquidas, llega y... toma el baño. El maestro *Vives* tuvo la voluntad y la comodidad de ir al triunfo... y lo tomó.

¡Y que le hablen a uno de asociaciones de ideas!

José L. MAYRAL

EL GRAN EXITO DE "DOÑA FRANCISQUITA" EN EL TEATRO APOLO



DON GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW
Autor del libreto de "Doña Francisquita"
Fot. Alfonso



Una pintoresca escena del primer acto de la zarzuela «Doña Francisquita», libretada por Guillermo Fernández Shaw y música del maestro Amadeo Vives, estrenada con el Teatro Apolo



Los Sres. Romero y Fernández Shaw, música del maestro Vives, estrenada con el Teatro Apolo



DON FEDERICO ROMERO
Autor del libreto de "Doña Francisquita"
Fot. Alfonso



Los Sres. Palacios y Casenave en una cómica escena de "Doña Francisquita"

El estreno de la zarzuela «Doña Francisquita», libro de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música de Amadeo Vives, ha obtenido en el Teatro Apolo un éxito verdaderamente extraordinario.

Los autores del libro, inspirándose en la comedia de Lope de Vega «La discreta enamorada», han hecho una labor digna de elogio, que demuestra su buen gusto literario y su pericia teatral. La fábula es interesante, pintoresco el ambiente, movida la acción, suelto el diálogo y fluidos los versos; en cuanto a los tipos, están dibujados con felicísimos rasgos y tienen el atractivo de simpatía que deben tener los personajes teatrales para que el espectador se interese en sus penas ó en sus alegrías, siguiendo con atención el desarrollo de la farsa.

Si á esto se añade que la obra es de la castiza cepa de las que tantos días de gloria dieron al teatro español, se comprenderá por qué el público la acogió con



El Sr. Güell, la Srta. Mary Isaura y la Sr. L.



en una escena de la bella obra "Doña Francisquita"

evidente y franco entusiasmo. La partitura que para «Doña Francisquita» ha compuesto el maestro Vives levantó tempestades de aplausos. Limpia de extravagancias, de ese influjo pernicioso de la música extranjera, de las estridencias y de los motivos grotescos en que los absurdos efectos orquestales substituyen á la inspiración y á la gracia de la melodía, es de un castizo sabor español, como inspirada en los típicos cantos populares que glosa con maestría y abrillanta con el hábil juego de los instrumentos.

Casi todos los números lograron los honores de la repetición entre atronadoras salvas de aplausos, demostrativas de que los gustos del público no están relajados hasta el extremo que hacía suponer la invasión de esa música de imitación extranjera á la que han dado en entregarse compositores jóvenes que persiguen el fácil aplauso.

Vives puede estar satisfecho de su obra.



La Srta. Cora Rogza y el Sr. Casenave en uno de los más bellos números de la obra

